arqueología MEXICANA

M.R.

LA MUERTE EN EL MÉXICO PREHISPÁNICO

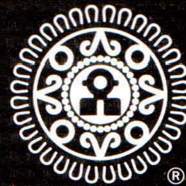
- COSTUMBRES FUNERARIAS
- ENTIERROS EN: TLATILCO TEOTIHUACAN CALAKMUL MITLA TEMPLO MAYOR
- DIOSES MAYAS DE LA MUERTE
- LOS DÍAS DE MUERTOS HOY



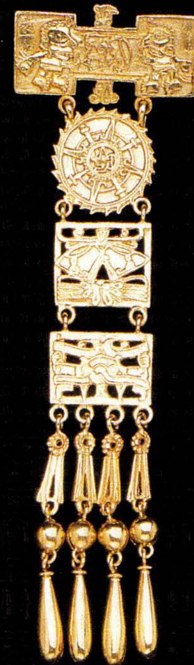
EL ÚLTIMO HALLAZGO EN TEOTIHUACAN

VOL. VII - NÚM. 40

$ 50
























AMAGOLD



FOTO: CARLOS BLANCO / RAÍCES



Presencia de PEMEX en el rescate arqueológico en regiones petroleras

Pintura mural. Bonampak, Chiapas.

arqueología MEXICANA

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Presidente: Rafael Tovar y de Teresa
Instituto Nacional de Antropología e Historia
Directora General: María Teresa Franco

Editorial Raíces, S.A. de C.V.
Presidente: Sergio Autrey
Directora General: María Nieves Noriega de Autrey

ARQUEOLOGÍA MEXICANA

Directora editorial: Mónica del Villar
Editor: Enrique Vela
Diseño: Martín J. García-Urtiaga
Redacción: Joel Palazuelos, Rogelio Vergara
Asistencia editorial: Arlette de la Serna
Investigación y archivo iconográfico: Daniel Díaz
Director de arte y preprensa: Carlos Rabiella
Traducción: Elisa Ramírez Castañeda
Ilustración: César Fernández
Fotógrafos: Marco Antonio Pacheco, Carlos Alcázar, Carlos Blanco, Dolores Dalhaus, Gerardo González Rul, Guillermo Aldana, Ignacio Guevara, Justin Kerr, Michael Calderwood, Michel Zabé
Archivo de imagen: José Cabezas Herrera
Composición gráfica: Lucila Flores de Clavé, Fernando Montes de Oca
Formación: Gerardo Nicolás
Captura: Rebeca Trejo
Control de calidad: David Fabriz

Agradecimientos: Alberto Castro Leñero, Mónica Cortina de Legorreta, Dolores Dalhaus, Galería Juan Martín, Marek Keller, Luis Javier Pechir, Juan Soriano, Francisco Toledo

Directora operativa: Irina Schvartzman.
Ejecutivos de ventas: Federico Richaud, Griselda Sierra, Gerardo Ramírez.
Mercadotecnia: Gabriela Román. **Representante legal:** Raúl Quintanilla

Preprensa e impresión:
Reproducciones Fotomecánicas, S.A. de C.V., Democracias 116, Col. San Miguel Amantla, Azcapotzalco, México, D.F., tel. 5358-1055

Editorial Raíces
Información, ventas y suscripciones: María Eugenia Jiménez, tel. 5283-5150, ext. 2062, 2063
Venta de publicidad: Gerardo Ramírez, tel. 5283-5150, ext. 5151
Correspondencia: Editorial Raíces, Rodolfo Gaona 86, Col. Lomas de Sotelo, Del. Miguel Hidalgo, C. P. 11200, México, D.F., tel. 5283 51 50, fax: 5283 51 66
Dirección Internet: http://www.arqueomex.com
Distribución en el Distrito Federal: Unión de Voceadores y Expendedores del D.F., Despacho Enrique Gómez Corchado, Humboldt 47, Col. Centro, México, D.F., C.P. 06040, tel. 5510 - 49 - 54
Distribución en los estados y locales cerrados: Casa Autrey, S. A. de C. V., Av. Taxqueña 1798, Col. Paseos de Taxqueña, C.P. 04250, tel. 5624 01 00, fax 5624 01 90

© *Arqueología Mexicana* es una publicación bimestral editada y publicada por Editorial Raíces / Instituto Nacional de Antropología e Historia. Editora responsable: María Nieves Noriega Blanco Vigil. Certificado de Licitud de Título núm. 7593, Certificado de Licitud de Contenido núm. 5123, expedidos en la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas de la Secretaría de Gobernación. Registro postal núm. PP-DF-011 0194, autorizado por Sepomex. Registro núm. 2626 de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana. Reserva de uso de título núm. 1938-93. ISSN 0188-8218 - Hecho en México.



CIRCULACIÓN CERTIFICADA POR EL INSTITUTO VERIFICADOR DE MEDIOS, REGISTRO NÚM. 087



MASCARÓN MINIATURA. MUSEO REGIONAL DE TUXTLA GUTIÉRREZ, CHIAPAS.
FOTO: MICHEL ZABÉ

REVISTA BIMESTRAL
NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 1999 - VOLUMEN VII, NÚMERO 40

LA MUERTE

En un intento de brindar luz sobre el oscuro asunto de las creencias en el más allá, el presente artículo aborda algunos puntos básicos en la concepción de la muerte de los pueblos nahuas del Centro de México.





A lo largo del tiempo y en sus distintas regiones, los pueblos mesoamericanos nos han dejado numerosas evidencias sobre sus prácticas funerarias y su necesidad de trascender al más allá a través de entierros, ofrendas, figuras, mitos, pintura, escritos y poesía, entre otros aspectos.

S U M A R I O









http://www.arqueomex.com
arqueomex@arqueomex.com

Cartas



Aclaración

Por causas ajenas a los autores, en el cuadro "Plantas medicinales mexicanas", que acompaña al artículo "Plantas medicinales del México prehispánico" de Robert Bye y Edelmira Linares, publicado en nuestro núm. 39, aparecieron algunas imágenes que no corresponden a la especie indicada en el texto. A continuación presentamos dichas especies y las imágenes correctas, las cuales fueron gentilmente proporcionadas por el Dr. Bye. Cabe aclarar, asimismo, que en la p. 8 de ese artículo, donde dice "Granadilla (*Aristolochia* sp.).", debe decir "Granadilla (*Passiflora* sp.)", y que la abreviatura que debe acompañar los nombres científicos en los que no se conoce la especie es sp. y no spp.



FOTO: ROBERT BYE

Cachani. ***Péyotl. Roldana sessilifolia.***



FOTO: ROBERT BYE

Guayaba. ***Xalxócotl. Psidium guajava.***



FOTO: ROBERT BYE

Poleo. ***Atóchietl. Cunila lythrifolia.***

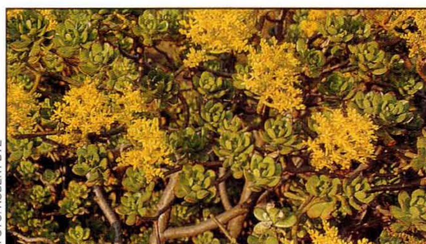


FOTO: ROBERT BYE

Siempreviva. ***Texíyotl. Sedum praealtum.***

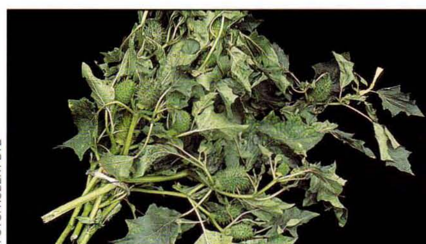


FOTO: ROBERT BYE

Toloache. ***Toloa. Datura stramonium.***

¿Estamos avalando el coleccionismo y el saqueo?

Tengo en mis manos un bellísimo libro que se llama *Ancient West Mexico. Art and Archaeology of the Unknown Past* (*El antiguo Occidente de México. Arte y arqueología del pasado desconocido*). El editor es Richard F. Townsend, del Art Institute of Chicago, y la publicación es de Thames and Hudson, Nueva York, 1998.

El libro está ilustrado con estupendas fotografías de 220 "obras maestras" (vaya usted a saber cuántas más no fueron consideradas maestras) saqueadas de Guanajuato, Colima, Nayarit y Jalisco, las cuales ahora pertenecen a 25 instituciones –museos principalmente–, a 16 coleccionistas privados y a 24 coleccionistas anónimos, la mayoría de Estados Unidos.

No sólo es grave la ostentosa e impertinente posición de esta publicación, que en ninguna parte justifica o reconoce la destrucción causada por dichos saqueos, sino lo que me parece peor es que se haya invitado a connotados arqueólogos mexicanos y estadunidenses que trabajan en nuestro país a participar en dicho libro con artículos científicos. Ellos, consciente o inconscientemente y con su sola presencia, no sólo legitiman esta obra y dan el espaldarazo a este saqueo, sino que le dan al libro el valor científico que los editores y los coleccionistas necesitan para realzarlo y darle consistencia.

¿Es que los arqueólogos andamos tan mal que requerimos del patrocinio de los saqueadores de nuestro país?

Dra. Beatriz Brannif
Centro INAH Colima

Deformación craneana entre los mayas

Escribo para comentar la nota titulada "La deformación craneana entre los mayas", que apareció en el núm 38, en la sección de "Noticias", de su prestigiada revista. El texto en cuestión fue transcrito de una nota periodística por Columba Vértiz y Guillermina Escoto, de la Dirección de Medios de Comunicación del INAH. En él, la arqueóloga Eunice Uc González da a conocer los recientes resultados del Proyecto Arqueológico Cenote de las Calaveras, Mayapán. He tenido el agrado de colaborar en este proyecto con el análisis macro y microscópico de las osamentas, así como en la coordinación de algunos análisis especiales. Lamento que los resultados óseos preliminares que yo había comunicado a Uc González unos meses antes aparezcan mal interpretados, por lo que me permito hacer las siguientes aclaraciones. Se afirma que sólo dos cráneos de las 19 osamentas encontradas en el cenote se encuentran deformados artificialmente. En realidad, aproximadamente la mitad de los cráneos muestra una modificación cultural, la que califica como un aplanamiento lámbdico de menor a mayor expresión. Además, dos cráneos presentan, a diferencia del resto, una modificación tabular erecta en su variante intermedia.

En el segundo párrafo se dice que se "sabía que la deformación craneana entre los mayas era signo de nobleza, pero la hipótesis ha cambiado, por lo que se debe investigar más al respecto". En realidad, la discusión sobre las implicaciones sociales no gira en torno a la modificación cefálica en sí sino a las técnicas empleadas para lograrla, dado lo común de esta práctica entre los mayas prehispánicos (al menos en las Tierras Bajas).

Aprovecho la ocasión para felicitarlos por su nuevo número que manifiesta, una vez más, el alto nivel editorial y académico de la revista *Arqueología Mexicana*.

Dra. Vera Tiesler Blos, ENAH/ INAH

Respuesta de Eunice Uc

En el número 38 de su revista aparece una nota firmada por Columba Vértiz y Guillermina Escoto que contiene datos erróneos relacionados con el proyecto Investigaciones Arqueológicas en el Cenote Las Calaveras de Mayapán, del cual soy responsable. Ignoro de dónde fue obtenida dicha información, ya que en ningún momento se me ha hecho alguna entrevista por parte de las personas señaladas, no obstante que soy investigadora del Centro INAH Yucatán y responsable del ya mencionado proyecto. Sin embargo, con el fin de aclarar la situación real de las investigaciones, ofrezco a continuación una síntesis en la que doy a conocer los datos correctos.

Las investigaciones llevadas a cabo en el Cenote Las Calaveras durante la temporada 1998 forman parte de un proyecto integral relacionado con los cenotes localizados en el área intramuros del sitio; dicho trabajo, a su vez, forma parte del Proyecto Mayapán, el cual es dirigido por el arqueólogo Carlos A. Peraza Lope.

Los objetivos principales de este proyecto consistieron en la extracción de osamentas localizadas en el interior de un cenote, el cual es de tipo caverna. El acceso prehispánico hacia el interior de este cenote se ubicó a 3.74 m del brocal del pozo moderno, donde obtuvimos materiales cerámicos correspondientes al periodo Posclásico (1200-1441 d. C.).

La metodología utilizada para los trabajos en el cenote fue la misma que se usa en cualquier excavación arqueológica en superficie. La diferencia es que se trabaja en áreas sinuosas, incómodas y con técnicas de espeleobuceo.

El estudio preliminar de las osamentas permite describir un depósito funerario que refleja básicamente un contexto primario, el cual no incluyó niños. La muestra identifica a 21 individuos, 11 masculinos, 7 femeninos, 1 adolescente y 2 sin identificar.

La mayoría de los cráneos tiene deformación; 9 no están deformados, 9 tienen deformación de tipo tabular erecta planoccipital y hay un cráneo más sin identificar. Existe un caso muy notable de deformación tabular erecta intermedia, la que es común en los entierros intramuros de Mayapán. Los individuos masculinos tienen una estatura de 1.60 m, y los femeninos de 1.50 m.

En cuanto a las patologías, se detectaron grandes carencias nutricionales, parasitosis, alta incidencia en caries, sarro y caries con abscesos. No hay evidencias de fracturas y traumatismos, excepto en un caso.

Entre las patologías con rasgos inflamatorios, destaca un caso de treponematosis identificada como sífilis terciaria en un adulto masculino que en Yucatán es el primer caso documentado en este grado.

Como conclusiones preliminares se puede señalar que los individuos eran mayas prehispánicos y del contacto, y que posiblemente se trataba de un pueblo que habitó los alrededores de la zona, un grupo endogámico muy notorio, cuya deformación craneana del tipo cuna los distinguía de los habitantes del interior de la muralla.

Los datos cerámicos permitieron contrastar esta información para conocer la ocupación del cenote, la cual abarcó el periodo Clásico Temprano (300-600 d. C.), el Clásico Tardío (600-1000 d. C.) y el Posclásico (1200-1441 d. C.), representado por fragmentos de ollas domésticas del tipo Mama Rojo, éstas últimas asociadas a las osamentas.

Los resultados finales de estos estudios serán dados a conocer oportunamente ya que la naturaleza de estas investigaciones está en relación con los objetivos trazados por el Proyecto Mayapán. (Carta resumida.)

Arqlga. Eunice Uc González
Centro INAH Yucatán

Respuesta de Columba Vértiz

Los datos del texto "La deformación craneana entre los mayas", *Arqueología Mexicana*, núm. 38, se obtuvieron de una nota publicada el 3 de marzo de 1999 en el periódico *Excélsior*, p. 39, titulada: "No era costumbre generalizada la deformación craneana entre los mayas", que está firmada por el corresponsal Atilano González Villa.

La Dirección de Medios de Comunicación del INAH colabora en la sección "Noticias" de la revista mediante sus reporteros, quienes elaboran notas, entrevistas y reportajes que ellos mismos investigan y que, en la mayoría de los casos, son revisados por los propios especialistas. No obstante, algunas veces la información se complementa con datos obtenidos de diarios, lo cual en esta ocasión ha dado como resultado un lamentable error. Por lo sucedido, a partir de ahora sólo se enviará información que los reporteros del INAH hayan investigado.

Columba Vértiz de la Fuente

Códice de Arao

Agradezco al Dr. Carlos S. Paredes su valiosa información, publicada en la sección de "Cartas" de *Arqueología Mexicana*, núm. 39, relacionada con el título incorrecto dado al *Códice de Tributos de Tzintzuntzan y Tlalpujaua*, que me parece muy importante por basarse en la investigación que él ha realizado y publicado respecto a este códice. Indica la necesidad de corregir el error y llamarlo *Códice de Arao*, nombre que en realidad le corresponde y con el que debí incluirlo en la selección de códices michoacanos presentada en el número 38 de esta revista. El catálogo de códices o documentos pictográficos de John Glass y Donald Robertson, publicado en 1975, si bien es una fuente de consulta básica para el estudio de los códices mesoamericanos de que se tiene noticia, a los 24 años de su aparición requiere de la incorporación de datos obtenidos en investigaciones posteriores y recientes, como en el caso que comentamos.

Perla Valle

Calendario

Los felicito por la excelente revista que publican, ojalá hubiera muchas otras de su calidad hechas en nuestro país. Tengo particular interés en los calendarios prehispánicos en general, especialmente en el maya y el azteca. ¿Sería posible que publicaran varios números sobre los calendarios, su historia, representación, funcionamiento, etc.?

Ernesto Bravo, Cancún, Q. R.

• *Arqueología Mexicana* se reserva el derecho de edición de las cartas por razones de espacio y contenido. Pedimos atentamente a quienes envíen sus cartas que éstas no excedan una cuartilla, y que nos proporcionen sus datos completos: nombre, dirección y teléfono.

Misterios de la vida y de la muerte

ALFREDO LÓPEZ AUSTIN

En un intento de brindar luz sobre el oscuro asunto de las creencias en el más allá, el presente artículo aborda algunos puntos básicos en la concepción de la muerte de los pueblos nahuas del Centro de México, como son los lugares de destino de los muertos, las creencias y los diferentes cultos dedicados a la muerte.

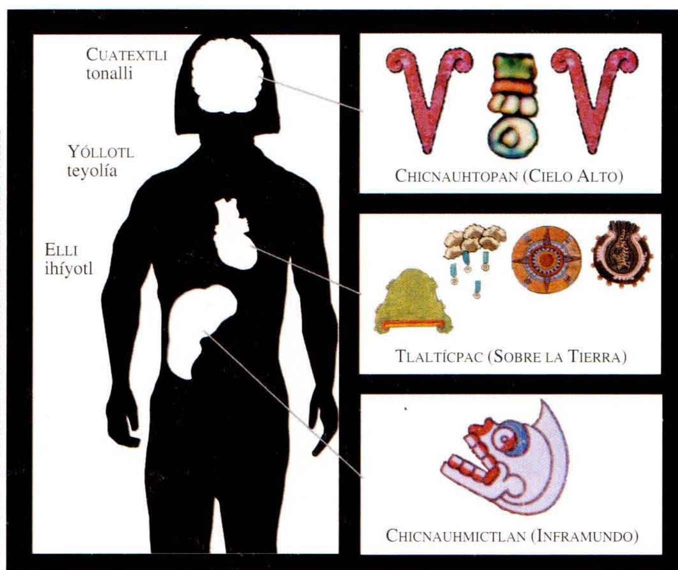


Escultura procedente del Centro de México de un personaje –posiblemente un sacerdote– ataviado con las divisas del dios de la muerte.
FOTO: MICHEL ZABÉ / RAÍCES

La nebulosidad de la muerte

Con frecuencia la difusión, valiosa aliada de la investigación científica, ofrece al lector no especializado sólo el rostro heroico de la ciencia. Rara vez se ocupa de los fracasos, obstáculos, dudas, confusiones y percepciones difusas de la labor científica. Tal propensión puede producir una imagen distorsionada de la ciencia: la de un ejercicio colectivo de consensos, capaz de abarcar la totalidad de lo existente, productor de un acervo de verdades irrefutables, y vía infalible para la aprehensión de nuestro entorno y nuestra intimidad. Sin embargo, el quehacer científico no es así. Debemos reconocer que la ciencia camina entre triunfos y fracasos, y que su mayor prestigio se finca no en la consecución de la certeza, sino en el uso metódico de la duda. Este doble rostro de la ciencia debe darse a conocer cuando se pretende proporcionar al gran público una visión apegada a la realidad.

Uno de los asuntos más oscuros para el antropólogo y para el historiador de las religiones es la concepción de la muerte en sociedades distan-



INFORMACIÓN: A. LÓPEZ AUSTIN. ILUSTRACIÓN DIGITAL: CARLOS RABIELLA / RAÍCES

Los tres principales centros anímicos del ser humano y su correspondencia con los tres niveles del cosmos.

REPROGRAFÍA: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

Posible representación del momento en que se disgregan los componentes del ser humano: el *tonalli* sale de la cabeza, como una serpiente; el *teyolía*, del pecho, como el Dios del Viento; el *ihíyotl*, del vientre, como una serpiente, y la materia pesada, como el cráneo y la columna vertebral, hacia atrás. *Códice Laud*, p. 44.

tes o remotas. Y en dicho campo cae, precisamente, el tema de este artículo. Por tanto, reconozco de inicio la incertidumbre que impera en esta área de estudio.

¿Cuáles son las dificultades para entender las concepciones ajenas sobre la muerte? Empecemos por admitir que la muerte es incomprensible para el propio creyente. No importa que al fiel se le describa el más allá con detalles realistas y precisos; acaba por avasallarlo la sensación de que el saber es inasible. A esto debe agregarse que en todas las culturas del mundo existen concepciones incompatibles, sobre todo cuando éstas derivan de la confluencia de diferentes tradiciones, como es el caso de nuestra realidad nacional.

En muchas culturas es frecuente encontrar a quienes admiten, al mismo tiempo, que el alma permanece en la tumba, que vaga por el cosmos, que se encuentra en alguno de los ámbitos de los muertos sin posibilidad de salida, y que espera el día del juicio final. El problema no es sólo la pluralidad de creencias, sino la falta de conciencia de su discrepancia.


REPROGRAFÍA: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

Los niños que morían antes de haber probado alimentos sólidos iban a un lugar llamado Chichihualcuauhco, Tonacacuauhtitlan o Xochatlapan. Allí se alimentaban de la leche que manaba de frutos en forma de mamas y esperaban una nueva oportunidad de vida. *Códice Vaticano A*, f. 3v.

La nebulosidad de las creencias aumenta cuando es un profano quien recibe las explicaciones de un fiel a quien resulta enojoso abordar un asunto que lo hace reflexionar sobre su propia muerte. Además, se impone la distancia entre las concepciones propias y las ajenas, y el receptor tiende a suponer que comprende mucho más de lo que capta.

Un ejemplo es el diálogo que se dio entre los indígenas y los evangelizadores en los primeros años de la Colonia. La concepción cristiana de un alma unitaria impidió que los frailes entendieran que los indígenas atribuían a cada individuo varias entidades anímicas, y que a cada una de ellas correspondía un destino diferente después de la muerte.

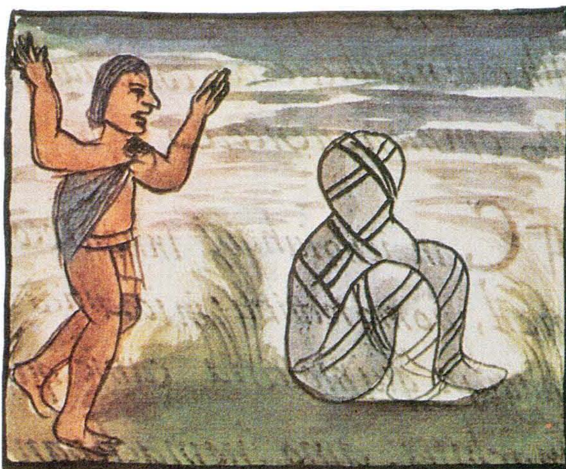
Hay abundantes testimonios documentales sobre las concepciones religiosas de los pueblos nahuas del Centro de México en vísperas de la Conquista. Sin embargo, en gran parte por las razones expuestas, nuestra comprensión es muy limitada cuando los textos se refieren a la muerte. Con esta advertencia, abordaré aquí algunos de los puntos medulares de las creencias sobre el más allá.

REPROGRAFÍA: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

Algunos autores han hecho hincapié en la paradójica concepción mesoamericana de la muerte como generadora de la vida. Escenas

La muerte como dispersión

Para los antiguos nahuas la muerte significaba la desagregación y la dispersión de los componentes del ser humano. Una locución de la lengua náhuatl, consignada por fray Alonso de Molina, resume esta idea. Cuando el franciscano se refiere a la muerte, transcribe: *Onacico in nacian, in nopoliuhya, in noxamanca, in nopoztequia*, lo que significa: "alcancé mi alcanzadero, mi destrucción, mi ruptura, mi fragmentación". El hombre era un ser complejo: estaba formado por la materia pesada de su cuerpo y contaba con varias entidades anímicas invisibles y ligeras. Estas últimas le otorgaban naturaleza humana, individualidad, facultades sensoriales y de movilidad, sentimientos, impulsos, capacidad intelectual, y lo vinculaban con una divinidad protectora. Sus principales entidades anímicas eran el *teyolía*, el *tonalli* y el *ihíyotl*. En el primero, ubicado en el corazón, radicaban su esencia humana, su vida, lo más importante de sus facultades mentales y su pertenencia a un grupo de parentesco; al morir el individuo, el *teyolía* viajaba a uno de los lugares destinados a los muertos. El *tonalli*, ligado a la individualidad y al destino personal, reposaba sobre la tierra tras la muerte, y generalmente era guardado por los familiares del difunto en una caja que contenía sus cenizas y dos mechones de cabellos. Por último, el *ihíyotl*, motor de las pasiones, se dispersaba en la superficie terrestre y podía convertirse en seres fantasmales o en enfermedades (*yohualehécatl* o "viento nocturno").



Aparición de un fantasma en forma de bulto mortuorio. *Códice Florentino*, lib. V, f. 13v.

Un problema por dilucidar es la composición de cada una de estas entidades. Al parecer eran complejas y escindibles. Al menos el *teyolía* de los *tlatoque* o reyes podía repartirse, después de la muerte, en diferentes sitios del más allá.

Los lugares de destino del *teyolía*

Generalmente se habla de cuatro diferentes lugares de destino: el Mictlan ("lugar de los muertos"), situado en las profundidades de la tierra, al que se dirigían quienes habían fallecido de

Escenas en las que las divinidades de la muerte intervienen en la concepción y en el corte del cordón umbilical. *Códice Laud*, pp. 30 y 27.

muerte común; el Ichan Tonatiuh Ilhuícatl ("el cielo que es la morada del Sol"), reservado a los caídos en combate, los ofrecidos en sacrificio al Sol, las mujeres muertas en su primer parto y los comerciantes que habían perecido en las expediciones mercantiles; el Tlalocan ("lugar de Tláloc"), paraíso de la vegetación, que reunía a los golpeados por rayo, a los ahogados y a los que habían fenecido a consecuencia de una enfermedad "acuática", y finalmente el Chichihualcuauhco ("lugar del árbol nodriza"), sitio en el que los niños muertos durante la lactancia esperaban una segunda oportunidad de vida. Sin embargo, hay suficiente información acerca de la creencia en otras moradas de muertos.

La muerte era una terrible y postrera toma de posesión: un dios invadía el cuerpo de un ser humano para llevarlo a sus dominios. Cada dios elegía a sus súbditos y los mataba con sus poderes específicos. El Sol y la diosa Tonan Quilaztli usaban respectivamente la muerte en la guerra y en el primer parto para tener servidores, ambos, en la Casa del Sol. Tláloc y Chalchiuhtlicue se valían de sus poderes acuáticos para contar con auxiliares en el Tlalocan.



Vasos bicónicos mexicas con figuras de cráneos en relieve y pintura de estrellas.
FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

Las fuentes mencionan a otros dioses que mataban a los elegidos y los llevaban a sus propios reinos. Por ejemplo, la muerte en estado de ebriedad era señal de que Ometochtli (el principal de los dioses del pulque) había escogido a la víctima, y que el destino del muerto era el paraíso de los borrachos. Otro caso interesante es el de Tlazoltéotl, diosa que inspiraba el adulterio y se llevaba a quienes morían ajusticiados por dicho delito. En las exequias, los muertos lucían la indumentaria particular de sus nuevos amos divinos.

La forma de morir estaba condicionada, en mayor o menor grado, por la conducta observada en vida: ser casto hacía que un joven guerrero resultara apetitoso al Sol, mientras que el devoto a Tláloc caía en los dominios acuáticos del Tlalocan. Pero no toda elección derivaba de la buena conducta de la víctima: quien atesoraba chalchihuites (las joyas de Tláloc) enfurecía al dios por su atrevimiento, y en castigo era muerto por rayo o ahogado, por lo que iba al Tlalocan. Por tanto, podemos comprobar que la muerte llegaba más por contagio de los poderes específicos de las divinidades que por una distinción entre la buena o la mala conducta.



FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

Dos caras del llamado Altar de la Muerte. Una de ellas representa un murciélago descendente con tocado de papel y alas tachonadas de estrellas; la otra representa una araña con tocado y bandas de papel cruzadas.

La correlación entre conducta, forma de morir y destino ultramundano ha hecho que algunos autores incluyan la religión de los antiguos nahuas entre las de salvación-condenación. Discrepo de esta opinión. Es indudable que entre los antiguos nahuas las creencias sobre el más allá servían para encauzar determinadas conductas. También es cierto que no les era ajena la idea del castigo por algunos comportamientos indebidos, ya propios, ya de sus familiares. Por ejemplo, se expiaban en el otro mundo el incumplimiento de un acto ritual o no levantar los granos de maíz tirados en el suelo. Pero nada de esto es equiparable a las vigorosas creencias sobre premio y castigo de las verdaderas religiones de salvación-condenación, como son la cristiana y la musulmana.

El difunto estaba obligado a realizar tareas importantes en o desde el ámbito ultraterreno al que había arribado: conducir la lluvia, hacer brotar las plantas, honrar al Sol en su camino, causar o curar algunas enfermedades, etc. El cumplimiento de una función cósmica era más importante que el premio o el castigo. No existían paraísos de ocio; se iba a trabajar. Sabemos por las fuentes que estas tareas, al menos en la Casa del Sol y en el Mictlan, duraban sólo cuatro años. En el *Códice Florentino* se dice que al terminar este periodo, los que iban al Mictlan desaparecían.

¿Por qué se creía en el más allá?

Si al final del viaje de cuatro años se agotaba la existencia individual, ¿cuál era la finalidad del viaje? Sin duda, auxiliar durante ese tiempo a los dioses causantes de la muerte. Pero había una razón mayor: perpetuar la especie humana. El hombre era como el resto de los seres mundanos. Todas las criaturas tenían un "corazón" indestructible de naturaleza divina, entidad en la que residían las características esenciales de su clase o especie. Era el don de un dios que había creado esa clase o especie a partir de su propio ser. Tras la muerte de una criatura, su "corazón" viajaba al mundo de la muerte; recibía en el camino la lustración que borraba todo vestigio de existencia individual sobre la tierra, y quedaba como simple semilla divina, lista para ser reusada en la creación de otro ser semejante que viviría sobre la faz de la tierra. En el caso del hombre, puede suponerse que entre más intensa hubiera sido su existencia mundana (pecados graves, riqueza, edad avanzada), la lustración sería más enérgica. Algunos grupos indígenas actuales creen que entre más intenso el sufrimiento de la agonía —por inmersión en el agua, por rayo, por parto–, más leve es la lustración.



Vasija mexica de piedra con un relieve del Dios de la Muerte.
FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

¿Podemos, con esto, hablar de una creencia en la reencarnación? Sólo en el caso de que entendamos por tal el simple reúso del principio esencial, del *teyolía*, de la "semilla" invisible, y no la persistencia de una identidad pasada.

Culto a los muertos, culto a la muerte

Quedaban sobre la tierra las reliquias, restos corporales cargados tanto de lo que había sido la persona como de la terrible fuerza divina que le causara la muerte: las cenizas de los antepasados guardadas en una caja; los cráneos de los guerreros enterrados bajo las esquinas de los templos; el fémur-trofeo del cautivo sacrificado; el antebrazo o el dedo de la mujer muerta de primer parto, usado con fines mágicos por los hechiceros, etc. Algunos de los residuos corporales recibían culto; otros se usaban para transmitir poderes, atraer beneficios, alejar daños o causarlos.

Debido a tal variedad de creencias, es necesario separar las ceremonias dedicadas a la muerte en las siguientes clases:

1. Culto a los dioses de la muerte, como responsables del ciclo que perpetuaba la vida. Se acentuaba su participación en la reproducción vegetal, en particular la agrícola. A los dioses mayores se les sumaban los difuntos, deificados por la muerte.

2. Culto a los antepasados en la veneración de sus restos mortales depositados en el hogar o en el templo de la comunidad. El culto se cumplía no sólo con el rito, sino con el buen comportamiento, indispensable para la conservación del honor, la fuerza y la protección que emanaban de las cenizas.

3. Culto a las fuerzas sobrenaturales contenidas en las reliquias utilizadas como objetos sagrados protectores o generadores de poder.

4. Culto a los difuntos, que incluía actos tan diversos como los encaminados a la reunión de las partes dispersas del *tonalli* del difunto; el trato del cadáver para su conservación y el homenaje a los restos; el envío del *teyolía* a su destino, tras proveerlo de recursos para el camino y para su estancia en el más allá; el obstáculo al regreso de las entidades anímicas del difunto, o la prevención y remedio contra sus daños.

Alfredo López Austin. Doctor en historia por la UNAM. Investigador del Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. Actualmente realiza una investigación acerca de los mitos, la religión, la política y la iconografía de las sociedades mesoamericanas.

Textos referentes a la muerte

***Cantares mexicanos*, traducción de Ángel Ma. Garibay K.**	¿En dónde está el camino / para bajar al Reino de los Muertos, / a donde están los que ya no tienen cuerpo? / ¿Hay vida aún allá en esa región / en la que de algún modo se existe? / ¿Tienen aún conciencia nuestros corazones? / En cofre y caja esconde a los hombres / y los envuelve en ropas el Dador de la Vida. / ¿Es que allá los veré? / ¿He de fijar los ojos en el rostro / de mi madre y de mi padre? / ¿Han de venir a darme ellos aún / su canto y su palabra? / ¡Yo los busco: nada está allí / nos dejaron huérfanos en la tierra!
Fray Juan Bautista, *Algunas abusiones antiguas*	...cuando alguno está a la muerte y no se puede escapar, danle a beber unas poleadas que se llaman *cuauhnexatolli*, y si las beben todos los que están presentes se gozan porque las bebió, y después que se le salió el alma, luego dicen: "Recibió el viático", y estos dicen de aquellas poleadas que le dieron, como si dijeran: "Esforzado va para llegar al lugar a donde ha de ir".
Costumbres, fiestas, enterramientos y diversas formas de proceder de los indios de Nueva España	...y en este dí[a] hacían fiestas de los defunctos, porque ofrecían por ellos an[te] el Demonio muchas gallinas y maíz y mantas y vestidos y comida e otras cosas y en particular cada uno hacía en su casa gran fiesta y a las imágenes que tenían de sus padres y papas defunctos sahumaban con encienso e sacrificábanse las leng[uas] y orejas y piernas y brazos y sus partes [genitales] y con la sangre untab[an] estos ídolos de sus pasados y cubríanlos con un papel, y cada u[n] año hacían lo mesmo, de manera que en ellos se parecía cua[n]tos años había que se acordaban, y tenían memoria de ellos p[or] los papeles y sangre que cada un año les ponían.
Fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España*	Luego... tomaban el atambor los cantores y empezaban a cantar cantares de luto y de la suciedad quel luto y las lágrimas traen consigo, y traían los cantores vestidos unas mantas muy sucias y manchadas y unas cintas de cuero atadas a las cabezas, muy llenas de mugre. Llamaban a este canto *tzocuícatl*, que quiere decir cantar puerco o de porquería.
Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*	Al cuarto día [de la veintena de *quecholli*] hacían unas saeticas pequeñas a honra de los difuntos. Eran largas como un jeme o palmo, y poníanlas resina en las puntas, y en el cabo el casquillo era de un palo. De por ahí ataban cuatro saeticas y cuatro teas con hilo de algodón flojo, y poníanlas sobre las sepulturas de los difuntos. También ponían juntamente un par de tamales dulces. Todo el día estaba esto en las sepulturas, y a la puesta del Sol encendían las teas, y allí se quemaban las teas y las saetas. El carbón y ceniza que de ellas se hacía enterrábanlo sobre la sepultura del muerto.
Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*	En el signo que se llamaba *ce quiáhuitl*, en la primera casa, hacían fiesta las diosas que llaman *cihuapipiltin*. Éstas decían que eran las mujeres que morían del primer parto; decían que se hacían diosas y moraban en la Casa del Sol, y que cuando reinaba este signo descendían a la tierra y herían con diversas enfermedades a los que topaban fuera de sus casas, y por esto en estos días no osaban salir de sus casas.
Costumbres, fiestas, enterramientos y diversas formas de proceder de los indios de Nueva España	Esta figura es de algún gran señor o cacique [que] moría, que le vestían después de muerto de esta manera, y le ponían sobre un petate o estera, y le ponían delante mucha comida, y le daban fuego y se quemaba ello y él, y el pueblo estaba en gran areíto y baile en tanto que él se quemaba, y los polvos de él después de quema[do] bebían en vino su mujer e hijos o parientes más cercanos, y así bebieronlos de Motezuma después que le mataron los indios de Mexi[co], dándole una pedrada en la cabeza, porque le tenían preso los españoles... y muerto, los españoles se le entregaron a los indios, diciendo que ellos mesmos, los indios, le habían mue[r]to, y tomaron los indios el cuerpo y lleváronle de priesa al cu que se había caído y estaba ardiendo, y echaron a Motezuma en él, y dicen que después de quemado bebieron los principales los polvos.
Fray Gerónimo Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*	Los de Tlaxcala tenían que las almas de los señores y principales se volvían nieblas, y nubes, y pájaros de pluma rica, y de diversas maneras, y en piedras preciosas de rico valor. Y que las ánimas de la gente común se volvían comadrejas, y escarabajos hediondos, y otros animales rateros.
***Códice Florentino*, traducción de Alfredo López Austin**	...se dice que los niñitos pequeños que mueren se hacen piedras verdes, se hacen preciosas turquesas, se hacen brazaletes. Cuando mueren no van allá, al temible lugar de los vientos helados, al Mictlan. Van allá, a la casa de Tonacatecuhtli. Viven en el lugar del árbol de nuestro sustento; liban las flores de nuestro sustento. Allá viven en el árbol de nuestro sustento; de él chupan.
***Códice Florentino*, traducción de Alfredo López Austin**	...nuestra madre, nuestro padre Mictlántecuhtli, Tzontémoc, Cuezalli, permanece con gran sed de nosotros, permanece con gran hambre de nosotros, permanece jadeando, permanece insistiendo. En ningún tiempo tiene reposo; en la noche, en el día, permanece gimiendo, permanece gritando.
Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*	...los ajusticiados por delito, como eran hurto y adulterio, [iban] a otro [lugar]; los que mataban a sus padres, hijos y mujeres tenían casa por sí; también estaban por su lado los que mataban al señor y a algún sacerdote... Al que moría por adúltero lo vestían como... Tlazoltéotl; al ahogado, como a Tláloc; al borracho, como a Ometochtli...; al soldado, como a Huitzilopochtli.
***Primeros memoriales*, traducción de Alfredo López Austin**	Mictlantecuhtli, Mictecacíhuatl, comen allá, en el Mictlan, pies, manos. Y su guisado es el pinacate; su atole, el pus. Así lo beben, dentro de un cráneo. Comían muchos tamales peídos; allá los comen en el Mictlan. Los tamales están peídos por pinacates. El que aquí sobre la tierra comía guisado caldoso, allá en el Mictlan comía huesos de frutas. Y todo esto: allá son comidas hierbas espinosas, y todos los que van al Mictlan comen abrojos. Todo lo que aquí sobre la tierra no es comido, allá se come en el Mictlan. Y se decía: "Ya nada es comido. Se padece mucha pobreza allá en el Mictlan".

INFORMACIÓN: ALFREDO LÓPEZ AUSTIN

Costumbres funerarias en Mesoamérica

Eduardo Matos Moctezuma



Mictlantecuhtli, dios de la muerte. El Zapotal, Veracruz.

Solamente yo busco,
recuerdo a nuestros amigos.
¿Acaso vendrán una vez más,
acaso volverán a vivir?
Sólo una vez perecemos,
sólo una vez aquí en la tierra.

Nezahualcóyotl, "Canto de la huida"
(Versión de Miguel León-Portilla)

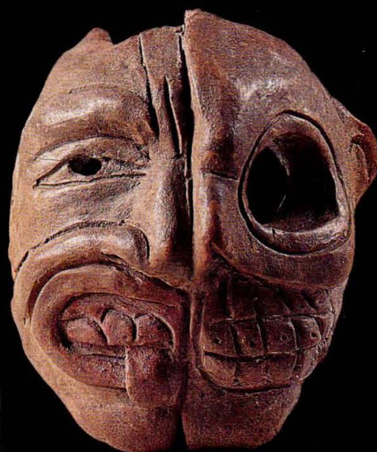
A Johanna Faulhaber
y Arturo Romano

La muerte es un hecho incontrovertible. Todo ser biológico transita por los cuatro pasos que le son propios: nacer, crecer, reproducirse y morir. Cuando el hombre cobra conciencia de lo anterior, su primer impulso lo lleva a negarse a morir, a trascender, y a partir de ahí crea los lugares adonde irá después de la muerte. Vano intento por evitar lo inevitable. Como he dicho en otra ocasión:

> ...el hombre se niega a morir, a dejar de ser, y busca trascender de alguna manera después de la muerte y otra vez vuelve a convertirse en el gran hacedor: asegura su trascendencia al crear los diversos lugares adonde irá después de la muerte. Y es aquí donde hacen su presencia plena, total, los dioses de la muerte. El hombre ha logrado, en su temor y grandeza, arrebatarle la vida a la muerte y hacerla llegar al más allá aunque la muerte, socarrona, se muera de risa... (Matos, 1987).

Los pueblos mesoamericanos no fueron ajenos a esto. A lo largo de su historia nos han dejado buen número de evidencias (entierros, figuras, ofrendas, mitos, poesías...) que nos hablan de las prácticas funerarias y de la necesidad de trascender al más allá. Para estudiar esas evidencias recurriremos a los datos que nos proporcionan la arqueología, la antropología física y la etnohistoria a partir del momento en que el hombre depende fundamentalmente de la agricultura, ya que contamos con poca información sobre el tema respecto a la etapa más antigua del hombre cazador-recolector.

Con la agricultura surgen nuevos instrumentos; la tierra y el agua cobran importancia y el calendario se regula por las estaciones de lluvia y de secas. El hombre crea nuevas formas de organización social y se establece en lugares propicios, lo que da pie a los primeros asentamientos permanentes conocidos. A partir de este momento estamos ante la presencia de lo que podríamos considerar una visión dual del mundo circundante, concepto que tendría mucha importancia en el México prehispánico y



Máscara de la dualidad.
Tlatilco, estado de México.
FOTO: MICHEL ZABÉ / RAÍCES



Estela 50.
Izapa, Chiapas.
FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES.



Cráneo de piedra.
Teotihuacan, estado de México.
FOTO: ARCHIVO INAH

que se concibió a partir de la observación que el hombre hace de la naturaleza, al ver que una parte del año cuenta con lluvia, gracias a la cual las plantas germinan, en tanto que la otra corresponde a la temporada de secas, en que todo muere. El ciclo constante vida-muerte está dado.

Preclásico

Desde estos tempranos tiempos (2500-0 a. C.) vemos evidencias del trato que se da al individuo después de la muerte. Contamos con un buen número de enterramientos provenientes de distintos lugares del ámbito mesoamericano que nos hablan de lo anterior, si bien es necesario establecer una diferencia entre la manera en que se entierra cotidianamente a los muertos y aquellas prácticas en que el individuo se utiliza como parte de un ritual propiciatorio, de acompañante, etc. Según Romano (1974), en el Preclásico predominaban los entierros directos, primarios y con ofrenda funeraria, y la posición más común del cuerpo era la extendida, ya sea en decúbito dorsal (boca arriba), en decúbito ventral (boca abajo), en decúbito lateral derecho (sobre el costado derecho) o en decúbito lateral izquierdo (sobre el costado izquierdo) (véase cuadro). De los primeros tenemos ejemplos en El Arbolillo, estado de México; en Gualupita, Morelos, y en El Viejón, Veracruz. En este último lugar se encontró un esqueleto con la particularidad de que estaba mutilado de pies y manos.

Nos vienen a la memoria sitios como Tlatilco, en el estado de México, en donde por muchos años se llevaron a cabo excavaciones que proporcionaron una rica información. Ubicado cronológicamente hacia el año 1000 a. C., en este lugar tenemos evidencias del predominio de entierros extendidos y, en menor número, de flexionados. Estos últimos también se han localizado en Cerro del Tepalcate, estado de México; en Chiapa de Corzo, Chiapas, y en Chupícuaro, Guanajuato, entre otros sitios. Sabemos del uso de formaciones troncocónicas, es decir, de excavaciones practicadas en la tierra en las que se encontraron individuos sepultados, como en Tlatilco y Cuicuilco, D.F. En este último asentamiento hay

presencia de entierros múltiples en forma radial, alrededor del basamento circular. Y ya que hablamos de entierros múltiples, los hay con varios cuerpos colocados en relación a un personaje principal, como los de Chupícuaro, que están ubicados alrededor de hogares sin una orientación precisa. En el Occidente de México se han hallado tumbas de tiro practicadas en el tepetate, con una o varias cámaras, como en El Opeño, Michoacán. En el Preclásico también hay evidencias de entierros irregulares, además de los llamados secundarios. Algunos de estos últimos presentan muestras de haber sido sometidos a la acción del fuego (Romano, 1974).

Resulta interesante comprobar que desde este momento tenemos la presencia del concepto vida-muerte, lo que es evidente en la pequeña máscara de barro procedente de Tlatilco, en la que podemos ver que la mitad del rostro está descarnada (se aprecia la cuenca del ojo vacía, así como los huesos de la cara), en tanto que la otra mitad tiene carne y una parte de la lengua aflora entre los labios. Por cierto que las primeras representaciones de esqueletos o de cráneos corresponden al Preclásico.

Un ejemplo magnífico lo tenemos en la Estela 50 de Izapa, Chiapas (*ca.* 300 a. C.), en la que vemos un esqueleto sentado que parece tener una máscara sobre el rostro, y de cuyo vientre surge un elemento que nos recuerda un cordón umbilical, el cual remata en la pequeña figura de un personaje, símbolo evidente de que de la muerte deviene la vida, al igual que después de la temporada de secas va a continuar la temporada de lluvias, como parte del ciclo constante de vida-muerte-vida...

Vale la pena señalar que en la cultura olmeca, primera cultura compleja profundamente estratificada y tan pródiga en esculturas de piedra, no hay la representación de cráneos o esqueletos. Sin embargo, no falta quien identifica como dios de la muerte (Dios VIII) la representación de una cara con un ojo cerrado y un supuesto colmillo que se encuentra en la escultura conocida como el Señor de Las Limas, Veracruz, aunque si vemos con detenimiento el perfil, no creemos que haya elementos para afirmarlo (Joralemon, 1971).



Diorama de la Tumba 104 de Monte Albán. MNA.
FOTO: MICHEL ZABÉ / RAÍCES



Sarcófago de Escudo II o Pacal. Templo de las Inscripciones, Palenque, Chiapas.
FOTO: GUILLERMO ALDANA / RAÍCES



Tumba de la Reina Roja. Edificio XIII, Palenque, Chiapas.
FOTO: JAVIER HINOJOSA

Clásico

Las diversas culturas mesoamericanas presentan en su proceso de desarrollo un nuevo cambio cualitativo que comienza desde el llamado Preclásico Tardío. Estamos ante sociedades clasistas concentradas en áreas urbanas y rurales en las que ya hay un buen número de especialistas que realizan diferentes actividades: ceramistas, lapidarios, pintores, escultores, carpinteros, tejedores, personas dedicadas a la construcción de edificios, además de un numeroso grupo campesino dedicado a la producción agrícola, entre otros. Las diferencias sociales son evidentes, y uno de los medios para constatarlo son las prácticas funerarias. Así, tenemos desde suntuosas tumbas con ofrendas que acompañan al personaje sepultado, hasta simples enterramientos debajo de los pisos de las casas con ofrendas que pueden variar en su calidad y cantidad. Un ejemplo de esto último lo tenemos en Teotihuacan, estado de México (0-750 d. C.). Sabíamos que en el área de La Ventilla se habían localizado entierros de individuos debajo de las casas. Sin embargo, con las excavaciones del Proyecto Especial Teotihuacan 1992-1994, en otro sector de esta área se detectaron alrededor de 300 enterramientos debajo de los cuartos de una unidad habitacional popular. La gran mayoría son entierros primarios, directos, con los cuerpos en posición flexionada sedente (sentados) o flexionados en decúbito dorsal y lateral, comúnmente acompañados de una ofrenda. En el caso de los niños, por lo general se trata de entierros indirectos colocados en un plato en posición flexionada y cubiertos con otro plato, además de la presencia de nonatos. Otra práctica funeraria la tenemos en enterramientos realizados en cuevas, en donde se han encontrado individuos con su ofrenda, aunque pertenecientes a culturas posteriores a la teotihuacana. Hay que recordar que en el mundo prehispánico la cueva tiene un concepto dual: es el lugar por donde se puede entrar al inframundo, y a la vez la matriz que puede parir pueblos...

Por otra parte, deben mencionarse los entierros de carácter ritual, en los que se han encontrado verdaderos túmulos fu-

nerarios, como el formado por cerca de 20 esqueletos excavados en el centro del Templo de la Serpiente Emplumada o de Quetzalcóatl, en Teotihuacan. En este mismo edificio se han encontrado entierros que constan de un solo individuo y de conjuntos formados por 2, 4, 9 y hasta 18 individuos, dispuestos de una manera especial en relación con los puntos cardinales. Se cree que estos cuerpos son indicadores de un ritual de sacrificio humano propiciatorio, y por lo general están en posición flexionada. También sabemos de esqueletos de niños en posición sedente en las esquinas de cada uno de los cuatro cuerpos de la Pirámide del Sol, según reporta Leopoldo Batres (1906).

Finalmente, diremos que en la escultura tanto de piedra como de barro ha quedado plasmado el rostro de la muerte. Así, sabemos de la existencia de bultos mortuorios elaborados en cerámica y de máscaras y cráneos de piedra.

En Oaxaca existió un amplio culto a la muerte. De sobra conocidas son las tumbas de Monte Albán, Yagul, Zaachila y otras ciudades zapotecas.

La mayoría de ellas fueron construidas debajo de patios, habitaciones y templos con techos grandes de piedra, y en ocasiones presentan nichos en las paredes para poner parte de la ofrenda y una rica pintura mural. En la entrada se colocaban urnas de barro. En cuanto a la posición de los esqueletos, la más común es la de decúbito dorsal extendido, aunque también los hay flexionados. Cabe señalar que varias tumbas zapotecas fueron reutilizadas posteriormente por los mixtecos, por lo cual los huesos de los primeros ocupantes fueron removidos y se convirtieron así en entierros secundarios.

Las pinturas murales que decoran los interiores de algunas de las tumbas de Monte Albán nos hablan de ciertas prácticas rituales. Tal es el caso de la Tumba 72, quizá la más antigua con pintura, o de la 112, ubicada hacia los años 200-400 d. C., en la que vemos la figura de un anciano ricamente ataviado que camina y sostiene una lanza en la mano derecha, en tanto que en la otra lleva una bolsa, y se dirige hacia dos bandas con glifos. Igualmente destacan las tumbas 104 y 105. La presencia de ancianos en las pinturas es una constante, al igual



Cihuateteos. ***Izquierda:*** **El Zapotal, Veracruz.** ***Derecha:*** **El Cocuite, Veracruz.**

FOTOS: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES



Ofrenda de un personaje importante. Huitzilapa, Jalisco.

FOTO: JORGE RAMOS



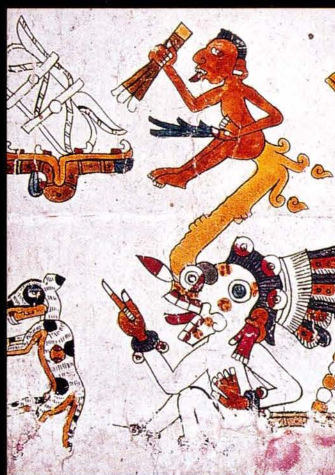
Entierro y ofrenda. Xcambó, Yucatán.

FOTO: MICHAEL CALDERWOOD / RAÍCES

que las procesiones de señores y damas ricamente vestidos. Sin embargo, las figuras humanas se han interpretado de forma diferente: en la Tumba 104 se considera que se trata de un ascenso a las fauces celestiales "del último miembro del linaje", y no de un descenso de la familia al inframundo, como sería el caso en la 105 (De la Fuente, 1997).

Quizá la tumba zapoteca con mayor policromía encontrada hasta el momento es la de Huijazoo, sitio que ocupa un lugar estratégico en la entrada a los Valles Centrales. La tumba fue encontrada en 1985, y tenía una cámara, dos antecámaras y una enorme piedra que cubría la entrada. A esta puerta se llega bajando por nueve escalones, y en la fachada de la tumba se ve la figura de un ofidio con las fauces abiertas, de cuyo interior sale un ave. Sin embargo, es la pintura mural la que nos permite apreciar parte de los rituales que se llevan a cabo para el individuo muerto. En la antecámara II tenemos hombres y mujeres con ricos atavíos, y entre ellos destaca la figura de una anciana jorobada que tiene en la mano una bolsa de copal, en tanto que en las paredes este y oeste de la cámara funeraria hay procesiones de personajes colocados en dos niveles. En el nivel superior del muro oeste hay 10 ancianos, mientras que en el inferior se hallan nueve personajes, algunos de ellos ataviados con máscaras y guanteletes para el juego de pelota. El muro este se divide de manera similar. Tanto en el nivel superior como en el inferior hay nueve personas, y en este último volvemos a ver varios individuos ataviados para el juego. Hay que destacar también la lápida mortuoria de piedra pintada de rojo, con escenas que parecen aludir a la presencia del muerto ante determinados personajes (Franco, 1997). De Oaxaca proceden algunas representaciones de la muerte como la muy conocida cabeza de Soyaltepec, en la que, una vez más, estamos ante la presencia de la dualidad vida-muerte. En la zona maya existe un sinnúmero de evidencias de las diferentes prácticas funerarias. Uno de los estudios más completos sobre el tema sigue siendo el de Alberto Ruz, *Costumbres funerarias de los antiguos mayas*, en el que el autor hace un profundo análisis sobre la materia y señala lo siguiente:

> La iconografía maya, en resumen, proporciona a nuestro estudio sobre las costumbres funerarias entierros en decúbito dorsal, brazos cruzados y piernas flexionadas, dentro de tumbas; entierros en posición sedente, con el cuerpo envuelto en tela formando un bulto; exposición de cabezas humanas –tzompantli– probablemente víctimas de sacrificio durante la época tolteca en Yucatán; existencia de un Dios de la Muerte con eventual forma femenina; comunidad de rasgos entre el Dios de la Muerte y la Deidad de la Tierra; ocupación del Dios de la Muerte en menesteres propios de los humanos... (Ruz, 1991).



Mictlantecuhtli, dios de la muerte, devorando el excremento de un individuo. *Códice Borgia*.
REPROGRAFÍA: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES.



Personaje asociado con el sacrificio humano. Tumba 1, Zaachila, Oaxaca .
FOTO: GERARDO GONZÁLEZ RUL / RAÍCES

A todo esto hay que agregar los entierros directos como los de Jaina, Campeche, en los que predomina la posición flexionada, y los ricos entierros en tumbas de Palenque, Chiapas, como la excavada por el mismo Ruz en el Templo de las Inscripciones y la reciente tumba del Templo XIII, que tiene el sarcófago cubierto por una lápida sin decorar. En el lado este del mismo fue colocada boca abajo una mujer adulta, y al otro lado un infante masculino extendido en decúbito dorsal, que posiblemente fueron sacrificados como acompañantes de la dama que ocupaba el sarcófago, la cual tenía la cabeza orientada hacia el norte y estaba rodeada por un ajuar de perlas, obsidiana, jades y agujas de hueso y concha, además de cerca de 200 piezas de jade que formaban la máscara, así como collares, pulseras, orejeras y tobilleras (González, 1994). Ya que hablamos de máscaras, cabe señalar que en la zona maya se han hallado varias de ellas provenientes de entierros como los ya mencionados de Palenque, pero también se han encontrado en Uaxactún, Tikal, Río Azul (Guatemala), Oxkintok (Yucatán) y Calakmul (Campeche). En este último sitio se habían localizado hasta 1994 tres máscaras mortuorias faciales hechas con piezas de jadeíta (Domínguez *et al.*, 1994).

Un aspecto interesante que reporta Ruz para la tumba de Palenque y las de otros sitios como Cholula, Puebla, y Tres Zapotes, Veracruz, es la presencia de un "psicoducto" o conducto mágico para el espíritu del muerto, que conecta la cámara funeraria con el exterior (Ruz, 1991).

En la Costa del Golfo también existe una información rica para el tema que estamos tratando. Muchas de las cerámicas provienen de entierros, y entre ellas destacan las caritas sonrientes del momento de apogeo, así como algunas ya degeneradas, como las dos que proceden del entierro secundario número 8, trinchera 2, de Isla de Sacrificios, Veracruz. Figuras impresionantes son las *cihuateteo*, hechas de barro con los ojos cerrados y la boca abierta, y de las cuales la más antigua es la procedente de Remojadas, Veracruz. No podemos dejar de mencionar esculturas de piedra de carácter funerario como son los yugos, según lo evidencia el encontrado en un entierro secundario en El Viejón, muchos de los cuales tienen labrada la representación del Señor de la Tierra, devorador de los cadáveres. Las hachas también se han hallado asociadas a entierros, como en Napatecuhtlan, en donde se encontró el entierro secundario número 2 de un adulto masculino que había sido cremado y cuyos restos fueron colocados en el interior de una olla, y ésta a su vez sobre un hacha que tiene el rostro de un guerrero muerto (Medellín, 1960). Cabe recordar que yugos, hachas y palmas también están asociados al juego de pelota, como lo vemos en los relieves de Tajín, Veracruz, en donde se observa el sacrificio ritual de un individuo sobre el que desciende la muerte en forma de esqueleto.

En el Occidente de México también hay una larga tradición de acompañar a los muertos con ofrendas diversas. Un buen ejemplo lo tenemos en la tumba de tiro con dos cámaras encontrada en Huitzilapa, Jalisco, y fechada hacia el año 75 d. C., en la que hay collares, cerámica y faldillas hechas de caracoles. El personaje masculino principal muestra caracoles a manera de genitales.

Epiclásico

Entre los años 700 y 900 d. C. hay algunos sitios que desempeñaron un papel importante después de la caída de Teotihuacan. Cacaxtla, Xochicalco y Tula son tres de ellos, en los que tenemos evidencias de prácticas funerarias. En Xochicalco, excavaciones recientes permitieron encontrar restos óseos de individuos que murieron quizá violentamente a la caída de la ciudad, pues los cuerpos quedaron depositados sobre el piso de los pórticos y cubiertos por el techo incendiado, sin ofrendas. En cambio, en la Pirámide de las Serpientes Emplumadas se hallaron dos entierros de tipo ritual, el primero de un niño que fue localizado en la esquina noroeste en posición flexionada (decúbito lateral derecho), y orientado de sur a norte. Estaba acompañado por un perrito, con igual orientación. El segundo se encontró debajo de la escalinata del templo y corresponde a un adolescente en la misma posición del anterior, acompañado de una rica ofrenda. Con anterioridad se habían hallado entierros secundarios en este edificio (Garza, 1999). En el caso de Tula, recordemos que hacia esos años existía el núcleo inicial de la ciudad que denominamos Tula Chico, en cuya plaza central se encontró un esqueleto flexionado en decúbito lateral derecho, acompañado de un cajete Coyotlatelco.

Posclásico

Se considera que este periodo abarca desde el año 900 d. C. hasta la llegada de los españoles. Contamos con la información de cronistas y códices y con el dato arqueológico. Empezaremos por la región oaxaqueña, en donde la excavación de la Tumba 7 de Monte Albán y de dos tumbas en Zaachila nos permite adentrarnos en el ritual mortuorio de los grupos mixtecos. Recordemos que este pueblo nos dejó testimonios en tres aspectos de singular belleza: los códices, la cerámica policroma y la orfebrería, esta última presente en las ofrendas funerarias.

La Tumba 7 de Monte Albán es muy conocida. Excavada por don Alfonso Caso, en ella se hallaron indicios de su reutilización. A los nuevos ocupantes se les acompañó de una impresionante ofrenda con múltiples piezas de oro en forma de collares, pectorales y anillos, y además con piezas de plata, cristal de roca, alabastro, obsidiana, ámbar, turquesa, concha, perlas, jade y hueso labrado. Esta riqueza demuestra el alto nivel alcanzado por quienes elaboraron las piezas, a la vez que nos indica la importancia del personaje principal al que acompañaban. Por su parte, en Zaachila las tumbas se construyeron debajo del patio del palacio. La Tumba 1 consta de cámara y antecámara orientadas de sur a norte. Sabemos que su principal ocupante fue el señor 9 Flor, a quien acompañaba, a su lado derecho, un joven de alrededor de 15 años. En la antecámara fueron depositados ocho individuos sacrificados, seis de los cuales fueron colocados en decúbito dorsal extendido y con la cabeza hacia el sur. Aquí también se encontraron piezas de oro y otros materiales, entre los que sobresale una magnífica colección de piezas cerámicas mixtecas de gran calidad. Destaca un recipiente de barro anaranjado con la figura del señor del inframundo, cuya cabeza es movible. Las paredes de la tumba son pródigas en información, y están decoradas con siete figuras de estuco. Dos de ellas representan a los señores 9 Flor y 5 Flor; otras dos al dios Mictlantecuhtli, señor del inframundo, y una más a un individuo cubierto con caparazón de tortuga y sendos cuchillos en las manos. En la antecámara hay dos figuras de aves, posiblemente búhos que se asocian con la noche y con la muerte. Un hallazgo importante fue el de cinco máscaras cubiertas de mosaico, en algún caso combinado con otros materiales como obsidiana, concha, oro, jade y turquesa (Gallegos, 1997).

No podemos dejar de mencionar los códices en los que se representó al dios de la muerte, como en la lámina 73 del *Códice Borgia*, o la presencia de bultos mortuorios o individuos que serían devorados por Tlaltecuhtli, señor de la Tierra.



Las tumbas de Zaachila, Oaxaca, contenían abundantes ofrendas compuestas por objetos de excelente manufactura. Destaca este vaso con la representación del dios de la muerte. Al igual que entre otros pueblos mesoamericanos, se le conceptuaba como un esqueleto viviente. Tumba 2 de Zaachila, Oaxaca.

FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

En cuanto a la zona maya, se habla de cámaras funerarias en Yucatán, como ocurre en Chichén Itzá y Mayapán, además de entierros en fosas localizados debajo de los pisos de las casas o en adoratorios y templos, con predominio de cuerpos en posición flexionada y acompañados de ofrendas. En cuanto a entierros primarios en vasijas, dice Ruz que no los encontró fuera del área maya, y al referirse a la incineración hace ver que es tardía, al igual que en el resto de Mesoamérica, como se ve en sitios mayas como Chichén Itzá y Mayapán y en lugares entre los ríos Grijalva y Usumacinta, además de Calixtlahuaca, estado de México; Coralillo, Jalisco; en sitios de la región Huetamo-Aldama-Bravos y en Pátzcuaro, en Michoacán, y en general entre los totonacos de Veracruz. En relación con los entierros en *chultunes*, éstos son primarios y en posición flexionada, sin acompañamiento de ofrenda (Ruz, 1991, y Romano, 1974).

Fray Diego de Landa nos ha dejado una relación de algunas costumbres mortuorias de los mayas de Yucatán, que concuerdan con el dato arqueológico. Dice así:

> Muertos, los amortajaban, llenándoles la boca de maíz molida, que es su comida y bebida que llaman koyem, y con ello algunas piedras de las que tienen por moneda, para que en la otra vida no les faltase que comer. Enterrábanlos dentro de sus casas o a las espaldas de ellas, echándoles en la sepultura algunos de sus ídolos; y si era sacerdote, algunos de sus libros; y si hechicero, sus piedras de hechizo y perpetrados [...] A los señores y gente de mucha valía quemaban los cuerpos y ponían las cenizas en vasijas grandes, y edificaban templos sobre ellas, como muestra haber hecho antiguamente los que se hallaron en Izamal. Ahora, este tiempo, se halló que echaban las cenizas en estatuas huecas, hechas de barro, cuando eran señores (Landa, 1959).

Es importante mencionar los *tzompantli*, como el de Chichén Itzá, en donde se ensartaban cráneos como se hacía en el Centro de México. Sabemos de la relación que tienen juego de pelota-*tzompantli*-decapitación, como lo comprobamos en el juego de pelota de ese mismo sitio, con los relieves del interior de la cancha en los que están alineados siete jugadores por bando. Uno de ellos ha sido decapitado y de su cuello cercenado brotan chorros de sangre en forma de seis serpientes y una planta. Separando ambos grupos hay una pelota con un cráneo de gran belleza.

Los códices mayas y el *Popol Vuh* hacen alusión al tema de la muerte. En los primeros se representa al Dios A descar-



Urna funeraria con la representación de Tezcatlipoca. Museo del Templo Mayor. Su forma ha hecho suponer que esta urna proviene del área del Golfo de México.

FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

nado y con puntos negros o líneas punteadas sobre el cuerpo que indican la putrefacción. En ocasiones muestra el abdomen hinchado. En el segundo tenemos a los gemelos que bajan a Xibalbá, lugar de los muertos, para jugar a la pelota, y se indican los pasajes llenos de peligros por los que tienen que atravesar: ríos, barrancas, la casa del frío, la de los tigres, la casa del fuego y la del murciélago, todo lo cual guarda gran similitud con los mitos del altiplano.

Entre los totonacos del actual estado de Veracruz se observa una peculiar arquitectura mortuoria en la que las tumbas tienen la forma de pequeños templos. Las más conocidas son las de Quiahuiztlan, aunque se encontraron en varios sitios como Comapan, San Isidro, Bernalillo, Punta Delgada y otros más. En Quiahuiztlan esas tumbas, con techos de cuatro aguas o de azotea, con una cámara funeraria y ocasionalmente dos o tres, se encuentran agrupadas en conjuntos. La mayoría de los entierros son secundarios con ofrenda. Un dato interesante es que hay un agujero que comunica la cámara con el adoratorio y en su pared posterior otro que sale al exterior, como lo vemos en la tumba de Palenque y en Cholula. Son los "psicoductos" ya mencionados (Medellín, 1960).

En Zapotal, Veracruz, tenemos una de las figuras más impresionantes del dios de la muerte, Mictlantecuhtli, además de las *cihuateteo* de barro o mujeres muertas en el parto que acompañaban al Sol del medio día al atardecer por el rumbo poniente (femenino) del universo. A estas piezas excepcionales, que son muestra de la destreza de quienes las hicieron, hay que añadir aquella de un esqueleto sentado.

En el caso del Occidente de México, en sitios como Guasave, Sinaloa, los cuerpos formaban un bulto en posición extendida y con abundante ofrenda. También son comunes los entierros secundarios en ollas. En Jalisco, Michoacán y Guerrero una posición muy común fue la flexionada, y también hay vestigios de cremación y colocación en ollas.

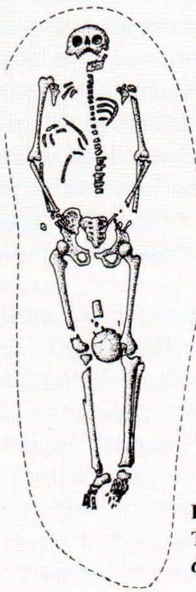
Para el Posclásico, en el Centro de México predominan los entierros flexionados con sus variantes (Cholula, Tlatelolco y otros), aunque tenemos verdaderos conjuntos rituales de individuos como en Teopanzolco, Morelos, en donde se encontró un enterramiento colectivo de hombres, mujeres, adolescentes y niños, en parte mutilados, y cráneos decapitados dentro de vasijas de barro y acompañados de ofrendas (figurillas, navajas de obsidiana, instrumentos musicales, cuentas verdes, etc.). Otro caso de entierro colectivo proviene del Templo Mayor de Tenochtitlan, en donde se encontraron hasta 42 infantes dentro de una cámara del lado correspondiente al dios Tláloc, que fueron sacrificados durante la sequía que fustigó el altiplano hacia 1453 d. C. En Tlatelolco se han excavado grandes osarios y un buen número de entierros flexionados y con ofrenda dentro del espacio sagrado, con orientación predominante este-oeste. Frente al Templo de Ehécatl se localizaron entierros primarios dentro de grandes ollas, con su correspondiente ofrenda. Las ollas representan el vientre materno, al que regresa el individuo después de la muerte.

Un dato interesante lo constituyen las urnas funerarias halladas en el Templo Mayor de Tenochtitlan. Las más antiguas son las de travertino con tapa de obsidiana, una pequeña urna de obsidiana, así como un perrito de barro, encontrados dentro del adoratorio de Huitzilopochtli de la etapa II (1390 d. C.). Dos urnas de barro anaranjado con tapa se ubican cronológicamente hacia 1470 d. C., y pensamos que contienen los restos semicalcinados de dos guerreros prominentes caídos en las guerras de expansión de Axayácatl.

Fray Bernardino de Sahagún y otros frailes nos han dejado una rica información sobre algunas costumbres de los aztecas. Nos hablan de los lugares a donde iría el individuo después de la muerte: el Sol, deparado para los guerreros que morían en combate o sacrificio y las mujeres muertas en el parto, pues éste se consideraba un combate; el Tlalocan, lugar de constante verano al que iban quienes fallecían en relación con el agua, y el Mictlan, a donde se dirigían los que morían de cualquier otra manera. Para llegar al Mictlan había que sortear varios peligros hasta llegar a la presencia de la dualidad que habitaba en el noveno inframundo: Mictlantecuhtli y Mictlancíhuatl. Este viaje lo hemos relacionado con el nacimiento: la primera señal de que hay vida en el interior de la madre es la detención del flujo menstrual. Nueve serán las detenciones menstruales para que, finalmente, nazca el niño. Cuando el individuo muere, tiene que hacer el viaje de retorno al vientre materno: se le coloca en posición sedente o fetal y se baña con agua el bulto mortuorio, para recrear el mismo ambiente en que se encontraba en la matriz. A partir de ahí deberá afrontar nueve peligros, de los cuales el primero será el ser devorado por Tlaltecuhtli, quien come la carne y sangre del muerto con sus grandes colmillos y a la vez lo va a parir a un nuevo estado para que continúe hacia el destino que se le ha deparado según el tipo de muerte (Matos, 1996). Aquí vemos, una vez más, la relación vida-muerte...

Eduardo Matos Moctezuma. Maestro en ciencias antropológicas, especializado en arqueología. Director del Museo del Templo Mayor, INAH. Miembro de El Colegio Nacional.

TIPOS DE ENTIERROS



ENTIERRO PRIMARIO

Es aquel en el cual el esqueleto guarda su relación anatómica, sin haber sido removido. Incluye secciones del cuerpo que fueron enterradas como parte de la ofrenda o por otras razones, pero que conservan su relación anatómica.

Entierro 165. Tlatilco, estado de México.



Entierro 175. Tlatilco, estado de México.

ENTIERRO SECUNDARIO

En él los restos fueron colocados originalmente con carácter primario, y posteriormente fueron removidos, lo que ocasionó un reagrupamiento en el que se pierde la relación anatómica. Los osarios quedan comprendidos en esta clase, al igual que las partes óseas colocadas muy posteriormente, cuando no tenían ya partes blandas.

ENTIERROS INCINERADOS

Alberto Ruz y Arturo Romano consideran la incineración como entierro secundario. Nosotros lo incluimos como una clase aparte, ya que dicha práctica tiene la intención de quemar al individuo y colocar sus restos óseos o las cenizas en un recipiente.

DIBUJOS: ROBERTO GARCÍA MOLL

ENTIERRO DIRECTO

Es aquel en que el cuerpo o cuerpos son colocados en un agujero hecho en la tierra para este fin.

Bulto mortuorio. Cueva de la Candelaria, Coahuila.

ENTIERRO INDIRECTO EN CONTINENTE NATURAL

Comprende los cuerpos depositados en receptáculos naturales como cuevas, cenotes, pozos, etc.

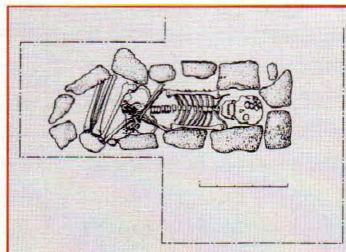
ENTIERRO INDIRECTO EN CONTINENTE ARTIFICIAL

Incluye los cuerpos depositados en continentes artificiales como pueden ser tumbas, adoratorios, recipientes (urnas, ollas), fosas, *chultunes* (en la zona maya) y sótanos, o también las formaciones troncocónicas de algunos sitios del Preclásico y las tumbas de tiro de Occidente.



Entierro en vasija. Cholula, Puebla.

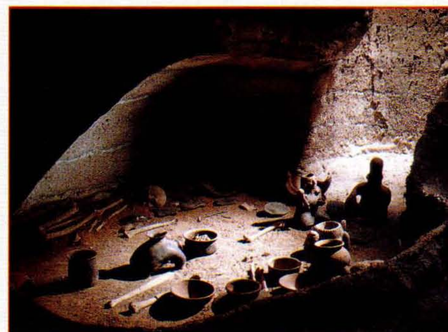
TUMBAS



Entierro 11, Estructura A-14. Ceibal, Guatemala.



Tumba 5. Huijazoo, Oaxaca.



Tumba de Tiro. Occidente de México.

INFORMACIÓN: EDUARDO MATOS. DISEÑO: ENRIQUE VELA

ortuorio.
ıeva de la
ndelaria,
Coahuila.





Puebla.



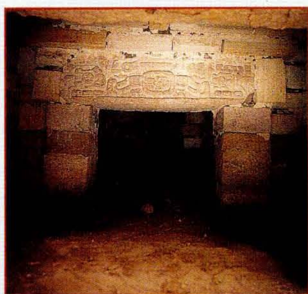
Urna funeraria. Templo Mayor.



Entierro en adoratorio. Cholula, Puebla.

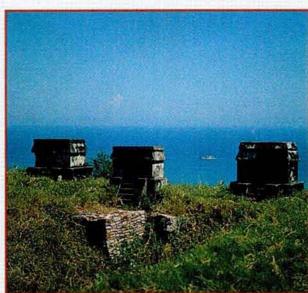


Tumba 28. Yagul, Oaxaca.



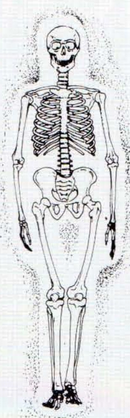


Tumba de Pacal, Templo de las Inscripciones. Palenque Chiapas.

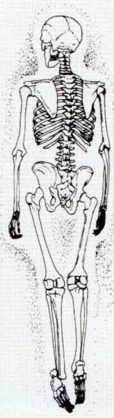


Tumbas con forma de pequeños templos. Quiahuiztlan, Veracruz.

Posición de los cuerpos



Extendido en decúbito dorsal (boca arriba).



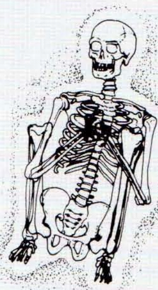
Extendido en decúbito ventral (boca abajo).



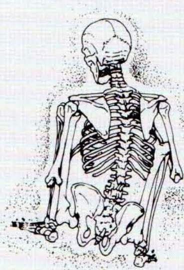
Extendido en decúbito lateral izquierdo (sobre el costado izquierdo).



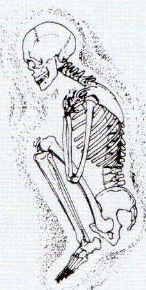
Extendido en decúbito lateral derecho (sobre el costado derecho).



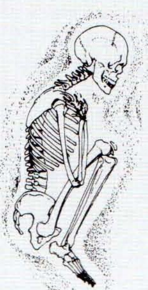
Flexionado en decúbito dorsal.



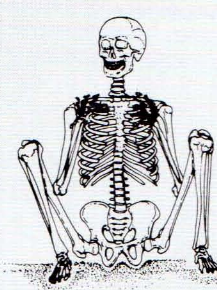
Flexionado en decúbito ventral.



Flexionado en decúbito lateral derecho.



Flexionado en decúbito lateral izquierdo.



Flexionado sedente (sentado).

DIBUJOS: CÉSAR FERNÁNDEZ / RAÍCES

Tlatilco
Prácticas funerarias

Roberto García Moll



Enterramiento múltiple, simultáneo, depositado en una fosa plana circular. Todos los individuos, uno masculino y cuatro femeninos, tienen deformación craneana tabular erecta. Entierros 170, 171, 172, 173 y 174. Tlatilco, temporada IV, 1962-1969.

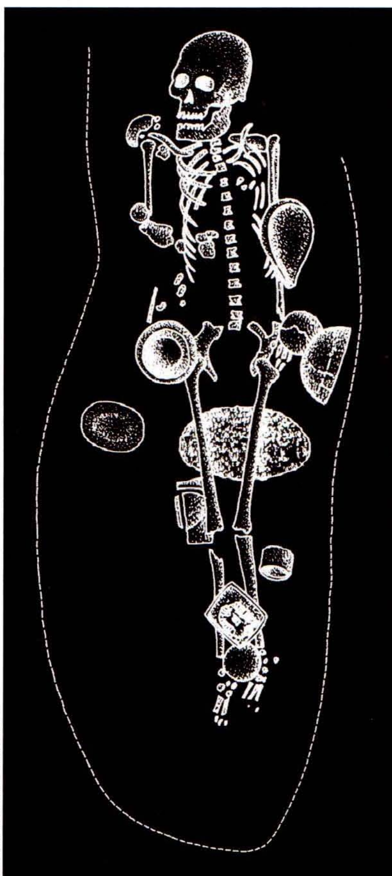
La gran cantidad de entierros que se han explorado en Tlatilco, poco más de 450, han permitido determinar la existencia desde épocas remotas de un elaborado sistema funerario, en el cual se prefiguran las pautas que en adelante serían comunes a los pueblos mesoamericanos.

Hasta hace pocos años, una interpretación frecuente respecto a sitios arqueológicos como Tlatilco, en el estado de México, y Jaina, en el de Campeche, llevó a la conclusión equivocada de que se trataba de verdaderos cementerios prehispánicos, por la abundancia de enterramientos humanos bien conservados y los numerosos objetos asociados a éstos, unidos a una particular forma de excavación. Esa interpretación atendía al sistema funerario, pero ignoraba el conjunto mayor de evidencias, como un reflejo del pobre conocimiento que de esos sitios se tenía. Ahora sabemos que el primero fue una aldea del Preclásico Medio en la Cuenca de México, y el otro una ciudad del Clásico maya. En el caso de Tlatilco, durante dos décadas de trabajos arqueológicos han sido recuperados poco más de 450 enterramientos, en los que se evidencia que existió, para disponer de los muertos, un complejo ritual formalizado en el grupo social, cuyos antecedentes son tan antiguos como el hombre mismo y van de acuerdo con la percepción que las sociedades tienen del cosmos.

Características y desarrollo

Tlatilco fue una aldea densamente poblada, que actualmente se localiza en el extremo occidental de la Cuenca de México, en el municipio de San Bartolo Naucalpan del estado de México, sobre un abanico aluvial formado por los ríos Los Cuartos, Hondo y Totolica, que corren sobre la vertiente oriental de la Sierra de las Cruces. Temporalmente se le ubica dentro del llamado Preclásico Medio (1400-900 a. C.).

En esa época, como característica notable se produce una enorme variedad de formas cerámicas y figurillas, artefactos y adornos, como consecuencia de un intenso intercambio de materias primas con otras regiones, lo que implica una compleja estratificación social que se refleja de manera notable en un elaborado sistema funerario.



Las excavaciones y el estudio de los materiales arqueológicos recuperados nos brindan un amplio panorama de la evolución de este asentamiento, de sus características culturales, de sus individuos y de su adaptación y aprovechamiento del medio. Es clara la evidencia del admirable desarrollo de Tlatilco como una aldea de casas construidas con materiales perecederos y pisos de lodo, cuyos habitantes no sólo practicaron la agricultura y recolectaron plantas y frutos, sino que aprovechaban los vastos recursos de la fauna local que cazaban y pescaban. La agricultura dio lugar a una economía de producción y en la estructura social al surgimiento de artesanos.

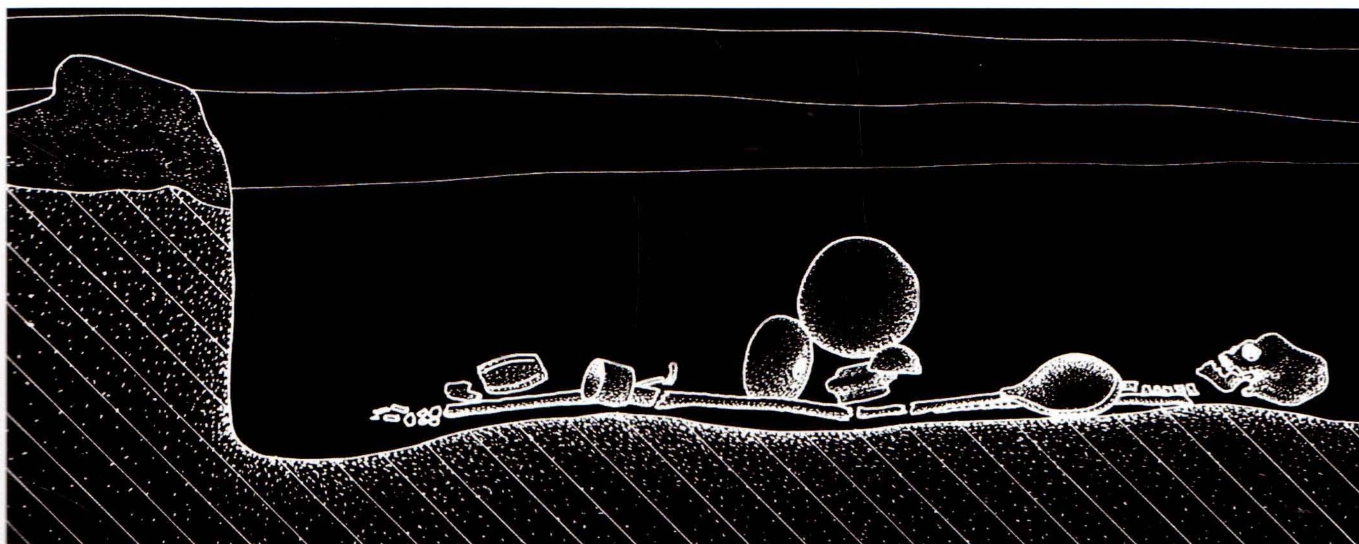
Culturalmente, los habitantes de Tlatilco mantuvieron relaciones con grupos tanto del Occidente de México como de la Costa del Golfo, como se evidencia sobre todo en su cerámica y sus figurillas. Asimismo, por medio del intercambio obtenían ciertos materiales de prestigio de regiones distantes, como cinabrio, pirita, obsidiana, concha y piedra verde.

Por el estudio de los restos óseos sabemos que convivían en el sitio dos grupos humanos morfológicamente diferenciables entre sí; que su ciclo vital era en promedio menor a los 35 años, por lo que hoy se diría que era una sociedad de jóvenes, cuyas edades registradas van desde los nonatos hasta los 50 años; que practicaban la deformación craneana en dos modalidades: erecta y oblicua, y se mutilaban los dientes como símbolo de jerarquía social o de grupo, y que las duras tareas diarias eran realizadas por igual entre hombres y mujeres.

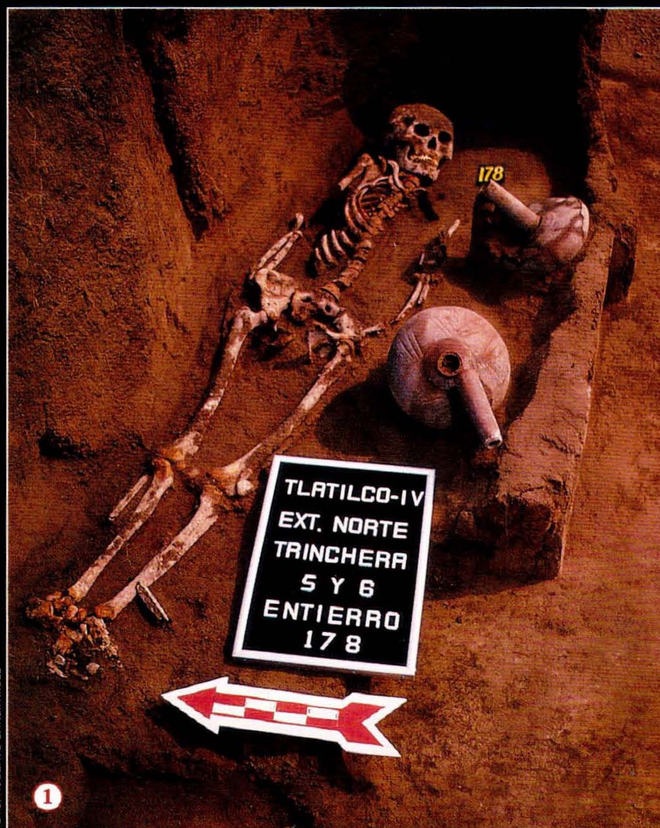
Sistema funerario

En lo que se refiere a la forma de disponer de sus muertos, en Tlatilco ha sido posible identificar patrones, lo que nos permite tener un mejor acercamiento a la complejidad del tema.

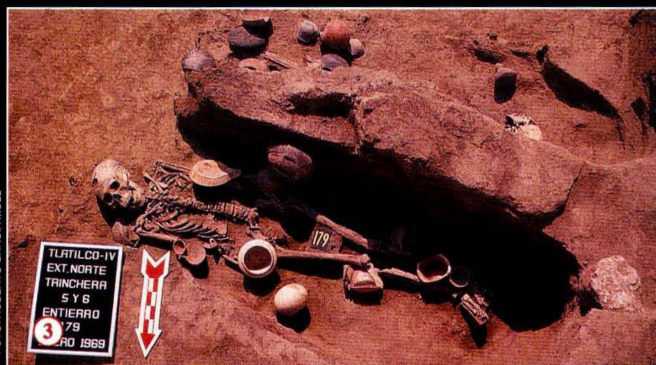
Durante la cuarta temporada de campo (1962-1969) fueron explorados 213 enterramientos humanos, de los cuales 39 son infantiles, 84 femeninos, 80 masculinos y 10 indeterminados. De ellos, 209 son directos, es decir, se cavó un hoyo en la tierra para depositar el bulto mortuorio, y sólo cuatro son indirectos, por haberse realizado en el interior de formaciones troncocónicas. Del total de enterramientos, 158 poseen objetos asociados, que van desde uno hasta cerca de 50. El rango de materiales y formas de esos objetos es muy variado: vasijas, figurillas, artefactos de piedra tallada o pulida, de hueso, asta y concha, así como pequeños cristales de hematita en forma de espejos.



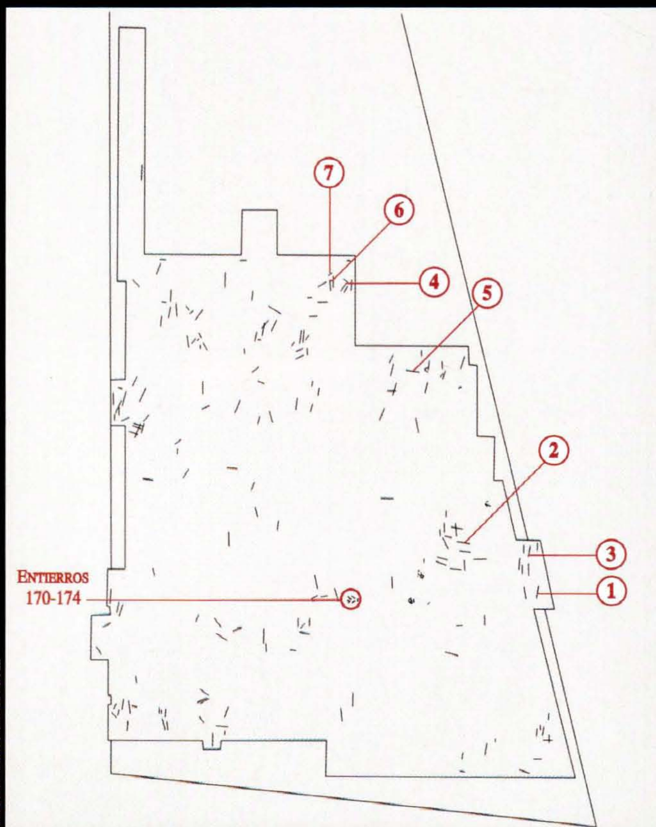
Entierro de un hombre de 30 a 35 años, con deformación craneana y mutilación dentaria. Entre los objetos asociados, destacan piezas de posible filiación olmeca. Planta y corte del Entierro 179.



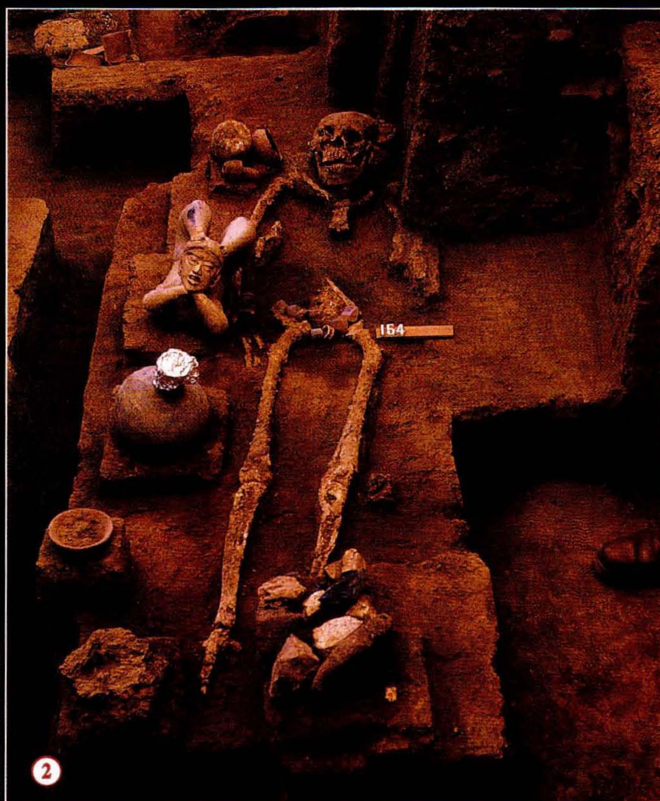
Entierro de una mujer de entre 35 y 39 años, con objetos asociados: cinco recipientes de cerámica y dos punzones de asta y hueso. Entierro 178.



Entierro 179 con 13 vasijas de cerámica.



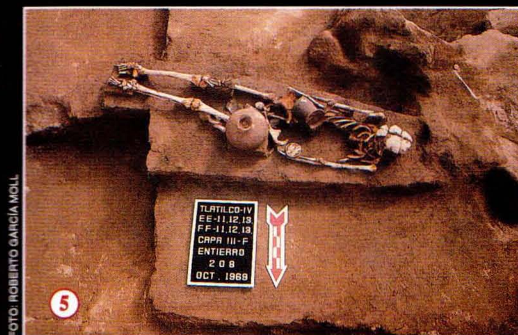
Distribución de los entierros en Tlatilco en el área de excavación de la temporada IV.



Este entierro de un hombre cuya edad oscila entre los 40 y 45 años, es notable por la diversidad de objetos asociados, entre los que destaca un botellón antropomorfo. Entierro 154.



Estos entierros no son simultáneos y pertenecen a tres mujeres cuyas edades oscilan entre los 35 y 50 años. Sólo el 194 posee un botellón asociado. Entierros 193, 194 y 195.



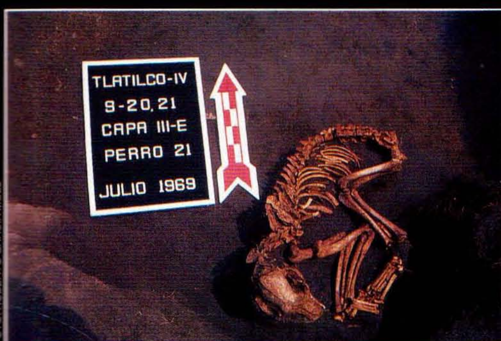
Entre los objetos asociados a este entierro de una mujer, destacan dos pequeñas esculturas de cerámica. Entierro 208.



Entierros no simultáneos. El 196 es de un hombre de entre 30 y 35 años, y el 197 es de una mujer de entre 35 y 39 años. Sólo este último posee objetos asociados.



Entierro de un infante de aproximadamente seis meses de edad, en el que destaca una escultura de cerámica que tiene dos cabezas. Entierro 187.



En Tlatilco son frecuentes los entierros de perros, con o sin ofrenda, o bien como acompañantes de algún individuo.

Por su posición, los enterramientos se pueden agrupar en tres amplias categorías: extendidos, flexionados, y los que se han llamado de posición libre. Tanto entre los extendidos como entre los flexionados existen múltiples variantes, como son: decúbito dorsal, ventral, lateral derecho o izquierdo o semiflexionados.

Los entierros se realizaron en el interior de las casas, cerca del hogar, bajo el piso de lodo. La excavación de fosas se hacía en forma alargada, de profundidad variable, con los extremos redondeados y sin ningún tipo de tratamiento.

Los muertos eran amortajados con petates o textiles en posición extendida, y en general se les enterraba con los brazos al lado del tórax o entrecruzados. Junto con el cuerpo se depositaban en la fosa algunos objetos personales, como sartales de cuentas; artefactos tallados en sílex u obsidiana, hueso o asta; adornos de concha; vasijas de tamaño pequeño, y alguna figurita de barro. Por la distribución de las vasijas y otros elementos dentro de la fosa, éstos debieron colocarse después de depositar el cuerpo.

Es importante señalar que a pesar de la variedad de tipos cerámicos, no existe ninguno elaborado específicamente para uso funerario, ya que todos ellos también se localizan en otros contextos, por ejemplo en basureros. Frecuentemente se han encontrado evidencias de restos de pintura roja (cinabrio o sulfuro de mercurio) con la cual fueron pintados el cuerpo o la mortaja. Ocasionalmente se colocaban perros como ofrenda, o bien como entierros específicos con ofrenda propia. Éste fue uno de los animales domesticados por el hombre, que seguramente llegó con él a América hace 40 000 años. En la mitología mesoamericana el perro es considerado como el guía de los muertos en su tránsito al inframundo.

Conclusiones

A manera de resumen podemos señalar que en Tlatilco existen claros elementos de un complejo sistema funerario, como son: un patrón definido para la elaboración del bulto mortuorio o funerario a base de petates; objetos personales de distintos materiales dentro del bulto; objetos para funciones específicas que acompañaban al muerto fuera del bulto mortuorio pero dentro de la fosa; enterramientos dentro de las casas y cerca del lugar donde se hacía fuego; ausencia de representaciones de deidades relacionadas con la muerte; entierros de perros para facilitar el tránsito al más allá; pintura roja, asociada a la vida; cráneos-trofeo; canibalismo ritual, sacrificios y desde luego una clara estratificación social, indicada por el tipo y la calidad de los objetos, así como por elementos culturales entre los que se encuentran la deformación craneana y la mutilación dentaria.

Aunque es poco lo que se puede inferir del ritual de esta época, por ser un asunto tan complejo y lleno de matices, sí es posible señalar que se perciben desde entonces elementos que más tarde serán parte importante del complejo ritual de la muerte entre los pueblos mesoamericanos. Ésta era ya concebida como el tránsito de una vida a otra, o de un mundo a otro, que se iniciaba con ritos que son el resultado de una larga evolución, los cuales estaban relacionados con los ciclos vitales, y de un profundo conocimiento del cosmos. Lo anterior se infiere a partir de la información recuperada en Tlatilco, la que en lo esencial no difiere en forma significativa de prácticas difundidas en épocas posteriores del México antiguo, algunas de las cuales incluso han trascendido hasta nosotros, si bien con notables variantes.

Roberto García Moll. Arqueólogo. Investigador de la Dirección de Investigación y Conservación del Patrimonio Arqueológico, INAH.

Los ritos funerarios en Teotihuacan y su diferenciación social

RUBÉN CABRERA CASTRO



1. Entierro teotihuacano en posición flexionada y con ofrendas, depositado en una fosa.

Las exploraciones arqueológicas que por más de un siglo se han realizado en Teotihuacan han dado lugar al descubrimiento de más de mil entierros. Este impresionante cúmulo de datos ha permitido conocer tanto las costumbres funerarias de su población, en las que se expresan las tradiciones propias de cada grupo social, como las características físicas de sus habitantes, sus patrones alimenticios, sus enfermedades y hasta su pensamiento e ideología.

Teotihuacan, como metrópoli, tenía maneras diferentes de tratar a sus muertos. Con una población heterogénea y con tradiciones propias en sus ritos mortuorios, desarrolló un complejo sistema funerario que se vio influido por los pueblos que contribuyeron a su desarrollo.

Las primeras tradiciones provienen de los grupos aldeanos que habitaron en la Cuenca de México. Del sureste mesoamericano se heredó durante el Formativo una fuerte tradición cultural que, al igual que la de los habitantes del valle poblano-tlaxcalteca, influyó sobre los ritos mortuorios de la población nativa de Teotihuacan. Más tarde, hacia el año 200 d. C., poblaciones procedentes del valle de Oaxaca que se establecieron en Teotihuacan trajeron consigo costumbres diferentes en sus ceremonias funerarias.

Las influencias recibidas permitieron a los teotihuacanos tener un variado ritual funerario, como lo indican los datos resultantes de excavaciones arqueológicas. Se sabe que en Teotihuacan se hacían entierros en sencillas o elaboradas fosas, en algunas tumbas, en el interior de los altares y en urnas funerarias, y que también se efectuaba la cremación en algunos sectores de la ciudad. Por lo que se refiere al sacrificio humano, se cuenta con datos sobre la decapitación, el desmembramiento corporal, las ofrendas de neonatos y la práctica a gran escala de esa actividad ritual. A continuación se presenta un resumen de algunas de esas costumbres funerarias.



FOTO: RUBÉN CABRERA

2. Entierro flexionado en posición sedente. Es una de las formas más características de los enterramientos teotihuacanos.



FOTO: RUBÉN CABRERA

3. Asociación de dos entierros primarios flexionados colocados en fosas diferentes.



4. Maqueta de un bulto mortuorio con una máscara en su porción facial.

FOTO: RUBÉN CABRERA



FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

5. Parte de la osamenta de un personaje de sexo masculino, perteneciente a un entierro de nueve individuos en el sistema ritual funerario del Templo de la Serpiente Emplumada.

Entierros en fosas

Es la actividad funeraria que más caracteriza a Teotihucan. Las fosas se ubican con frecuencia bajo los pisos de las habitaciones, en los patios y plazas centrales, frente a los accesos y en pequeños altares y basamentos. Estaban destinadas por lo general a entierros individuales, pero existen casos en que en una fosa se depositaron dos o tres cadáveres, cuyo contexto indica que fueron inhumados al mismo tiempo. Existen también entierros secundarios, en donde los cuerpos depositados con anterioridad fueron removidos hacia un lado para enterrar a otros, lo cual ocurrió con bastante frecuencia.

En las fosas los cadáveres se colocaban en forma flexionada, por lo general en posición sedente. Aunque la orientación podía variar, en el patrón establecido para Teotihuacan predominaba la orientación hacia el este (Serrano y Lagunas, 1975).

Los entierros en fosas también se relacionan con bultos mortuorios, es decir, cadáveres preparados como fardos funerarios, envueltos con mantas y colocados en fosas reducidas para mantenerlos en determinada posición (figs. 1, 2 y 3). A su vez, algunos bultos funerarios se asocian con máscaras rituales y con la práctica de la incineración. Las máscaras eran talladas en piedras semipreciosas, con perforaciones cerca de los bordes para ser colocadas sobre el rostro de los cadáveres de personajes distinguidos, los que al morir eran preparados como bultos mortuorios.

Esta costumbre se muestra también en la iconografía, en la que destaca la maqueta de un bulto mortuorio con una hermosa máscara de barro colocada sobre la cara del muerto. Aunque existen numerosas máscaras provenientes de excavaciones arqueológicas, hasta la fecha ninguna se ha encontrado directamente sobre la parte facial de algún bulto mortuorio (figs. 4 y 14).

La cremación de cadáveres fue también practicada en Teotihuacan, y fue una costumbre funeraria que llegó principalmente del Occidente de México. Con frecuencia los cadáveres se localizan en fosas, asociados con tierra carbonizada y con diminutos fragmentos de tela calcinada que evocan el amor-

tajamiento de los cadáveres (fig. 6). Indicios de este ritual mortuorio se encuentran también en la pintura mural, como en aquella conocida escena de las "ofrendas" del Templo de la Agricultura, en la que se aprecia una ceremonia de bulto mortuorio e incineración.

Los entierros en posición extendida, una forma poco común en Teotihuacan, provienen de una tradición más antigua perteneciente a sociedades del Preclásico mesoamericano. Se usaron también entre los zapotecas, por lo que suelen hallarse con más frecuencia en el barrio oaxaqueño, generalmente en tumbas de esa tradición cultural (fig. 9).

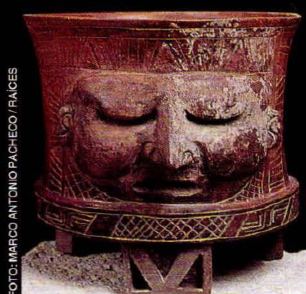
Las tumbas

Las pocas tumbas halladas en esta metrópoli son bastante sencillas y se asocian por lo general a grupos humanos de tradición cultural foránea, como las del barrio oaxaqueño y del Occidente de México. Las de tradición oaxaqueña se localizan bajo los pisos de las casas; se ingresaba a ellas desde los patios centrales y son parecidas en su distribución a las elaboradas tumbas de Monte Albán (Spence, 1994). Las de tradición del Occidente de México son de planta circular, con un corto tiro cuyo fondo insinúa la forma de una bota (Gómez, en prensa).

Las tumbas teotihuacanas no son cámaras funerarias como las de Monte Albán y las de la zona maya, es decir, no forman espacios vacíos. Sus paredes se hacían con muros burdos de piedra, o bien aprovechando la firmeza del terreno, cuando eran cavadas en la roca de tepetate. Sobre la osamenta se colocaba directamente el relleno de tierra y piedras. Se hallaron tumbas de este tipo en el interior de la Pirámide de la Serpiente Emplumada, donde las alargadas fosas cavadas en el tepetate contenían entierros múltiples. Sus paredes se complementaban con muros de piedra y su interior había sido rellenado con el mismo material que formaba el núcleo del basamento (Cabrera, *et al.*, 1990) (figs. 5 y 8).



6. Restos óseos cremados asociados a partes de una ofrenda. Son producto de una práctica ritual funeraria de incineración.



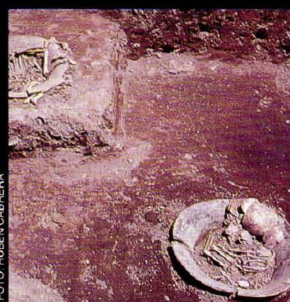
7. Urna funeraria que contenía los restos óseos de un niño. Representa una figura humana.



8. Entierro colectivo de personajes de sexo femenino como parte del ritual funerario en el Templo de la Serpiente Emplumada.



9. Entierro en posición extendida, forma poco usual en Teotihuacan. La ausencia de partes del brazo indica desmembramiento corporal.



10. Enterramientos de niños como parte de una práctica ritual funeraria.



11. Cuatro cráneos orientados hacia los puntos cardinales.

Los altares localizados en los espacios centrales de las plazas albergan en su interior esqueletos humanos, por lo que también se les ha considerado como tumbas. Son bastante frecuentes en Teotihuacan, y por su tratamiento mortuorio, los personajes sepultados en ellos, asociados a ricas ofrendas, debieron de pertenecer a familias de una elevada posición social (fig. 13).

Un ejemplo de altar-tumba se localizó en el lado este de la antigua ciudad. En su interior se halló el esqueleto semiquemado de un individuo adulto que fue preparado como un bulto mortuorio sometido a un alto grado de temperatura. Tenía como acompañante a otra persona, y como ofrenda se hallaron varios cráneos colocados alrededor del altar. Algunos de estos cráneos pertenecieron a individuos que fueron decapitados, ya que aún conservaban las primeras vértebras cervicales (Martínez y Miranda, 1996).

Se conocen pocos entierros en urnas en Teotihuacan. Además de los reportados a principios de este siglo por Linné (1934), y no obstante las numerosas excavaciones llevadas a cabo en este enorme sitio, sólo se ha localizado uno más en el pueblo de San Francisco Mazapa. Se trata de una vasija teotihuacana que contenía los restos óseos de un niño de primera infancia. La vasija es notable, pues fue decorada con el rostro mofletudo de un cadáver, aunque también se le ha considerado como la efigie del dios Gordo (fig. 7).

No incluyo en este grupo los numerosos esqueletos de neonatos depositados en platos, algunos de los cuales van cubiertos con una tapa de la misma forma, pues dadas las características de los recipientes estos entierros tienen una connotación diferente y están relacionados con el sacrificio, como se especificará más adelante (fig. 10).

Diferenciación social

Las ofrendas y el atuendo funerario asociados a los entierros indican la posición que tenían el individuo fallecido y su familia. En las ofrendas mortuorias, en las que se incluyen alimentos, se encuentran también objetos personales, los que muchas veces señalan el oficio o la actividad que el individuo desempeñó en vida: gobernante, albañil, comerciante, etc. Son frecuentes las ofrendas de cráneos y maxilares asociados a personajes que en vida tuvieron una actividad militar.

También entre las ofrendas rituales excepcionales se encuentran personas ofrendadas como acompañantes. Entre los acompañantes, el perro fue muy común en Teotihuacan, al igual que en otras partes de Mesoamérica (fig. 12).

El sacrificio humano

Aunque se le menciona desde las primeras excavaciones, no se le había dado la importancia que tiene. Se manifiesta en varias formas: en la presencia de cráneos-trofeo como productos de la decapitación, y en los frecuentes hallazgos de recién nacidos o neonatos contenidos por lo general en vasijas y ofrendados en ceremonias religiosas propiciatorias relacionadas con el dios del agua (figs. 10 y 11).

El desmembramiento corporal es otra forma de sacrificio humano. En excavaciones arqueológicas es frecuente encontrar maxilares, cuerpos sin cabeza, manos, piernas, etc., a causa de haberse mutilado los cuerpos después de muertos. La iconografía señala también varias formas del sacrificio humano, y generalmente muestra corazones sangrantes atravesados por cuchillos curvos.

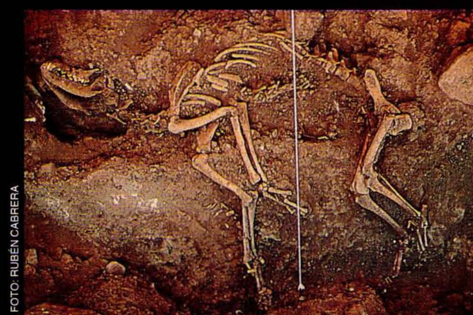


FOTO: RUBÉN CABRERA

12. Osamenta de un perro. En los entierros, estos animales solían acompañar a las personas en su viaje al inframundo, costumbre funeraria practicada en Teotihuacan.



13. Cráneo que muestra un fuerte grado de deformación intencional. Proviene del lado este de la antigua ciudad prehispánica.

FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES



14. Máscara funeraria.

FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

La práctica en Teotihuacan del sacrificio humano a gran escala se relaciona con los edificios religiosos más importantes, como la Pirámide del Sol, donde Batres encontró 16 esqueletos de niños. En cada una de las esquinas fue hallado en posición sedente un niño, como una ofrenda a este colosal monumento (Batres, 1906). Los numerosos entierros del llamado Templo de la Serpiente Emplumada denotan un ritual sumamente complejo del sacrificio humano a gran escala. Se encontraron entierros individuales y múltiples, formados estos últimos por grupos de 4, 8, 9, 18 y 20 esqueletos de hombres y mujeres, distribuidos simétricamente según los cuatro rumbos del universo y estrechamente relacionados con el calendario ritual de 260 días (Cabrera, *et al.*, 1990) (figs. 5 y 8).

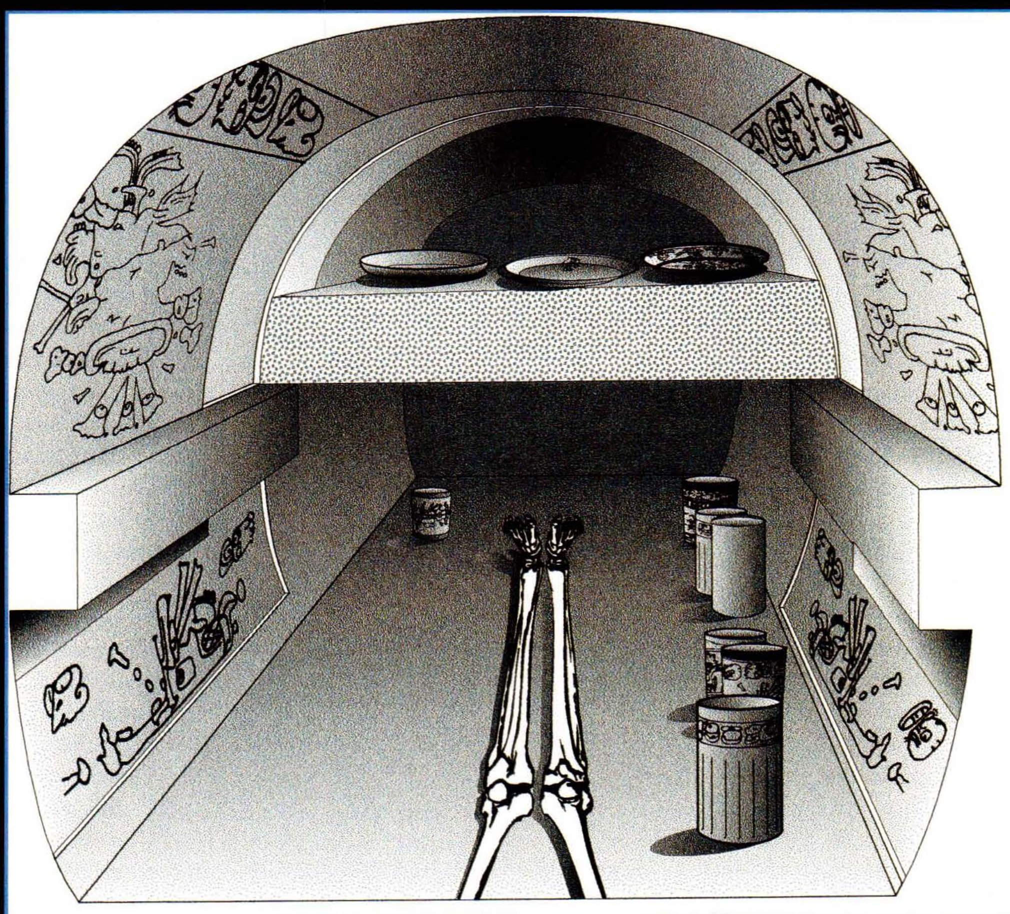
El hallazgo más reciente proviene del interior de la Pirámide de la Luna, en donde se encontró el esqueleto de una persona adulta de sexo masculino en posición sedente y con las manos juntas hacia atrás, como si hubieran estado atadas, por lo que se considera que este personaje formó parte de una ofrenda, junto con dos felinos, dos cánidos, varias aves de rapiña y numerosos objetos elaborados en piedra verde, concha y otras piedras semipreciosas (Sugiyama y Cabrera, en prensa). Éstos son algunos de los datos más relevantes sobre más de mil entierros registrados hasta ahora, provenientes de múltiples excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en este sitio durante más de 100 años. Su estudio, además de revelar valiosa información acerca de las costumbres funerarias de la antigua población de Teotihuacan, que estaba formada por diferentes grupos sociales con tradiciones propias en la manera de tratar a sus muertos, nos permite también conocer aspectos de relevante importancia respecto a las características antropofísicas de esta heterogénea población, a su alimentación, a las enfermedades que padecieron, a su pensamiento cosmogónico y a su ideología.

Rubén Cabrera Castro. Arqueólogo. Responsable de las investigaciones en la zona arqueológica de Teotihuacan, INAH.

Tumbas reales de Calakmul

Ritos funerarios y estructura de poder

Ramón Carrasco Vargas

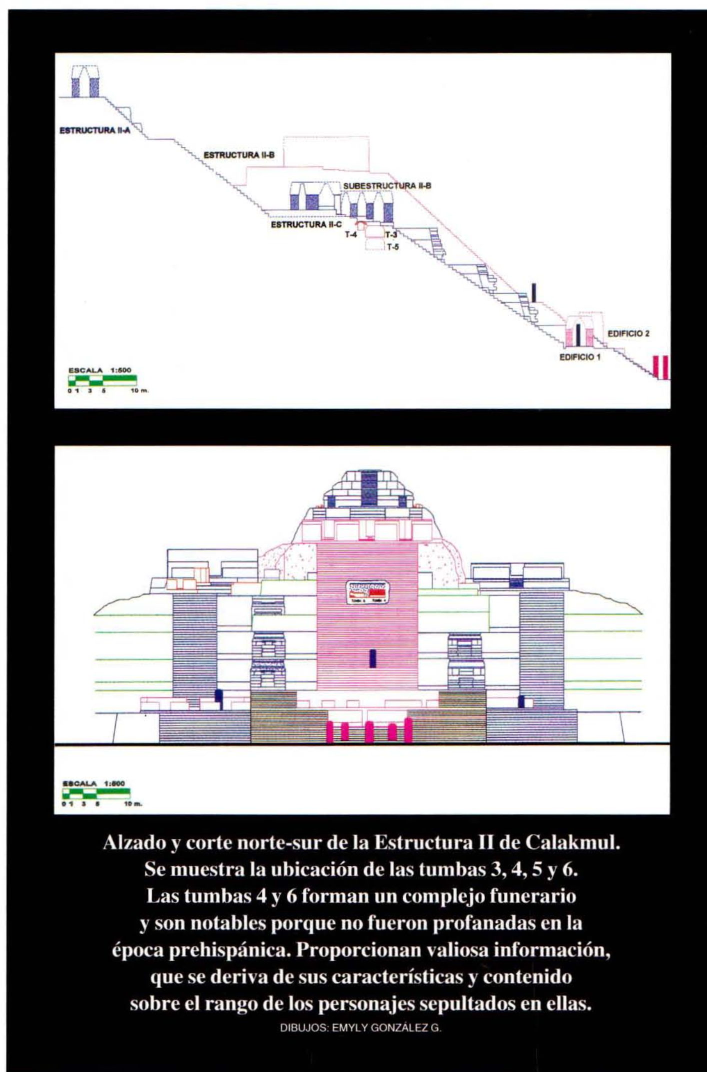


Perspectiva desde la esquina sur de la Tumba 4 en la Estructura II de Calakmul. Los glifos y dibujos decorativos de los muros son simulados.

Desde tiempos ancestrales, la muerte ha sido una preocupación del hombre y su conceptualización ha formado parte de la evolución de la sociedad, ya que en ella se reflejan las instituciones que dieron origen a la estratificación social. En la época prehispánica la muerte fue manipulada por quienes controlaban el poder. Para Alberto Ruz la diversidad de tipos de entierros responde a una diferenciación social más que a otros aspectos del desarrollo cultural, y por ello enfatiza la asociación de la práctica funeraria con la división clasista de la antigua sociedad maya (Ruz, 1991). El tratamiento de los muertos entre los linajes gobernantes de Calakmul, interpretado a través del tiempo y de los restos arqueológicos de los ritos funerarios, nos permite establecer distintos aspectos en las relaciones sociales y políticas de esta sociedad. Las prácticas funerarias nos dan la posibilidad de conocer el papel que jugó la muerte en el control del poder y el rol que desempeñaban los miembros de la élite en un sistema político fuertemente centralizado.

Uno de los aspectos que destacan del estudio de 18 cámaras funerarias localizadas en el área monumental de la urbe prehispánica de Calakmul es la profanación de tumbas y su parcial destrucción llevadas a cabo en la época prehispánica, actos de violación que nos muestran lo que se podría definir como conflictos de Estado. Dichas pugnas debieron de surgir como resultado de las luchas al interior de los distintos linajes que residían en la ciudad, en una búsqueda de legitimar a uno de sus miembros con derecho a la sucesión, como una forma de control del poder. Es significativo que de las 18 tumbas encontradas hasta la fecha, nueve presenten huellas de profanación o exhumación de sus contenidos, y el contexto en que esto se llevó a cabo, por lo menos en algunas de ellas, nos induce a pensar que se debió a conflictos por el poder.

Uno de los casos que ilustran esta forma de profanación se detectó en la Subestructura II-B, donde se localizaron un par de tumbas (3 y 5) del Clásico Temprano que parecen formar un complejo funerario. Después de llevar a cabo la profanación de las tumbas en la cámara superior, que debió corresponder a un acompañante del personaje principal enterrado en la cámara inferior, se colocó como ofrenda, para aplacar a los ancestros, un niño de 8 a 12 años acompañado de cuatro piezas de cerámica de finales del Clásico Temprano (Carrasco, 1996). El saqueo prehispánico de tumbas reales, según Patricia Mcanany, pudo haber tenido el propósito de neutralizar el poder de los ancestros de un linaje vencido (Mcanany, 1995) o el de un linaje que perdiera su estatus en la línea de sucesión. Como se mencionó líneas arriba, en Calakmul se ha detectado la práctica sistemática de la profanación de tumbas, lo que podría indicarnos una fuerte rivalidad entre los linajes reales con derecho de sucesión.



Alzado y corte norte-sur de la Estructura II de Calakmul. Se muestra la ubicación de las tumbas 3, 4, 5 y 6. Las tumbas 4 y 6 forman un complejo funerario y son notables porque no fueron profanadas en la época prehispánica. Proporcionan valiosa información, que se deriva de sus características y contenido sobre el rango de los personajes sepultados en ellas.

DIBUJOS: EMYLY GONZÁLEZ G.

Tumbas 3 y 5

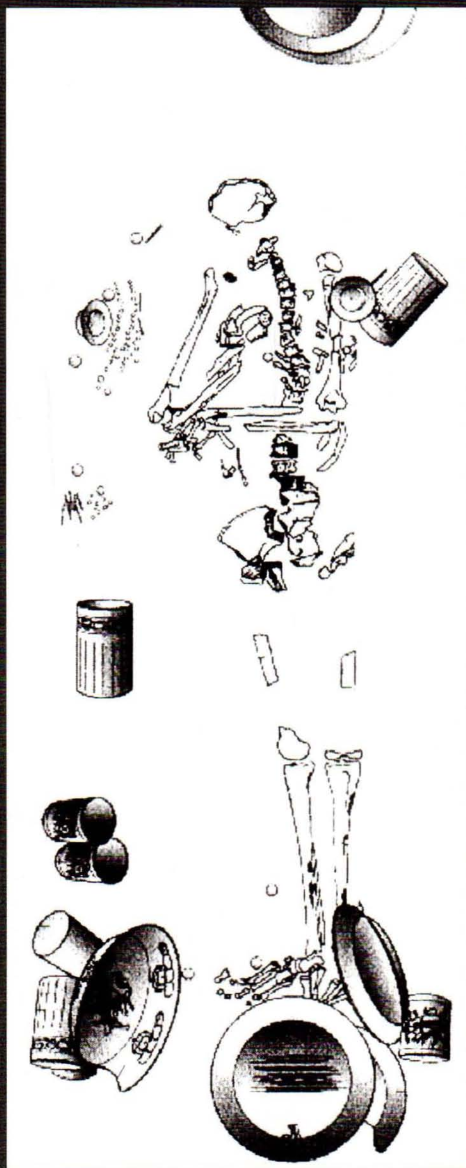
Tomando como base la lista de gobernantes de Calakmul elaborada por Simon Martin (1998), podemos suponer que quien ordenó la remodelación de la Estructura II y mandó construir el complejo funerario de las tumbas 3 y 5 hacia finales del Clásico Temprano, fue probablemente Serpiente Enrollada, el cual gobernó entre 579 y 611 d. C. Según Martin, por su importancia este personaje fue recordado por otros gobernantes de Calakmul como Yukom el Grande (675 d. C.) y Yukom Tok' (721 d. C.), quienes hacen una mención especial de él. Desde su remodelación, a finales del Clásico Temprano, la Estructura II permaneció en uso hasta la muerte de Yukom Yich'ak K'ak' (702 d. C.). Suponemos que fue durante su gobierno cuando se profanaron las cámaras funerarias 3 y 5 para neutralizar la influencia del linaje de Serpiente Enrollada y de esta manera reforzar la supremacía del de los Yukom, así como para asegurar la sucesión en el trono de uno de los miembros de este último linaje.

A diferencia de otras regiones de Mesoamérica, en el área maya la información obtenida sobre las prácticas funerarias se enriquece con el desciframiento de las inscripciones jeroglíficas, gracias a lo cual se ha podido establecer el rol que jugaron los distintos miembros de la realeza. Los relatos hablan no sólo de los gobernantes y de sus actos públicos, sino también de su ascendencia y descendencia, de sus parientes y vasallos. Asimismo, en los textos encontramos información sobre el papel que jugó la mujer en las estructuras de poder. De las tumbas exploradas en Calakmul, y que no fueron profanadas, destacan por su contenido y características la 4 y la 6 de la Subestructura II-B. Ambas cámaras forman un complejo funerario donde se establecen el rango, el estatus y la posición que tuvieron en la estructura social los personajes enterrados en ellas.

Yukom Yich'ak K'ak'

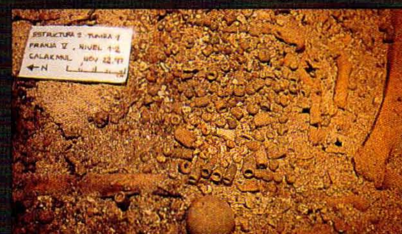
En el año 695 d. C. los acontecimientos políticos en el Petén central tomaron un giro a raíz de la "guerra estelar" en la que se enfrentaron Calakmul y Tikal, que fueron los centros más poderosos del periodo Clásico. Años más tarde, y después de su derrota política, Yukom Yich'ak K'ak', divino señor del *cuchcabal* de la Cabeza de Serpiente, muere antes de cumplir los 60 años, y ello da lugar a una serie de rituales que debieron de durar varias semanas y aun algunos meses. Para que Yich'ak K'ak' emprendiera su viaje a Xibalbá los sacerdotes comenzaron la preparación de su cadáver y de su ajuar funerario, y como parte de estos preparativos se designó a aquellas personas que debían acompañarlo en su recorri-













FOTOS: RAMÓN CARRASCO Y PROYECTO CALAKMUL

Tumba 4 de la Estructura II y objetos asociados. Los restos pertenecen a Yukom Yich'ak K'ak', señor del *cuchcabal* de la Cabeza de Serpiente.

do por los caminos del inframundo maya. Las características de dicho complejo funerario, compuesto de dos cámaras contiguas, hacen suponer que fue diseñado y construido antes del deceso de Yich'ak K'ak'. En el primer recinto se introdujeron nuevos elementos estructurales para sustituir el tradicional aplanado de la bóveda en saledizo por uno de lodo policromado que aparenta una bóveda de cañón corrido. Además, en los muros del recinto se observa una inscripción jeroglífica y diseños de probables deidades o imágenes de ancestros.

El día designado para el cierre de las cámaras funerarias los sacerdotes, continuando las ceremonias fúnebres iniciadas desde la muerte de Yich'ak K'ak', introdujeron al jerarca, cuyo cuerpo había sido previamente preparado con una elaborada mortaja. En los espacios correspondientes se distribuyó su portentoso ajuar, y posteriormente la tumba fue sellada. Como parte del mismo rito, en la segunda cámara se depositaron los cuerpos de una mujer (tal vez una de sus esposas) y de un infante, quienes probablemente fueron previamente sacrificados. El estatus de la mujer y su rango se deducen porque fue enterrada ricamente ataviada y con una ofrenda compuesta por objetos asociados a personajes femeninos de la élite maya. La segunda tumba, a diferencia de la de Yukom Yich'ak K'ak', consiste tan sólo en una fosa rectangular sellada con grandes lajas de piedra, salvo en un espacio acondicionado como salida con un desnivel, que cubría la parte correspondiente al pecho y a la cabeza de la mujer. Sobre éste se depositó parte de su ofrenda cerámica, y a la vez permitió a los sacerdotes salir del recinto y sellar definitivamente el conjunto funerario.

Uno de los elementos que nos permitieron confirmar la posición social de los personajes enterrados en estas tumbas y su







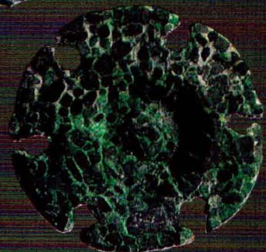




Tumba 6 de la Estructura II y objetos asociados. El personaje es una mujer, tal vez una de las esposas de Yukom Yich'ak K'ak'.











FOTOS: RAMÓN CARRASCO Y PROYECTO CALAKMUL

estatus es el tocado, ya que éste formaba una parte muy importante del atuendo de la nobleza maya; su uso estaba destinado a los rituales y ceremonias públicas. Hasta el hallazgo de los tocados de Yukom Yich'ak K'ak' y su acompañante femenina, se tenían vagas nociones de su presencia en contextos funerarios, por lo que estos tocados son la primera evidencia tangible y completa de tales objetos.

La riqueza y suntuosidad del tocado estaban íntimamente relacionadas con la jerarquía y el sexo de quien lo portaba. Esto se evidenció al comparar ambos tocados, ya que el del gobernante fue realizado con una estructura de madera y palma policromada y decorado con un complejo mosaico de jadeíta y concha, mientras que el de la acompañante se elaboró con una estructura de palma y madera tallada, que posteriormente fue estucada y policromada, lo que indicaba su rango.

Tras las excavaciones de la Estructura II realizadas por el doctor Folan en 1994 (Pincemin *et al.*, 1998), fueron reportados tres monumentos que fueron "matados ritualmente" cuando se remodeló el edificio hacia principios del siglo VIII, poco tiempo después de la muerte de Yukom Yich'ak K'ak'. Dos de estos "monumentos", que corresponden a los fragmentos de la Estela 116 dedicada en el año 692, tienen en su cara frontal la representación de la mujer mencionada en el texto glífico, quien probablemente fue la esposa de Yich'ak K'ak' y el personaje femenino sacrificado para acompañarlo en su viaje por los caminos de Xibalbá.

Ramón Carrasco Vargas. Museógrafo graduado en la Escuela Paul Coremans y antropólogo con especialidad en arqueología por la ENAH. Desde 1982 ha dirigido proyectos arqueológicos en el área maya, y a partir de 1993 ha sido director del Proyecto Arqueológico Calakmul, en Campeche.

Tradiciones funerarias y estratificación social en Mitla

NELLY M. ROBLES GARCÍA



Patio interior del Grupo de las Columnas. Mitla, Oaxaca.

Tal como lo expresan, lo mismo su nombre actual, derivado de Mictlan, "lugar de muertos", que el que le daban los zapotecos, Lyobaá, "lugar de descanso", Mitla es, desde tiempos antiguos, una ciudad asociada a los muertos. De ello, y de la variedad de manifestaciones funerarias propia de una sociedad compleja, dan elocuente testimonio las tumbas que se han localizado en este sitio y en otros lugares cercanos.

Desde sus orígenes, el Mitla prehispánico fue un sitio asociado al mundo de los muertos. Su nombre original es una deformación del náhuatl Mictlan, que significa "lugar de muertos", y que pudo referirse a un gran cementerio o al más allá, al mundo ultraterreno de los antiguos mexicanos, al lugar de los espíritus de los muertos.

En consecuencia, su nombre zapoteco, Lyobaá, "lugar de descanso", se refiere a una concepción mítica del lugar donde descansan las almas, y se asocia con el destino final de los espíritus.

Mitla, como sitio vivo, reflejó en diferentes manifestaciones ese destino. Una muestra clara de ello es la presencia de las enormes tumbas que complementan los espacios palaciegos monumentales característicos de la última época de construcción, considerada como mixteca por los estudiosos de la secuencia cultural prehispánica encabezados por Alfonso Caso, Ignacio Bernal y, más recientemente, John Paddock.

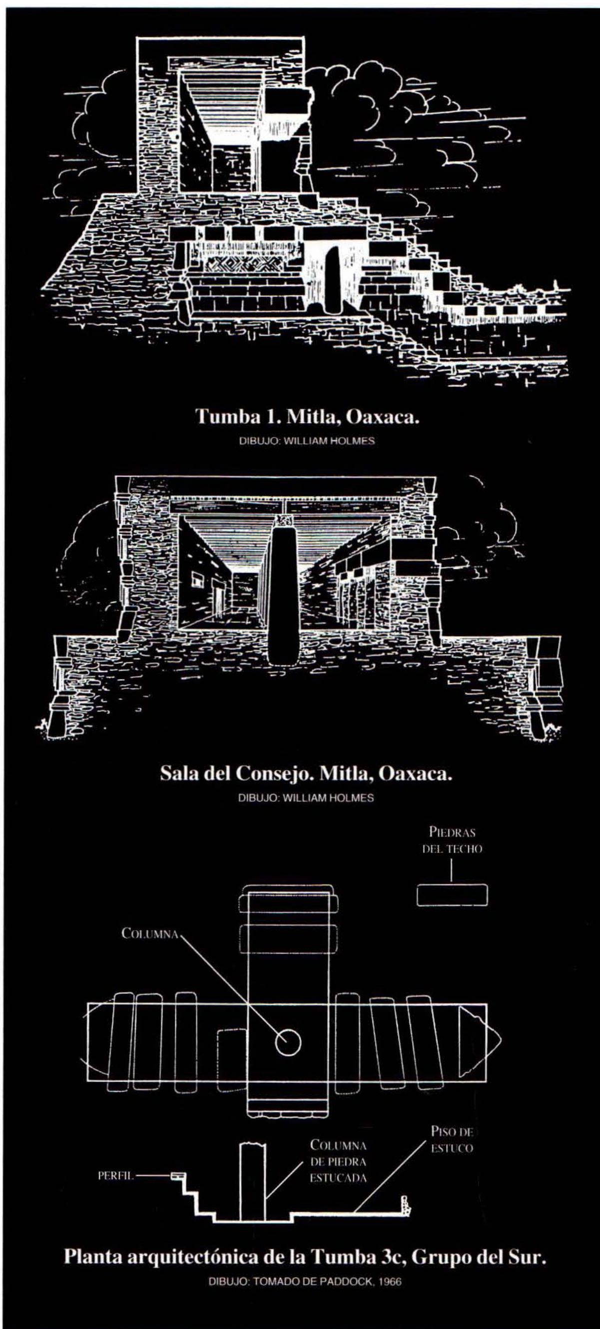
Las tumbas monumentales de Mitla son una extensión de la extraordinaria arquitectura presente en los conjuntos de palacios. Existe una coherencia con la filosofía de que la muerte es una extensión de la vida, y que la vida se origina del sufrimiento de la muerte.

Así, las tumbas 1 y 2 se desarrollaron como parte del núcleo principal de la ciudad, y probablemente estuvieron destinadas a guardar los restos de los señores principales, lo cual no se ha podido comprobar debido a que fueron saqueadas desde los inicios de la Conquista.

Tumbas cruciformes

Las tumbas cruciformes de Mitla poseen una serie de características particulares, entre las que destaca la fina arquitectura en piedra, que sigue fielmente la tradición de las fachadas de los palacios, con ornamentación de paneles de piedra tallada, en los que se logró integrar diseños geométricos únicos. En algunas tumbas los frisos de grecas están ensamblados, como en las fachadas de los edificios, en tanto que en otras están tallados sobre una sola pieza de piedra.

Asimismo, existen otras tumbas en que las decoraciones de grecas ocupan la totalidad de los muros, en un alarde de saturación ornamental que muestra la técnica, el estilo y la maestría artesanal de sus constructores.



Tumba 1. Mitla, Oaxaca.
DIBUJO: WILLIAM HOLMES

Sala del Consejo. Mitla, Oaxaca.
DIBUJO: WILLIAM HOLMES

Planta arquitectónica de la Tumba 3c, Grupo del Sur.
DIBUJO: TOMADO DE PADDOCK, 1966

Estas tumbas presentan una distribución simple: el ingreso es por el nivel del patio, y un cubo excavado en la roca es el acceso a la antecámara, que es uno de los brazos de la cruz. La antecámara generalmente es un pasillo largo que puede tener hasta dos desniveles enmarcados por umbrales formados por jambas y dintel, como en el caso de la Tumba 2.

La cámara mortuoria está compuesta por otros tres brazos, que son recintos imponentes de dimensiones variables, ornamentados delicadamente con frisos de grecas enmarcados por tableros. Las cubiertas son de enormes lajas de piedra, que forman con los paramentos de los muros unos juegos asombrosos de superficies geométricas exactas.

En el caso de las tumbas 1 y 2, el ambiente fúnebre se combina con la elevada humedad permanente que presentan por estar ambas desplantadas debajo de los niveles freáticos, lo que crea un contexto muy especial que seguramente fue parte importante en los ritos funerarios que allí se celebraban.

En algunos muros interiores de la Tumba 2 existen restos de una delicada capa de estuco que cubría las piedras de las fachadas, y en uno de los dinteles internos hay pequeñísimos restos de pintura mural, al estilo de las representaciones expuestas en los dinteles del Grupo del Norte o de la Iglesia. Estos rasgos nos hablan de la importancia que tuvieron las tumbas, la cual se refleja en la delicadeza de sus detalles constructivos y ornamentales.

Sin embargo, si nos referimos estrictamente a los datos arqueológicos, encontramos que en el contexto microrregional donde se inserta la tradición cultural de este sitio, el aspecto de los tratamientos funerarios es sumamente complejo. Pese a sus diferencias formales, las tumbas 1 y 2 representan, junto con las otras tumbas cruciformes, sólo una parte de la tradición funeraria regional, y por lo tanto una sola versión de los tratamientos funerarios.

Estas dos tumbas cruciformes, localizadas en el patio F del conjunto de palacios conocido como Grupo de las Columnas,

han llamado la atención por su monumentalidad y particular desplante. Ambas fueron construidas debajo de palacios importantes, como parte integral de un conjunto dual de vida y muerte, de poder y ofrenda, de luz y sombras.

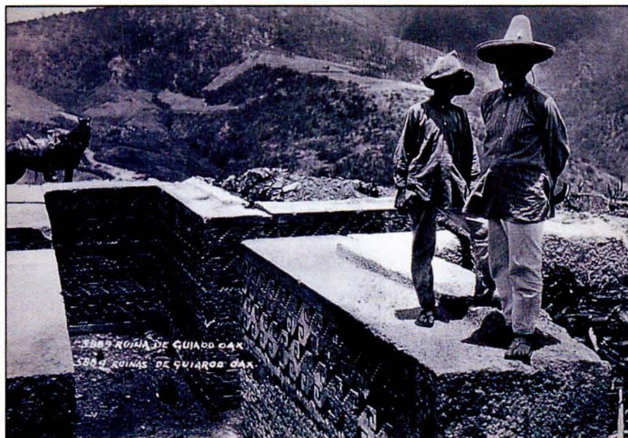
El palacio de los muertos

En 1674, fray Francisco de Burgoa relataba que en Mitla:

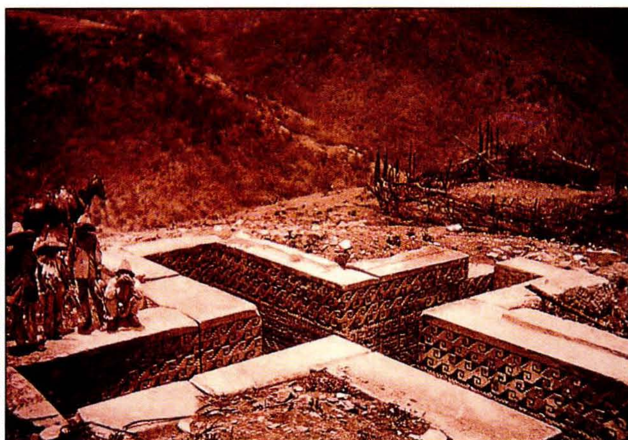
> ...se labró el palacio de viuos y muertos... y aunque había pedasos desmantelados, porque hauían quitado algunas piedras... La ultima quadra tenía otra puerta a las espaldas, a un espacio oscuro y espatoso que estaba cerrado con una losa, que cogia toda la entrada, y por ella arrojaban los cuerpos que hauian sacrificado y á los mayores señores, ó capitanes que hauian muerto en la guerra...

Fray Francisco de Ajofrín escribió en su diario, en 1766:

> Mictla... y su panteón y magnífico sepulcro, que no obstante ser antiquísimo y sin memoria de fundación ha llegado a nuestros tiempos... Esta gran fábrica, en que tiene no poco que admirar el arte es cuadrada, con un patio muy espacioso enmedio y ocho salas iguales, cuatro abajo, como sepultadas que servian de panteones como diré después y otras cuatro fuera de la tierra, que eran la habitación de los sacerdotes y del rey cuando venía...
>
> La segunda sala era solamente para una sepultura de los grandes sacerdotes. La tercera era el panteón de los reyes zapotecas... La cuarta y última sala era el sepulcro de los que sacrificaban y de los grandes señores y capitanes que morían en campaña...



REPROGRAFÍA: IGNACIO GUEVARA / RAÍCES



REPROGRAFÍA: IGNACIO GUEVARA / RAÍCES

La tumba de Guiaroó, al noreste de Mitla.

De lo anterior nos queda claro que estas dos tumbas estaban destinadas a los personajes reales y principales de la época mixteca, en la secuencia regional del valle de Oaxaca.

Los primeros trabajos arqueológicos en las tumbas fueron realizados por Marshall Saville –del American Museum of Natural History de Nueva York–, en el periodo de 1900 a 1902, y fueron financiados por la expedición Loubat.

Todo indica que los interiores de ambas tumbas habían sido saqueados desde la época colonial, ya que Saville sólo hace referencia, en los dos casos, a hallazgos asociados a los palacios y a los espacios de las antecámaras. Sobre la Tumba 1 refirió que: "...la mayoría de los paneles están casi destruidos, en los diseños se trazan las esquinas rotas de las piedras de protección que formaban el patrón..."

La Tumba 2 fue descubierta por Saville en enero de 1901, durante el proceso de limpieza de la plataforma y la escalera del edificio este del patio. Debajo de la gran piedra que servía como puerta encontró fragmentos de dos esqueletos humanos y varias vasijas de cerámica gris. En el lado sur de la entrada descubrió una línea de tejas que estaban a plomo desde el nivel del patio hasta el nivel del piso de la tumba. Saville pensaba que habían sido puestas allí por los españoles para conducir el agua hacia la cámara de la tumba y así usarla como cisterna. Esto nos indica que el espacio arquitectónico había sido alterado desde siglos atrás, y por lo tanto el contenido de las cámaras funerarias había sido saqueado totalmente.

Guiaroó y Xaagá

El mismo Saville exploró la tumba de Guiaroó, paraje ubicado en las montañas al noreste de Mitla, dentro del área de influencia de la tradición regional. Esta tumba presenta también una planta cruciforme y un finísimo trabajo de grecas talladas que ornamentan todo el espacio de los muros. Aparentemente el conjunto no se terminó de construir, puesto que la tumba quedó sin techo y no se levantó el edificio palaciego encima. Por lo tanto la tumba no llegó a usarse.

Otra tumba cruciforme de idéntica tradición se localizó en la Hacienda de Xaagá, ubicada a escasos kilómetros al oriente de Mitla. La tumba había sido saqueada, por lo que tampoco se cuenta con datos sobre su contenido.

La única tumba cruciforme de la que tenemos contextos arqueológicos es la Tumba 3c del Grupo del Sur, que fue explorada por Paddock, quien reportó haber encontrado cerámica mixteca en el interior. Los objetos eran vasijas miniatura similares a las encontradas en Cuilapan o en Yagul. Esta tumba estaba relacionada con un edificio similar a los palacios del Grupo de las Columnas, y sus dimensiones eran menores a las de las tumbas 1 y 2. Por esta razón Paddock pensó que pudo haber sido la primera de la tradición de tumbas cruciformes de Mitla.

Si bien es posible suponer que las tumbas cruciformes monumentales pudieron estar asociadas a rituales y contextos similares a los mostrados en la Tumba 7 de Monte Albán y en las tumbas 1 y 2 de Zaachila, es decir, a la celebración mediante ritos y ofrendas sumamente complejos y lujosos del paso al in-

framundo de personajes de suma importancia política, religiosa y militar, se debe considerar que existía también otro tipo de tratamientos funerarios no necesariamente ligados a las clases dirigentes.

En Mitla hemos encontrado por lo menos otros dos tipos de tratamientos funerarios. En años recientes (1989 y 1995) exploramos dos tumbas en áreas situadas fuera de los núcleos monumentales de la ciudad. Ambas estructuras se encontraron en contextos modestos, de complejos de plazas rodeadas de montículos, en áreas de asentamientos domésticos. Sugerimos que éstos eran barrios suburbanos que formaban parte del complejo de la ciudad, con una fuerte relación de subordinación a los destinos de ésta.

Ambas tumbas tienen características similares: arquitectura fina desarrollada en una sola cámara, y construcción de piedra con ornamentación de piezas talladas, sin llegar a la magnificencia de las tumbas cruciformes. Una de ellas mostraba el trabajo de los mosaicos de grecas, con techumbres simples de lajas.

En los contextos funerarios de estas tumbas se da la presencia de restos de varios individuos, en un caso 4 y en el otro 32, que fueron depositados de manera desordenada y probablemente en distintos momentos, lo que indicaría la reutilización de las tumbas.

La ofrenda en ambos casos fue muy modesta, y consistió en vasijas utilitarias grises y cafés sin ornamentación, sahumadores burdos y cajetes miniatura. En una de esas ofrendas se encontraron cuentas de piedra verde, malacates y una hachuela de cobre.

En una de las tumbas los esqueletos mostraron huellas de procesos degenerativos (caries, artritis), y en la otra –lo que es de suma importancia mencionar– varios huesos mostraban huellas de posible treponematosis (sífilis).

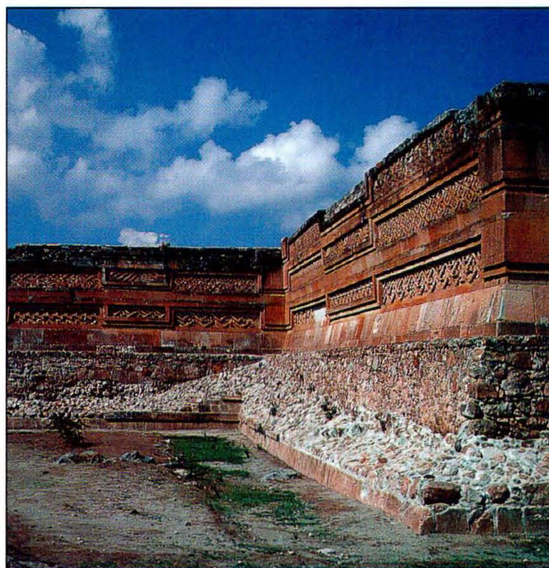


FOTO: CARLOS BLANCO / RAÍCES

Frisos decorativos en las fachadas de Mitla.

En términos generales, estas tumbas muestran tratamientos funerarios modestos, en relación con la monumentalidad de las tumbas cruciformes. Probablemente de este tipo hayan sido las que exploró Saville y que reportó como:

> ...cimientos de edificios ahora completamente destruidos, edificios parcialmente destruidos en los que las habitaciones fueron limpiadas y tumbas cuyas paredes eran de piedra con el patrón de mosaicos visto en los templos... y de dos sitios de enterramiento se sacaron más de treinta esqueletos en un estado de preservación más o menos imperfecta.

De cualquier manera, estas noticias nos hablan de un tratamiento similar al de las tumbas reportadas en la presente década, que aparentemente se ubicaban también en contextos domésticos de menor importancia que aquéllos de las áreas centrales de la ciudad.

Enterramientos sencillos

Finalmente, hemos encontrado otro tipo de tratamiento funerario en Mitla. Se trata de enterramientos sencillos, realizados directamente en el suelo mediante una pequeña excavación, que pueden tener sólo una mínima ofrenda o aun carecer de ella.

Éste es el caso de dos entierros explorados debajo del piso de una de las plataformas del Grupo de las Columnas, que en su momento soportaba un palacio encima, el cual pudo haber sido demolido en la primera época colonial. Los entierros se encontraban sellados por los restos de piso, de lo que se deduce que fueron depositados allí en la época prehispánica, probablemente durante la construcción del edificio.

Ninguno de ellos tenía ofrenda, y el tratamiento consistió en depositarlos en la plataforma y posteriormente sellarlos con la capa de mezcla del piso. Muy probablemente se trate de entierros ofrendados al edificio en construcción.

Se han localizado algunos entierros de este mismo tipo –sencillos, individuales, realizados directamente en el suelo y sin ofrenda– en lo que fueran contextos domésticos urbanos de Mitla.

Por lo que podemos ver, los contextos funerarios de Mitla nos indican que a pesar de la sólida tradición de las tumbas cruciformes que reafirman el estatus y magnificencia de los entierros de áreas monumentales, éstos se desarrollaron en medio de otros contextos más comunes. Los tres tipos de tratamientos funerarios nos señalan diferencias sociales muy bien establecidas para la época de apogeo de Mitla, o sea, aquella que precedió a la conquista hispana.

Es verdaderamente lamentable que se hayan perdido los contextos originales de las tumbas cruciformes, ya que seguramente nos habrían maravillado con tesoros de la calidad de los hallados en las tumbas mixtecas de Monte Albán y Zaachila.

De cualquier manera, pese a la diversidad de manifestaciones funerarias, que reflejan contextos sociales desiguales, Mitla continúa siendo el lugar de los muertos, el Mictlan, lugar del eterno descanso de las almas. Así se expresa aún en la tradición oral local sobre las almas de los muertos, como lo reportaba Parsons en los años treinta. Superstición o verdad, el culto a los muertos en Mitla es real: para darse cuenta de ello sólo hace falta vivir la fiesta de Todos Santos en el pueblo y sentir la presencia de los muertos entre nosotros.

Nelly M. Robles García. Licenciada en arqueología por la ENAH; maestra en restauración por la ENCRM del INAH, y doctora en antropología por la Universidad de Georgia, E.U.A. Directora de la zona arqueológica de Monte Albán.

El funeral de un dignatario mexica

Juan Alberto Román Berrelleza, Leonardo López Luján



REPROGRAFÍA: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

Velación de un dignatario mexica. Los deudos lloran y rezan, ofreciendo alimentos y mantas de algodón a un bulto mortuorio ungido con una corona de turquesa, joyas de oro y piedra verde. Abajo se observa una fosa para depositar las cenizas del difunto. *Códice Tudela*, f. 58r.

El hallazgo reciente de una rica sepultura en el Recinto Sagrado de Tenochtitlan nos ayuda a complementar la información histórica del siglo XVI sobre las exequias de la elite mexica.

En sus célebres *Memoriales*, Motolinía consagra un capítulo entero a los funerales de los señores y principales indígenas. Allí, el franciscano consigna con detalle cómo el difunto era velado en su casa durante cuatro días, al término de los cuales se le introducía una piedra preciosa dentro de la boca y se le cortaba un mechón de la coronilla. Estos cabellos eran colocados en una caja junto con un mechón que le había sido quitado, mucho tiempo atrás, con motivo de su nacimiento. A continuación, se cubría el rostro del cadáver con una máscara, se envolvía su cuerpo inerte con ricas mantas de algodón, y se ataviaba el bulto con atributos de la deidad en cuyo templo se enterraría.

Según Motolinía, ese mismo día el fardo mortuorio era conducido al pie del templo principal, donde se le quemaba con copal y tea. Numerosos servidores y esclavos eran inmolados en la piedra de los sacrificios, y ya sin vida, los cuerpos de las víctimas alimentaban otra pira funeraria para que sus almas se desprendieran y pudieran así acompañar a la de su señor. Exactamente con el mismo propósito, en esta ceremonia se sacrificaba un perro. Asimismo, ricos manjares y flores eran entregados al fallecido para hacerle más placentera su estancia en el otro mundo.

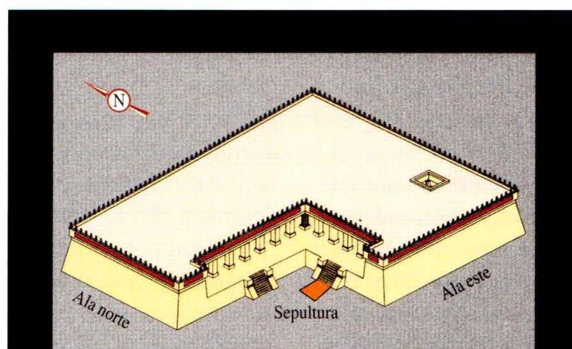
Después de que el fuego había consumido los restos mortales del señor, los sacerdotes depositaban las cenizas, los huesos parcialmente calcinados y la cuenta de piedra verde en la caja que contenía sus cabellos. Acomodaban sobre el receptáculo funerario una imagen escultórica del señor, y le hacían ricas ofrendas a lo largo de cuatro días. Transcurrido ese lapso, enterraban la caja. Nuevos sacrificios y ofrendas formarían parte de las innumerables ceremonias de duelo, que finalizaban al cumplirse cuatro años de la defunción.



REPROGRAFÍA: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

Cremación de un dignatario mexica. Arriba se encuentra una hoguera que representa al Dios del Fuego. Abajo se observa el bulto mortuorio colocado sobre otra hoguera, representada a la manera indígena. Frente al bulto yace el cuerpo de un esclavo sacrificado. *Códice Tudela*, f. 57r.

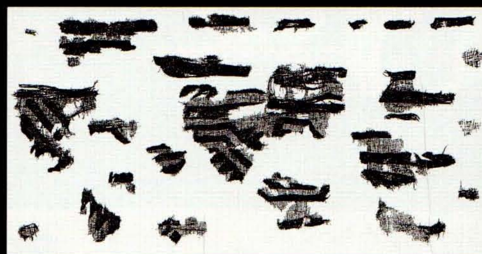
Gracias a las narraciones de Motolinía y de otros cronistas del siglo XVI, tenemos una idea bastante acabada de las exequias que los mexicas solían hacer en honor de sus dignatarios. Sin embargo, existen ciertos detalles de la ceremonia que no son descritos en las fuentes históricas y que, por fortuna, podemos conocer gracias a las exploraciones arqueológicas llevadas a cabo en las ruinas de Tenochtitlan. A continuación describiremos el hallazgo de la sepultura de un dignatario realizado por el Proyecto Templo Mayor/INAH.





Arriba: **Reconstrucción hipotética de la Casa de las Águilas, complejo de cuartos construido sobre una plataforma en forma de letra L.** ***Abajo:*** **La sepultura fue descubierta al pie de la escalinata principal.**

DIBUJO: TÉNOCH MEDINA / PROYECTO TEMPLO MAYOR, INAH
FOTO: SALVADOR GUILLIEM / PROYECTO TEMPLO MAYOR, INAH



Fragmentos carbonizados de un textil de algodón que originalmente estuvo decorado con finos brocados en forma de grecas. Otros brocados representan cruces y zigzags.

DIBUJO: FERNANDO CARRIZOSA / PROYECTO TEMPLO MAYOR, INAH

Una sepultura en la Casa de las Águilas

La sepultura del personaje en cuestión fue descubierta en 1994 durante las exploraciones del edificio bautizado por los arqueólogos como la Casa de las Águilas. Este singular complejo arquitectónico se distingue por una ubicación privilegiada a sólo 15 m al norte del Templo Mayor, y por su rica decoración de estilo "neotolteca". Durante las dos últimas temporadas de campo, fueron exhumadas de su interior varias esculturas de cerámica que representan seres semidescarnados y personajes vestidos con trajes de águila, así como pinturas murales tipo códice, banquetas con relieves policromos y suntuosas ofrendas.

La sepultura que nos ocupa se encontró en el exterior de la tercera fase constructiva de la Casa de las Águilas, ampliación que se remonta a las dos últimas décadas del siglo XV, es decir, al reinado de Tízoc o al de Ahuítzotl. La ceremonia de inhumación se hizo al pie de la escalinata de acceso al ala oriental del edificio, lugar donde se cavaron tres fosas cilíndricas. Cada una de ellas sirvió para alojar un recipiente de cerámica, así como parte de los restos mortales de un mismo individuo y de una rica ofrenda funeraria.

La ofrenda funeraria y el estatus del difunto

Este triple depósito funerario contenía abundantes restos esqueléticos cremados pertenecientes a un hombre, un perro, un jaguar, un águila real y un gavilán. Además, había objetos de cerámica, obsidiana, pedernal, basalto, piedra verde, turquesa, oro, cobre, bronce, pirita, hueso, concha, copal, algodón y palma. Éstos suman en total 101 piezas completas y 350 fragmentos.

Sin lugar a dudas, los objetos más impresionantes eran los tres recipientes cerámicos empleados por los mexicas como urnas funerarias. Se trata de tres bellas piezas pertenecientes a épocas diferentes. La más antigua de ellas es un vaso que data de fines del periodo Clásico y que representa, sobre sus superficies externas, al famoso hombre-mariposa de la iconografía teotihuacana. Le sigue temporalmente una olla-efigie en forma de cabeza de anciano, la cual fue elaborada en el Posclásico Temprano. La tercera urna es un botellón policromo del Posclásico Tardío que presenta una elaborada decoración de cuentas, grecas, flores y corazones.

Los restos óseos humanos se encontraron tanto dentro como fuera de las urnas. Pese a que habían sido rotos intencionalmente y expuestos durante largas horas a la acción del fuego, pudimos determinar que todos ellos pertenecían a un individuo adulto de sexo masculino. Las cenizas y los fragmentos de hueso de este personaje estaban acompañados de animales y objetos muy semejantes a los que se acostumbraba enterrar como ajuares mortuorios en Tenochtitlan, Tlatelolco y Tenayuca. Entre ellos destacan los restos de un perro, una cuenta globular de piedra verde, varias cuentas de obsidiana en forma de cabeza de pato, un anillo de obsidiana, varias miniaturas de puntas de flecha de obsidiana y pedernal, pedazos de copal, además de cordeles de algodón y palma.

El cadáver también estaba acompañado de bienes de uso exclusivo de la nobleza. Entre ellos sobresalen los fragmentos carbonizados de cuando menos tres prendas de vestir elaboradas con finísimos hilos de algodón y decoradas con brocados. Igualmente significativos son los numerosos pendientes, hemiesferas y esferas de lámina de oro, piezas que posiblemente estuvieron cosidas a alguna de las prendas de algodón. También son dignos de mención los cascabeles de cobre y bronce, los fistoles de cobre y los mosaicos de turquesa. Estos últimos probablemente formaron parte de una corona o de un ornamento nasal. Como es sabido, dichas coronas

y ornamentos eran colocados en los bultos mortuorios de los señores (*tetecuhtin*) y de los guerreros muertos heroicamente. Finalmente, durante la exploración se recuperaron dos colmillos recortados intencionalmente. Pertenecen a un jaguar adulto, de acuerdo con la identificación del biólogo Óscar J. Polaco. A nuestro juicio, es verosímil que ambos colmillos hayan servido al dignatario como amuletos o como insignias de su poder.

Reconstrucción del funeral del dignatario

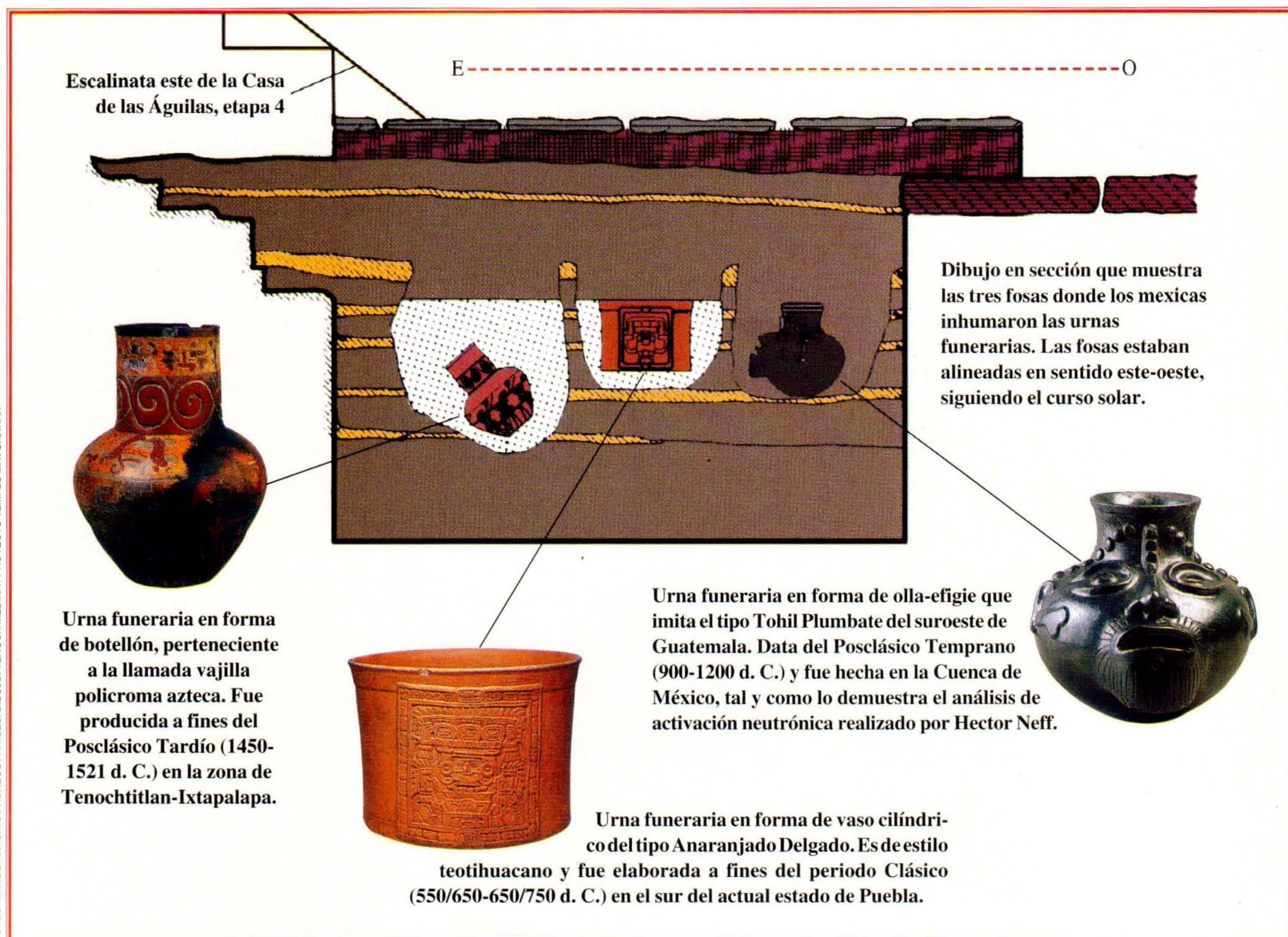
A partir del análisis de laboratorio pudimos determinar que, antes de la cremación, el cadáver del dignatario y su ofrenda sufrieron un proceso sistemático de destrucción intencional. Como consecuencia, buena parte de los restos humanos y animales, así como de los artefactos, quedaron reducidos a pequeños fragmentos que aún conservan las huellas de los impactos recibidos. No necesitaron o escaparon a la destrucción los objetos diminutos.

En el caso del cadáver, los golpes fueron dados directamente sobre los huesos, libres éstos de sus tejidos blandos, pero aún frescos. En las zonas de fractura de los huesos largos, las vértebras y el cráneo, se descubrieron nítidas hendiduras de unos 4 mm y en forma de letra V, seguramente ocasionadas por un hacha de piedra de entre 350 y 500 gr de peso. En otros huesos se observaron diferentes tipos de fracturas, provocadas por torsiones y palancas manuales.

El análisis detallado de los huesos puso de manifiesto la ausencia de huellas de corte que fueran resultado de un presunto descarnamiento o desmembramiento. Siguiendo lo dicho por Sahagún, podríamos especular que el bulto mortuorio fue sometido a una primera quema que eliminó los tejidos blandos del cuerpo. Proponemos que al terminar esta cremación, los huesos y la ofrenda parcialmente consumidos por el fuego fueron reunidos y fraccionados con un hacha y con las manos. Esta acción haría más eficaz la segunda quema y, tiempo después, facilitaría la introducción de los restos óseos y de otros objetos dentro de la urna funeraria.

Sea o no correcto nuestro razonamiento, la evidencia arqueológica demuestra que tras su destrucción intencional, los huesos y los objetos fueron mezclados metódicamente y arrojados a una pira al aire libre. En efecto, cuando unimos los diversos fragmentos de un mismo hueso o de un mismo artefacto, observamos que no estuvieron expuestos a la misma intensidad calórica. Esto se debe a que la temperatura de este tipo de piras varía muchísimo de su interior a sus extremos, así como a lo largo de la combustión.

En un paso sucesivo de la ceremonia, una parte de los residuos de la pira fue llevada al pie de la escalinata principal de la Casa de las Águilas para su enterramiento en el interior de las



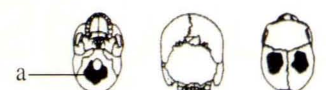
Dibujo en sección que muestra las tres fosas donde los mexicas inhumaron las urnas funerarias. Las fosas estaban alineadas en sentido este-oeste, siguiendo el curso solar.

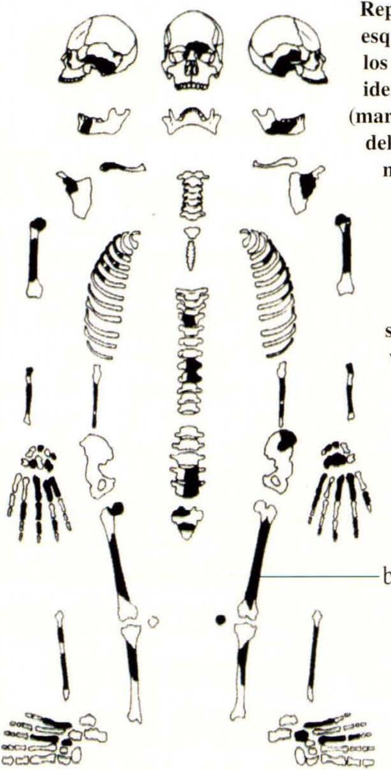
Urna funeraria en forma de botellón, perteneciente a la llamada vajilla policroma azteca. Fue producida a fines del Posclásico Tardío (1450-1521 d. C.) en la zona de Tenochtitlan-Ixtapalapa.

Urna funeraria en forma de olla-efigie que imita el tipo Tohil Plumbate del suroeste de Guatemala. Data del Posclásico Temprano (900-1200 d. C.) y fue hecha en la Cuenca de México, tal y como lo demuestra el análisis de activación neutrónica realizado por Hector Neff.

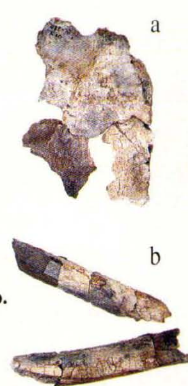
Urna funeraria en forma de vaso cilíndrico del tipo Anaranjado Delgado. Es de estilo teotihuacano y fue elaborada a fines del periodo Clásico (550/650-650/750 d. C.) en el sur del actual estado de Puebla.

FOTOS: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES. DIBUJO: TENOCH MEDINA / PROYECTO TEMPLO MAYOR, INAH





Representación esquemática de los restos óseos identificados (marcados en negro) del dignatario mexica. En el esquema no se respetan las proporciones relativas de los huesos y se ofrecen seis vistas del cráneo.



Fragmentos cremados del esqueleto del dignatario. Las diferentes tonalidades señalan distintos niveles de exposición al fuego. Ciertas áreas de la pira alcanzaron los 950° C, como lo indica el cálculo del punto de fusión de algunas piezas metálicas fundidas.



Colmillos de jaguar que fueron separados intencionalmente del cráneo del animal por medio de un corte entre la raíz y la corona.



Algunos de los numerosos pendientes de lámina de oro que posiblemente decoraban las prendas de algodón.



Conjunto de fistoles y cascabeles de cobre y bronce que formaban parte de la ofrenda funeraria.

tres fosas arriba descritas. Dichos residuos estaban compuestos por una mezcla amorfa de ceniza, huesos, pequeños artefactos completos y pedazos de artefactos más grandes. De acuerdo con nuestro inventario, faltan muchos fragmentos tanto del esqueleto del personaje como de los objetos que componían la ofrenda. Esto puede deberse, por una parte, a que numerosas fracciones quedaron reducidas a cenizas después de su exposición prolongada al fuego y, por la otra, a que ciertos residuos tuvieron otro destino diferente al de la inhumación en la sepultura: por ejemplo, pudieron haber sido desechados, entregados a los deudos o ingeridos ritualmente.

En lo que toca al rito de inhumación, logramos distinguir tres momentos consecutivos. En el primero de ellos, se separaron de la mezcla en estado incandescente el 95% de los fragmentos óseos de mayores dimensiones. Inmediatamente después se depositó parte de la mezcla incandescente en el fondo de la fosa oriental y en el interior del botellón policromo. El botellón fue introducido entonces en dicha fosa y el conjunto cubierto con más mezcla incandescente. Esto produjo quemaduras tanto en la pared de la fosa como en las superficies interna y externa del botellón. En un segundo momento, se repitió la misma acción en la fosa central y con el vaso teotihuacano. Para ese entonces, la mezcla ya se había enfriado, por lo que ni la fosa ni este recipiente se quemaron. El tercer paso consistió en depositar dentro de la olla-efigie el 95% de los fragmentos óseos mayores, ceniza fría y agujas de cobre, para colocar a continuación esta urna en la fosa occidental. Al parecer, ya se había acabado la mezcla, por lo que la cavidad tuvo que ser rellenada con arcilla. Una vez concluida la ceremonia, las tres fosas se taparon definitivamente con la tierra y las lajas del piso anteriormente removidas.

A partir de lo expuesto, podemos formular algunas conclusiones básicas. Debido a que el cadáver fue cremado, a que entre sus restos había huesos de perro, y a que se encontró una cuenta de piedra verde que habría sido colocada dentro de la boca del difunto, es claro que el personaje murió de *tlalmiquiztli* o muerte natural. El rito de incineración tuvo el propósito de liberar el *teyolía* (una de las tres entidades anímicas) para que emprendiera su viaje al Mictlan. Por otra parte, hay que resaltar la gran jerarquía de este personaje dentro de la sociedad mexica, atestiguada tanto por la riqueza de la ofrenda mortuoria como por el lugar del enterramiento dentro del Recinto Sagrado de la capital del imperio. Por desgracia, carecemos de los elementos suficientes para discernir si el individuo en cuestión era un *tecuhtli* o un militar de alto rango. Únicamente estamos en condiciones de afirmar que no se trataba de un *tlatoani* o de un *cihuacóatl*, pues fray Diego Durán y Hernando Alvarado Tezozómoc nos refieren en sus escritos que los dos máximos dignatarios mexicas eran sepultados en el Templo Mayor o en un edificio ubicado al occidente de este último, el Cuauhxicalco.

• Juan Alberto Román Berrelleza. Antropólogo físico por la ENAH. Investigador del Museo del Templo Mayor, INAH. Actualmente lleva a cabo investigaciones sobre la identificación del sexo de individuos infantiles a partir del DNA.
• Leonardo López Luján. Doctor en arqueología por la Universidad de París. Investigador del Museo del Templo Mayor, INAH. Actualmente realiza estudios sobre la política y la religión de las sociedades prehispánicas del Centro de México.

La muerte y sus deidades en el pensamiento maya

Mercedes de la Garza



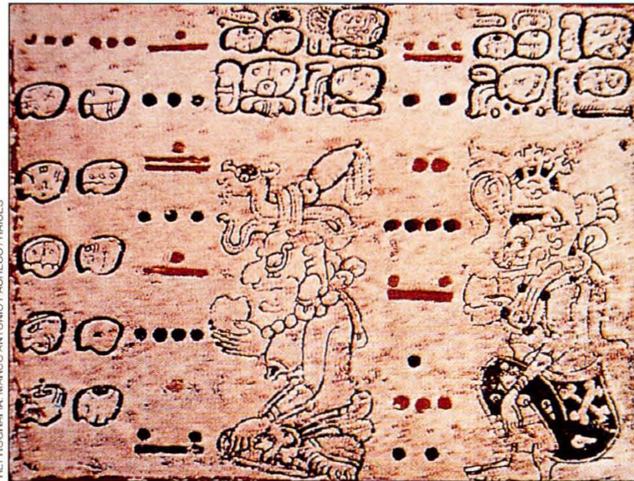
En el pensamiento maya, vida y muerte armonizan siempre dialécticamente. Además, ambas son generadas por fuerzas sagradas o deidades que viven en el cielo y el inframundo, lugares que en sí mismos contienen las fuerzas contrarias. Los principales dioses de la muerte se representan como seres antropomorfos, lo que parece responder a la preocupación principal del pueblo maya por su propia muerte.

Incensario antropomorfo con la representación de Ah Puch, dios de la muerte. Cultura maya. Posclásico. Mayapán.
FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

La vida del espíritu no es la vida que se asusta ante la muerte y se mantiene pura de la desolación, sino la que sabe afrontarla y mantenerse en ella. El espíritu no es una potencia positiva que se aparta de lo negativo... sino que sólo es esta potencia cuando mira cara a cara a lo negativo y permanece cerca de ello.

G.W.F. Hegel, *Fenomenología del espíritu*

En el notable pensamiento dialéctico que caracterizó a los mayas prehispánicos, al igual que a los demás pueblos mesoamericanos, hallamos la conciencia del hecho de la muerte como algo consustancial a la vida. Estos dos grandes contrarios, al lado de los de caos y orden, luz y oscuridad, cielo e inframundo, masculino y femenino, racionalidad e irracionalidad, mundo socializado y mundo salvaje, armonizan para constituir el fundamento del dinamismo cósmico. Así lo indican las representaciones plásticas, los mitos y las variadas y complejas prácticas funerarias de los antiguos mayas.

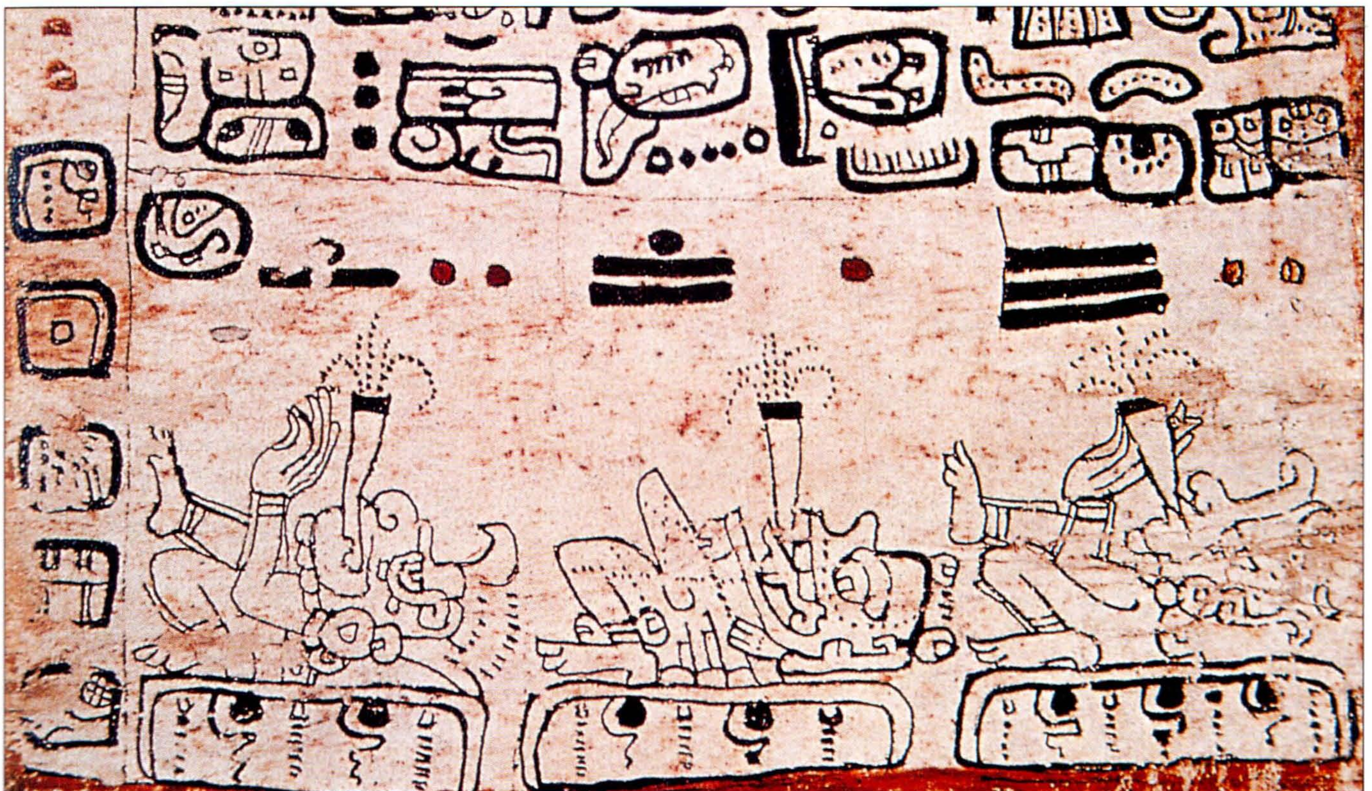


En ocasiones el dios de la muerte o dios A fue representado con características femeninas. *Códice de Dresde*, p. 9 (9) c.

La dualidad vida-muerte

Vida y muerte, además, son generadas por fuerzas sagradas que radican ante todo en el cielo y el inframundo, respectivamente. En el cielo transita el Sol, dios supremo, generando la luz y el calor, y sus ciclos anual y diario son la base de la temporalidad; del cielo proviene la lluvia que fecunda la tierra para producir la vida vegetal y, con ella, la de todos los demás seres. El inframundo, por el contrario, es la región de la oscuridad y la muerte; a él descienden los espíritus cuando el cuerpo perece y se transforma en energía de muerte, y de él provienen asimismo las fuerzas que producen las enfermedades y el mal en general. La Tierra, situada entre ambos, es el sitio donde se da la contienda de la vida y la muerte, donde se producen el choque y la armonía de los contrarios. La Tierra es la región del hombre, el centro del universo, donde los opuestos se resuelven en unidad.

Pero tanto el cielo como el inframundo contienen en sí mismos las fuerzas contrarias: el cielo nocturno es fuente de energías maléficas; el calor del Sol en exceso produce la sequía y la muerte, y la lluvia transformada en tormenta es causa de destrucción. Por otro lado, en el



El dios de la muerte, en el centro, acostado boca arriba, fuma en compañía de los dioses del sol y del maíz. *Códice Madrid*, p. 79b.

inframundo se guardan tesoros minerales, se generan manantiales y se localizan las semillas que darán nueva vida.

Así, mal y bien, muerte y vida, son ambos energías divinas en constante interacción, es por ello que hay en el pensamiento maya diversos símbolos de la sacralidad de la muerte, así como deidades y seres sobrenaturales que presiden, provocan y anuncian la muerte. Los principales dioses de la muerte se representan como seres antropomorfos, lo cual parece responder a la preocupación principal de ese pueblo por su propia muerte, de la que derivan las creencias sobre la muerte de los demás seres vivos e incluso de los seres que nosotros llamaríamos inanimados, pero que para ellos también poseían un espíritu vital.

El tránsito al inframundo

Los mayas eran un pueblo profundamente vitalista. Para ellos, la finalidad de la vida humana está en ella misma, en vivir de la mejor manera posible durante el tiempo en que el hombre permanece sobre la tierra y con su cuerpo. Por eso la muerte, al nivel de los individuos –que muchas veces era considerada como un castigo de los dioses o como un daño enviado mágicamente por otro ser humano–, era lo más temido.

Sin embargo, los mayas creían en la inmortalidad del espíritu, en otra existencia después de la muerte del cuerpo, en la cual seguirían sirviendo a los dioses en diversos sitios, determinados por la forma de morir que le tocaba a cada persona: el cielo, para quienes eran sacrificados; el paraíso de la ceiba, para los ahogados o los que morían por alguna causa relacionada con el agua, y el Xibalbá, "lugar de los desvanecidos", para todos los demás.



Escena ritual asociada a la fertilidad en la que aparecen, abajo a la derecha, el dios de la muerte y otras deidades mayas. *Códice Madrid*, p. 19b.

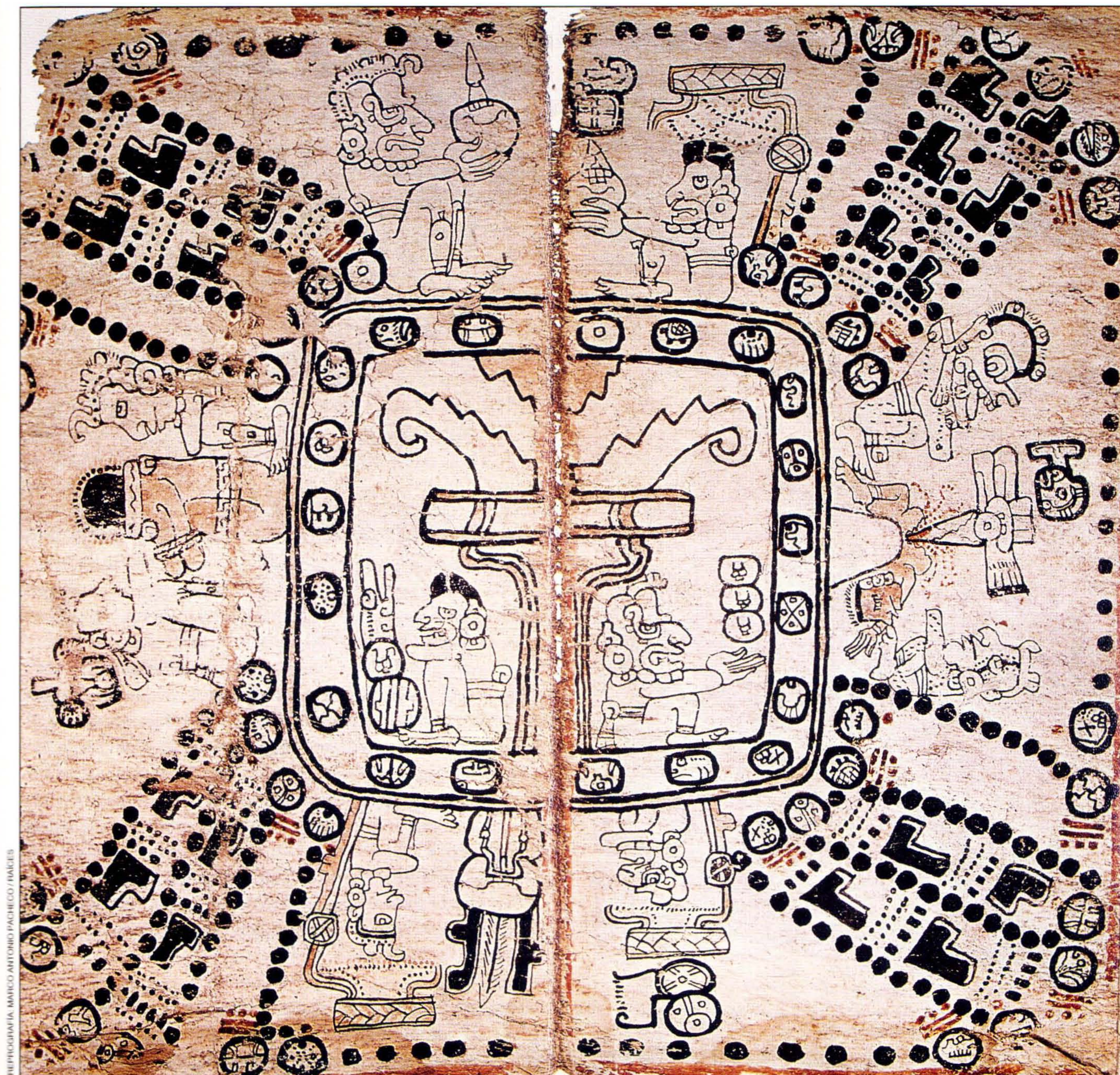
Los dos primeros eran sitios de energías de vida, y el último era propiamente el lugar de la energía de muerte. Estaba situado en el estrato más bajo del inframundo, el noveno, y los espíritus de los muertos llegaban a él descendiendo por un camino lleno de peligros.

La región infraterrestre es descrita en el *Popol Vuh* cuando se relata el descenso de los semidioses Hunahpú e Ixbalanqué, quienes después de su muerte y resurrección en ese sitio se convirtieron en el Sol y la Luna:

> Así fueron bajando por el camino de Xibalbá, por unas escaleras muy inclinadas... hasta que llegaron a las orillas de un río que corría rápidamente entre dos barrancos... luego pasaron por un río que corre entre jícaros espinosos... llegaron a la orilla de un río de sangre... llegaron a otro río solamente de agua... Pasaron adelante hasta que llegaron a donde se juntan cuatro caminos... uno era rojo, otro negro, otro blanco y otro amarillo. Y el camino negro les habló de esta manera: "Yo soy el que debéis tomar porque yo soy el camino del Señor..." (*Popol Vuh*, 1968, pp. 53-54).



A la izquierda está el dios de la muerte; a la derecha, Chac, como un escriba. *Códice Madrid*, p. 23d.



En la parte derecha se representó al dios de la muerte frente a un sacrificado. ***Códice Madrid*****, pp. 75-76.**

La idea de que existen caminos o *sacbeoob* subterráneos se ha conservado hasta hoy en el área maya, sobre todo entre los mayas yucatecos.

Durante ese tránsito, el espíritu debía cuidarse y alimentarse, por lo que ponían en la sepultura del difunto, entre otras cosas, alimentos y objetos protectores, y asimismo sacrificaban a su perro y lo colocaban en la tumba, para que su espíritu acompañara al de su amo y lo transportara sobre su lomo a través del último gran río que separaba al Xibalbá del resto del inframundo. Cuando el muerto era un personaje principal, también sacrificaban a mujeres y sirvientes para que lo acompañaran. Al final del viaje, los espíritus morían definitivamente, en tanto que energía vital, y se integraban al reino de la muerte, transformados en energía de muerte, para permanecer ahí eternamente. Sólo en las fiestas dedicadas a los muertos éstos volvían a la tierra y recuperaban sus necesidades vitales, por lo que comían las esencias de los dones que les preparaban sus deudos. Esta creencia es sorprendentemente semejante a la *nekyai* de los griegos, según la cual, al derramar sangre sobre las tumbas, los muertos la bebían y retornaban a la vida para establecer contacto con los vivos. La creencia prehispánica se ha conservado hasta hoy en diversas comunidades indígenas: por ejemplo, en Tepoztlán, Morelos, los muertos comen los sabores y olores de los alimentos, por lo cual se dice que al día siguiente la comida depositada en las ofrendas no sabe a nada.



REPROGRAFÍA: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

En la parte central se observa a Chac, dios de la lluvia, de cuyo cuerpo sale una corriente de agua que cae sobre el dios de la muerte. *Códice Madrid*, p. 8.



REPROGRAFÍA: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

El dios de la muerte participa en las ceremonias del año nuevo prehispánico. *Códice de Dresde*, p. 27 (57) c.

Los dioses de la muerte

Los dioses mayas de la muerte son, por tanto, los que simbolizan las energías de muerte. Pero, ¿cómo eran concebidas esas deidades? Para los mayas, los dioses en general no fueron "ídolos", como pensaron los españoles, sino energías invisibles capaces de manifestarse en sus imágenes durante los ritos, así como en diversos animales, en otros seres y en fenómenos naturales. Esto lo supo fray Diego de Landa, por lo que dice: "Bien sabían ellos que los ídolos eran obras suyas y muertas y sin deidad, mas los tenían en reverencia por lo que representaban" (Landa, 1966, p. 48).

De los diversos dioses relacionados con la muerte y el inframundo, hay uno principal que simboliza la muerte misma y que recibe varios nombres entre los mayas yucatecos: Ah Puch, "el descarnado"; Kisín, "el flatulento"; Hun Ahau, "señor uno", y Yum Kimil, "señor de la muerte". Los quichés lo llaman Hun Camé, "uno muerte", o Vucub Camé, "siete muerte", y está relacionado tal vez con el Ah Uucté Coy, "el siete lechuza", de los *Libros de Chilam Balam*, escritos por los mayas yucatecos.

Este dios ha sido identificado con el dios A de los códices (según la clasificación de Schellhas), cuya representación coincide con las que se encuentran en las obras plásticas del periodo Clásico. La imagen es la de una calavera, un esqueleto o un cadáver humano en descomposición.

El dios se asocia con la noche y con la enfermedad. Su sitio es el estrato más bajo del inframundo, pero como el interior de la tierra también contiene elementos de vida, Ah Puch es representado con rasgos vitales como ojos, pene y ano. En los códices, a la deidad se le dibuja con cascabeles u ojos sobre la cabeza, en los tobillos y en las muñecas, y es andrógino, pues a veces presenta características femeninas (*Códice de Dresde*, p. 9 (9) c).

El papel principal del dios A en la existencia del mundo se revela en los propios códices, en los que aparece realizando diversas acciones. Muchas de ellas son rituales, como la de entrar en éxtasis a través de sustancias psicoactivas; así, lo vemos fumando tirado de espaldas, al lado de los dioses del maíz y del Sol (*Códice Madrid*, p. 79b). También se integra al rito de fertilidad que consistía en que varios hombres se pasaban una cuerda por el pene, quedando así unidos, rito que describe Landa y que aparece en la página 19 del *Códice Madrid*, el cual era realizado por varios dioses. Participa asimismo en las ceremonias del año nuevo, que se cuentan entre las más importantes del ritual prehispánico (*Códice de Dresde*, p. 27 (57) c).

Todo lo anterior revela la inserción de la muerte en el transcurso de la vida, como algo connatural a ella.

Además, el dios de la muerte presidía los sacrificios humanos, que tenían como finalidad propiciar la vida de los dioses y, con ella, la del cosmos íntegro; eso corrobora el carácter dialéctico de la existencia. Un ejemplo de esto es la imagen del extraordinario panel de estuco de Toniná, Chiapas, donde vemos al dios de la muerte con la cabeza de un decapitado en sus manos, sacrificio que fue el principal en el periodo Clásico.

En el *Popol Vuh* se mencionan varias deidades de la muerte que habitan en el Xibalbá, cuya principal función era provocar enfermedades mortales. Hun Camé y Vucub Camé eran los jue-



FOTO: JUSTIN KERR

Vaso estilo códice. El dios de la muerte, danzando, recibe una víctima del sacrificio.

ces supremos, los que señalaban sus tareas a los otros dioses del inframundo. Éstos son Xiquiripat y Cuchumaquic, que causaban derrames de sangre; Ahalpuh y Ahalganá, que hinchaban a los hombres, les hacían salir pus de las piernas y les teñían la cara de amarillo; Chamiabac y Chamiaholom, que enflaquecían a los seres humanos hasta que morían; Ahalmez y Ahaltocob, que ocasionaban accidentes, y Xic y Patán, quienes mataban súbitamente en los caminos, oprimiendo el pecho hasta que la sangre llegaba a la boca.

La idea de que de la muerte proviene la vida está nítidamente expresada en el mito del *Popol Vuh* que nos presenta a Ixquic, la hija del dios de la muerte, como la madre del Sol y de la Luna, después de haber sido preñada por la saliva escupida por la calavera del semidiós Hun Hunahpú, muerto por los seres del Xibalbá. Ixquic huye de su padre, quien quería matarla; llega a la superficie de la Tierra acompañada por los búhos, mensajeros del reino de la muerte, y ahí da a luz a los gemelos, que al crecer retornarán al Xibalbá para vencer a las fuerzas de la muerte y transformarse en el Sol y la Luna.

Hay muchos otros símbolos y animales relacionados con la muerte, como las lechuzas, el ave moán (ser fantástico que deriva claramente de un búho), el jaguar, el murciélago, el perro, los ciempiés y las arañas, pero todos ellos giran alrededor del gran señor de la muerte, Ah Puch, que siempre parece haber sido representado como un esqueleto humano, lo que muestra el antropocentrismo esencial de la religión maya.

Así, en el pensamiento maya, vida y muerte armonizan siempre dialécticamente, como se aprecia en el extraordinario altar de la Estela D de Copán, donde Hun Camé lleva como ojos el glifo del Sol.

Mercedes de la Garza. Doctora en historia por la UNAM. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Recibió el Premio Universidad Nacional en 1995 y actualmente es directora del Museo Nacional de Antropología.



FOTO: GUILLERMO ALDANA / RAÍCES

Dios de la muerte. Mural de las Cuatro Eras. Zona arqueológica de Toniná, Chiapas.

Ritos funerarios en el México colonial

Elsa Malvido


FOTO: DOLORES DALHAUS / ASOCIACIÓN DE AMIGOS DEL MUSEO NACIONAL DEL VIRREINATO

Relicario que contiene un dedo de Santa Rosa de Lima. En tiempos coloniales fueron traídas a México algunas partes de cuerpos de santos. Éstas fueron guardadas y en ocasiones expuestas a los fieles en relicarios hechos con metales preciosos.

En la celebración de los Días de Muertos, al parecer, se le ha dado un gran peso a la raíz prehispánica y se ha olvidado la otra parte de la esencia del mexicano: el pensamiento católico. Su análisis es fundamental para entender los rituales mortuorios, como el Día de los Fieles Difuntos, que a partir de la segunda mitad del siglo XVI se empieza a celebrar el 2 de noviembre, con la llegada de reliquias de santos europeos y asiáticos.

Las diversas religiones del mundo se han ocupado del terrible paso de la muerte, al cual todos los vivos le tememos. Le han dado al hombre la posibilidad de creer en que renacerá, resucitará o se integrará a la naturaleza, y sólo algunas consideran a la muerte como un final del hombre y su materia.

A la llegada de los españoles, según las crónicas, la diversidad de grupos étnicos que conquistaron y colonizaron se manifestaba también en una amplia variedad de rituales mortuorios. Así, mientras que algunas culturas cremaban a sus difuntos importantes, otras los enterraban en el "hogar" o en el granero; los nativos norteños descarnaban a los valientes y los colgaban de un árbol de zapote –detenido el esqueleto por los ligamentos–, les cantaban y bailaban, y algunos más se los comían, eso sí, en forma ritual y después de haberlos sacrificado.

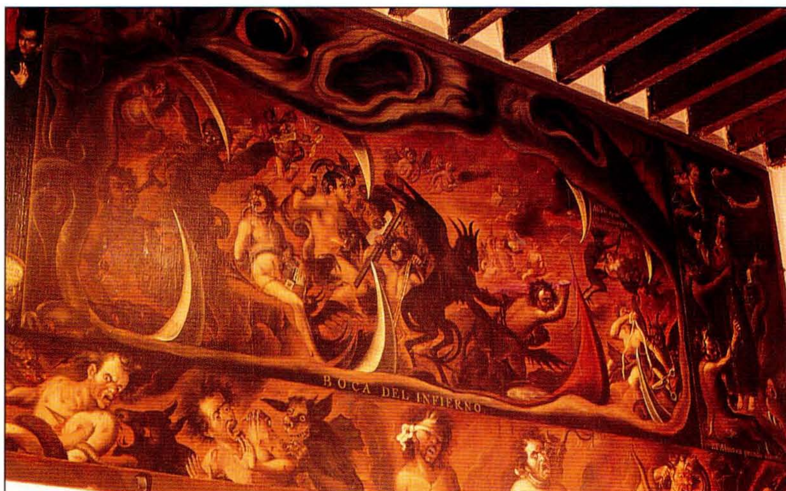
Por estas diferencias, uno de los problemas más severos que enfrentaron los nativos americanos ante el fenómeno de la muerte por la dominación castellana y cristiana, fue el de unificar el entierro según los cánones establecidos, en los pisos y atrios de las iglesias, en el corazón mismo de los poblados, como único tratamiento al muerto. Esta costumbre no siempre fue vista con buenos ojos: algunos grupos norteños (tobosos, acaxés, xiximes y tarahumaras) no querían entrar a la "casa de Dios porque era la casa de los muertos".



REPROGRAFÍA: ARCHIVO DE ELSA MALVIDO

A Santa Lucía, una de las primeras cristianas, le fueron arrancados los ojos, y por ello es patrona de los ciegos. Entre los cristianos se nombra a un santo como intermediario entre Dios y los hombres para que abogue por ellos y los libre del castigo por pecados cometidos durante la vida.

Cada grupo tuvo sus propias celebraciones, las cuales coincidieron con los ciclos de cosecha de cada parte del territorio y con los calendarios lunares, solares o venusinos, que no siempre correspondieron a los mismos tiempos entre los distintos grupos.



REPROGRAFÍA: ARCHIVO DE ELSA MALVIDO

En varios iconos se plasmó la preocupación de los hombres por caer en las llamas del infierno. Para evitar la condenación eterna los difuntos fueron enterrados muy cerca del altar de los templos.

A pesar de que se ha divulgado la idea de que fueron los mexicas los que marcaron la pauta dominante en el tratamiento de los muertos en la época prehispánica, y de que la fecha de celebración de los ancestros corresponde al 2 de noviembre, parece que hemos querido olvidar una etapa de nuestra historia, la otra parte de la esencia del mexicano: el pensamiento católico que fue impuesto a sangre y fuego y que nos ha determinado como uno de los pueblos más católicos del mundo. Por ello debemos analizar esa otra faceta de nuestra cultura: la concepción occidental.

El portentoso triunfo de la muerte y los espacios del alma

Para la Iglesia católica el ser humano se compone de dos partes: un cuerpo, que es material, y un alma inmaterial e inmortal que posee la capacidad de decidir entre el bien y el mal (la razón). Al morir, la carne se desintegra y espera la resurrección, el juicio final y la vida eterna, en función de lo cual el cadáver debe tener un ritual mortuorio.

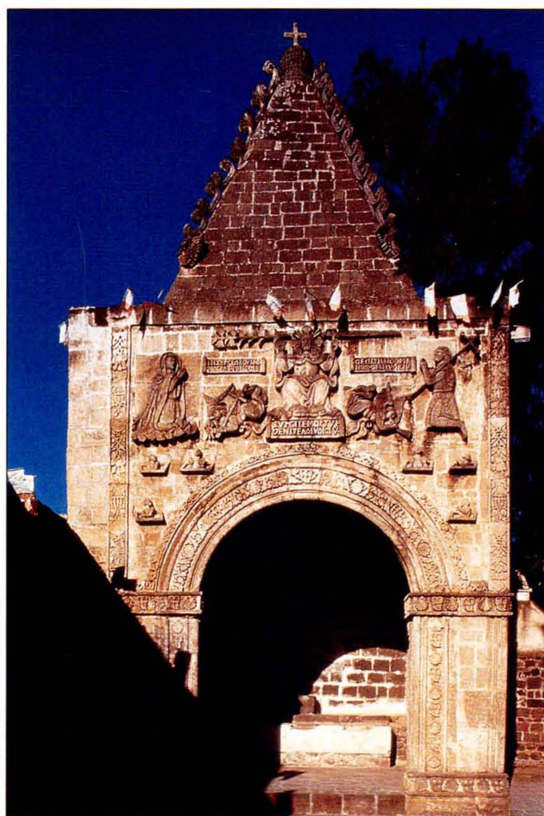
La costumbre del entierro es de origen judaico y se remonta a la época en que vivió Jesucristo. En esos tiempos las inhumaciones se hacían fuera de los poblados, en el cruce de los caminos, práctica que también tuvieron los romanos en épocas paganas.

La Iglesia católica romana continuó con este sistema funerario para unirlo a sus concepciones cosmogónicas, en las cuales la descomposición de los cuerpos y la desintegración misma de los huesos se expresaban por un lado en la frase "polvo eres y en polvo te convertirás", y por otro en la esperanza del más allá.

En esta concepción católica la muerte del ser humano fue el castigo que Dios les impuso a Adán y Eva por la desobediencia que cometieron en el paraíso, por lo que la mortalidad siempre será interpretada como un castigo por la primera culpa y como un paso para expiar todas las demás.

Las dimensiones del otro mundo se clasifican según las acciones de cada individuo, así que podrán ir al cielo los biena-

venturados, al limbo los pequeños que no han pecado, al purgatorio –sitio de tránsito– las almas en pena y al infierno los pecadores irredentos. En el juicio final, se evaluarán las buenas y las malas acciones. Sin embargo, en la vida cotidiana los pecados se pueden perdonar por medio de la confesión, la comunión con los santos y la extremaunción, sacramentos que antes de morir evitan el temor a la condenación del fuego eterno.


FOTO: MICHAEL CALDERWOOD / RAÍCES

Escena del juicio final. Tercera capilla posa de la iglesia de San Miguel, exconvento de Calpan, Puebla. Como parte de la decoración de los edificios coloniales, fueron talladas escenas de la iconografía cristiana. Aquí se muestra la concerniente a la resurrección de los muertos.

Los cuerpos especiales, los intermediarios y el espacio de la muerte

Después de Cristo, los apóstoles y la Virgen, entre los primeros muertos a los que se les guardó memoria estuvieron los mártires romanos del cristianismo. Sus cuerpos sacrificados fueron enterrados en las "catacumbas" y sobre sus tumbas se celebraron las primeras misas clandestinas, lo que marcó uno de los más importantes rituales católicos después de la celebración pascual: "la comunión de los santos".

En las primeras iglesias, los altares continuaron siendo sepulcros pétreos de mártires o el ara y sobre ellos se expuso el cuerpo de Cristo (la reliquia máxima), los espacios de entierro empezaron a ser demandados por los feligreses, quienes creían que entre más cerca estuvieran de las reliquias se facilitaría su intermediación para lograr la salvación.



FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

Portada del Panteón Civil de Dolores, ciudad de México. Cuando escasearon los lugares en donde sepultar a los muertos, las autoridades civiles impulsaron la creación de lugares especiales dedicados a ese propósito.

Entonces, ya en plena Edad Media, el piso sepulcral entró en el mercado de la oferta y la demanda, pues así los ricos estaban más cerca o debajo del altar, mientras que los pobres quedaban cada vez más lejos, dependiendo de su miseria, incluso en el atrio.

En la Edad Media, los restos de los santos mártires fueron desenterrados y sufrieron la *traslatio* (translación), es decir, sus huesos y parte de sus ropas, al igual que los altares de las iglesias más antiguas, fueron saqueados a petición de los señores feudales, quienes pagaban sumas exorbitantes por poseer los cuerpos de tales o cuales santos milagrosos, que llevaban a sus iglesias y catedrales, lo que desató un pingüe mercado negro de reliquias, no siempre auténticas.

La Iglesia, por su parte, fue otorgando al cuerpo de cada santo poderes mágicos, curativos o protectores contra toda clase de desgracias, los que se fueron incrementando gracias a los milagros "producidos" y a los que la historia oral acrecentaba.

Con el paso de los siglos, las comunidades católicas seleccionaron a quienes consideraban dignos de ser santificados por su vida virtuosa, humilde y pobre. La santidad generalmente se unió a un extraño proceso de incorruptibilidad de los cuerpos, signo que a decir de la Biblia debía interpretarse como hecho fehaciente de beatificación. Al morir los personajes ejemplares, sus cuerpos eran "preparados" para evitar la descomposición, olían a fragancias y no perdían la flexibilidad y el calor, ni siquiera muchos años después del fallecimiento.

Poco a poco se amplió el espíritu gregario y debajo de las iglesias se conservó a todos los que al fallecer merecieron un trato especial para la espera perpetua. Eran colocados dentro de cajas de madera, como hasta hoy lo hacen los judíos, viendo hacia el altar, lo que a su vez estaba en relación con la salida del Sol. Se les colocaba en una posición que imitaba el cuerpo de Cristo al descender de la cruz, envueltos en un sudario, boca arriba, con los brazos cruzados sobre el pecho y los pies uno sobre el otro. A las mujeres se les colocaba con los brazos sobre el vientre o a los lados del cuerpo.

En esos tiempos, lo que en verdad aterrorizaba a un buen católico, más que la muerte misma, era el morir súbitamente, sin recibir los últimos sacramentos, lo que casi le aseguraba que iría al infierno o, en el mejor de los casos, al purgatorio. Hacia el siglo XVI, el *Manual romano* había distribuido la superficie que podían ocupar los difuntos dentro de las iglesias, que estaba en relación con los sacramentos recibidos por los creyentes y con valores funda-

mentales como la virginidad y el género. Así, por ejemplo, a los hombres "adultos de confesión y comunión" se les asignaba como sitio final el lado del Evangelio, mientras que a las mujeres adultas, consideradas siempre como menores de edad, el lado de la Epístola; a los párvulos o angelitos, seres que aún no pecaban ni confesaban o comulgaban, pero que ya habían sido bautizados –incluidos los fetos expulsados antes del término de la gestación o sacados de sus madres muertas, que esperarían en el limbo–, se les colocaba cerca o debajo del altar, si bien hubo casos en que se les soterró entre las piernas de sus padres. Los clérigos eran colocados en sentido contrario, frente a su grey, debajo del altar.

En el siglo XVI la Iglesia católica pasó por uno de sus peores momentos. Los protestantes habían puesto en tela de juicio muchos de sus principios, lo que dio lugar a que se realizara el Concilio de Trento, en el cual se replantearon algunos de los severos problemas del ritual cristiano, entre ellos el del entierro.

La muerte europea en Nueva España

Con la llegada de los europeos, asiáticos y africanos a las nuevas tierras, llegaron también sus animales y plantas. Animales dizque racionales e irracionales compartieron sus enfermedades, y la muerte con sus formas nuevas se apoderó de los espacios. Por supuesto, no distinguió edad, sexo, clase social o nivel de desarrollo. Conforme los españoles fueron ocupando el territorio, los males llegados del otro lado del mar adquirieron carácter de pandémicos: guerra, viruela, sarampión, varicela, tosferina, y el peor de todos: la peste en sus cuatro formas, bubónica, hemorrágica, septisémica y súbita, males con los que el nuevo Dios castigó a los indios por sus herejías pasadas.

Los humanos entendieron que se debía estar preparado para morir en cualquier momento. Después de consumada la conquista de México-Tenochtitlan, se designaron predios para vivir, y a las iglesias y conventos se les dio terreno para guardar a los muertos.

El mundo colonial se dividió política y religiosamente en dos: la república de españoles, o gente de razón, y la república de indios, o gente con alma pero sin razón, lo cual les dio una dimensión pública y privada muy distinta.

Años después el control del territorio se dividió en barrios y parroquias, como en Castilla. Cada parroquia tenía su templo, jurisdicción y parroquianos, a los cuales debía de atender en sus necesidades religiosas tanto para enseñarles la doctrina como para administrarles los sacramentos, que cubrían las ceremonias de "paso" del alma de los feligreses, y entre las que estaba, por supuesto, la final: el entierro.

Las primeras iglesias fueron simples construcciones de palma, en las cuales los españoles oraban y eran inhumados, mientras que a los indios o gente sin razón se les prohibía entrar a los recintos, así que se inventaron las capillas abiertas y a partir de entonces se les sepultó en los atrios. Solamente los caciques, y más tarde los intermediarios entre ambas repúblicas, pudieron tener sus tumbas dentro de los templos.

Mientras la Iglesia católica asentó sus reales, se improvisaron las medidas a tomar, no sin problemas. Por ejemplo: si la fuerza de un altar, además de contener el cuerpo de Cristo, estribaba en resguardar reliquias de los santos, como ya vimos, ¿cómo se les daría calidad a los templos novohispanos, según el Concilio de Trento?

A partir de la segunda mitad del siglo XVI, los restos de santos europeos y asiáticos empezaron a sufrir *traslatio*, y llegaron entre barco y barco. Cuando arribaron las primeras reliquias, fueron recibidas desde el puerto de Veracruz hasta su destino con arcos de flores, procesiones y oraciones a su paso. Finalmente se les albergó en el Templo de la Santa Enseñanza. A partir de entonces se celebró el Día de los Fieles Difuntos el 2 de noviembre, o sea el día en que se recuerda a todos aquellos creyentes que murieron en el martirio o en la santidad, pero cuyos nombres no están en el calendario. En romerías muy animadas, durante 300 años se llevaron a bendecir a las iglesias "las reliquias de pan y azúcar", antecedentes de nuestras calaveras de azúcar y pan de muerto, que luego se guardaban como protección anual.


FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

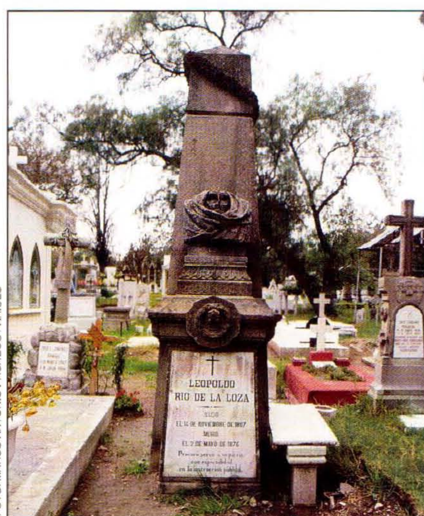


FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES


FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

Panteón Civil de Dolores, ciudad de México. Los túmulos para conmemorar a los difuntos fueron comunes en el siglo XIX. Algunos fueron colocados en los sepulcros de aquellos que destacaron en alguna actividad. En el caso de las personas que tuvieron una gran capacidad económica, tenían la forma de catedrales o iglesias.

La Inquisición y las exequias reales

La muerte, además, fue utilizada como un espectáculo didáctico, obligatorio, aunque festivo y popular. Por una parte, las torturas contra los enemigos de los poderes espiritual o material se realizaban en las plazas públicas, y la Santa Inquisición hacía lujo de su poder en "autos de fe" contra verdaderos y falsos conjurados, como modelo de enseñanza contra el mal.

La otra muerte espectáculo fueron las exequias reales, que sirvieron a todos los creyentes para reflexionar sobre el morir, ya que era el momento en que "la portentosa" igualaba con su guadaña a hombres poderosos, reyes, papas, y con mayor razón a los pecadores comunes. La muerte de los reyes daba origen a una celebración mortuoria pública que se debía efectuar en todos los poblados por orden real.

La celebración fúnebre consistía en un ceremonial luctuoso a un cadáver ausente, en el que participaban absolutamente todos los habitantes del reino. Daba inicio con el toque de campanas a lutos reales en todas las iglesias al unísono, y después las autoridades civiles y religiosas nombraban a un coordinador de la ceremonia, quien se encargaba de organizar todo lo relativo al funeral y la misa de difuntos, los adornos en las calles y el diseño de la ropa de todos los personajes que participarían según su rango, contrataba carpinteros, pintores, poetas, sastres, tejedores, tintoreros, veleros, mensajeros, impresores, etc., y finalmente fijaba el día en que la procesión tendría lugar. El cortejo salía de Catedral y del palacio virreinal con rumbo a algún templo o convento, en el cual se levantaba un túmulo, y con gran pesar y enlutados, pobres y ricos participaban en una marcha que duraba seis horas, en la que se celebraba la misa de exequias frente al túmulo. Para completar la ceremonia se pronunciaba el sermón fúnebre, en el que se hacía referencia a las grandes hazañas realizadas por el personaje fallecido, mismas que se publicaban para conservar su memoria.

Con el paso de los siglos estos espectáculos se fueron engrandeciendo y popularizando, al grado de que los reyes tuvieron que intervenir para prohibir gastos tan suntuosos.

Las exequias de los ricos

Todo sepelio de rico fue una celebración póstuma, que se dejaba explícita a los deudos por varias generaciones en el testamento. El trabajo de los agremiados, cofrades y familiares empezaba con los últimos estertores del moribundo. Así, debían traer al sacerdote para proporcionarle oraciones de consuelo y ayudarlo a bien morir.



REPROGRAFÍA: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

La escalera al cielo. **Monasterio de Santa Catarina, Monte Sinaí. Los hombres de la Edad Media consideraban que la vida estaba rodeada de demonios que los hacían caer en el infierno. Uno de las vías para conjurar este peligro, y llegar al reino de Dios, era la sepultura en los templos.**

Una vez acreditado el deceso, se celebraba el velorio en la casa del muerto, con los espejos tapados, y moños negros y crespones en puertas y ventanas. Las campanas de la parroquia tocaban a difunto, avisando a la comunidad la pérdida de uno de sus miembros. Amigos y conocidos, vestidos de luto riguroso, empezaban entonces el desfile doméstico y las oraciones para su salvación. El testamento se abría y se intentaba cumplir con los últimos deseos del fallecido. Si el muerto había dejado dicho en su testamento que se le extrajeran partes de su cuerpo y fueran enterradas en otros sitios, esto se debía hacer, y así los cirujanos sacaban corazones, hígados y ojos, algunos de los cuales se partían para ser inhumados en sitios especiales distantes del cuerpo.

Un arzobispo pidió que sus ojos se enterraran en el convento de San Francisco, donde había sido donador; su hígado en Catedral, porque sus sacramentos los había tomado en ella; sus intestinos en el convento de Santa Clara, y su corazón en el de Santa Teresa. Los diversos órganos recibieron el mismo tratamiento que el cuerpo, o sea, se les hizo oración fúnebre y se les enterró con pompa y ceremonia. La procesión era acompañada por una serie de personas, además de familiares y amigos, encabezadas por un cura o por el obispo –lo que dependía de la jerarquía del fallecido–, quien con una cruz alta o baja, capa, dos o más acólitos

y otros aditamentos, según el pago realizado, era seguido por los personajes que por su actividad pertenecían a un gremio y a un Santo Patrono, ya que de por vida se había pagado a la cofradía una cantidad para tener un "seguro" de muerte, que incluía el compromiso de llevarle el viático al moribundo, un sitio de entierro en el altar del dicho santo y las oraciones que los cofrades ofrecieran por la salvación de su alma. Los más acaudalados pagaban a los niños huérfanos y a los pobres de solemnidad para que acompañaran el entierro y para que adquirieran ropa de luto y unas ceras, y además tenían la oportunidad de asistir al banquete luctuoso.

Entierro de pobres

Los pobres, por supuesto, y no sólo los indios, eran sepultados en los atrios, ya que no podían pagar para estar cerca de los santos. Envueltos en un petate (de ahí que "petatearse" sea sinónimo de morirse), se les llevaba a inhumar, la mayoría de las veces de limosna. Para los extremadamente pobres, es decir, aquellos cuyos deudos no podían pagar ni el sepelio más barato, había en la ciudad de México, en la Plaza del Volador, una cruz conocida como de Cachaza, a cuyo pie se ponían los cadáveres a fin de que la gente que pasara por ahí cooperara con una limosna para pagar a la Iglesia el arancel correspondiente. Hubo ocasiones en que el virrey tuvo que exigir al cura párroco en cuestión que le diera sepultura al pobre aunque no fuera suficiente la limosna, ya que el cadáver estaba en plena descomposición y hedía mucho.

Las reformas borbónicas y el siglo XIX

A partir de 1700, la dinastía francesa de los Borbones ascendió al gobierno de España y sus colonias. Estos reyes impusieron un pensamiento avanzando y científico, propusieron el libre comercio, separaron el poder material del espiritual y le quitaron a la Iglesia católica muchos beneficios que con los siglos había obtenido.

La Ilustración trajo además una nueva manera de ver la vida y, por supuesto, la muerte. Se buscó vivir mejor y estar sano para trabajar, así que la enfermedad y la muerte tuvieron nuevos espacios, alejados de la vida cotidiana, y debían evitarse lo más posible. Se consideró laico el cuerpo y a la enfermedad como resultado de la mala alimentación, de las condiciones antihigiénicas y de las costumbres desordenadas. Los aires y las aguas debían circular, y las basuras y excrementos salir de las ciudades, pues fueron considerados elementos importantes del contagio por medio de los miasmas.

La legislación dispuso que los muertos fueran sepultados en las afueras de los poblados, donde se cruzaran los vientos, es decir, en sitios elevados, y dejar el centro del pueblo para los vivos. La Iglesia se resistió y azuzó a los creyentes a oponerse a estas medidas, pues el gran negocio de los lutos y los lucrativos bienes que aquéllos dejaban al morir para los sufragios por sus almas ya no quedarían en manos de la institución.

Con el libre comercio, la Nueva España y luego México permitieron que individuos de otras religiones, cuya entrada a territorios españoles anteriormente estaba prohibida, se instalaran aquí, aunque al morir no podían ser sepultados en las iglesias católicas, así que fueron creando sus propios espacios de la muerte, y surgieron entonces los panteones por nacionalidad. El primer cementerio no católico fue el de los ingleses, al que en 1822 se le otorgó un terreno, donde hoy está el cementerio norteamericano. Cada invasión extranjera a nuestro país dio lugar a un nuevo panteón. Crear cementerios civiles públicos fue tarea del México independiente. La danza macabra laica duró más de un siglo, pues si el *colera morbus* de 1833 obligó a que las fosas comunes se hicieran fuera de los pueblos, pasada la pandemia se volvió a enterrar en los pisos de las iglesias. Sería la Ley de Inhumaciones que decretó Benito Juárez en 1859, la que volvió a la "pelona" laica y gratuita.

Hoy, un siglo y medio después de esa ley, y gracias a la cremación, la Iglesia católica conserva las cenizas de los difuntos en sus criptas palomares, mientras que los cementerios quedarán un día como partes del patrimonio cultural, como documentos históricos del manejo del cuerpo muerto, si bien les va.



FOTO: DOLORES DALHAUS / ASOCIACIÓN DE AMIGOS DEL MUSEO NACIONAL DEL VIRREINATO

Relicario con un hueso del papa San Bonifacio. Los relicarios guardan las partes de santos que fueron objeto de *traslatio* de España a América.

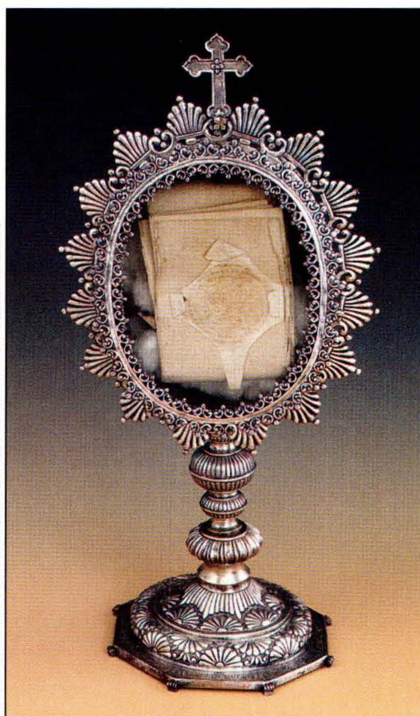


FOTO: DOLORES DALHAUS / ASOCIACIÓN DE AMIGOS DEL MUSEO NACIONAL DEL VIRREINATO

Relicario con una parte del maxilar de San Lúcido Mártir. Las primeras reliquias traídas de España fueron objeto de grandes ceremonias. A su paso desde el puerto de Veracruz hasta la capital de Nueva España, se colocaron arcos de flores, se hicieron procesiones y se dijeron muchas oraciones.

Elsa Malvido. Historiadora. Investigadora del INAH, en donde desde hace 30 años coordina el Seminario de Demografía Histórica, el Taller de Estudios sobre la Muerte y el Proyecto de Salud-Enfermedad de la Prehistoria al Siglo XX.

Orígenes del culto a San Pascual Bailón-Muerte en el sur de Mesoamérica

CARLOS NAVARRETE



FOTO: CARLOS NAVARRETE

San Pascual Bailón, patrón de la eucaristía y de la cocina. Pintura popular mexicana, posiblemente del siglo XIX.

En gran parte de la hoy república de Guatemala y del estado mexicano de Chiapas, se originó durante la época colonial el culto popular al llamado Rey San Pascual o San Pascualito Rey, producto de la fusión de antiguos conceptos indígenas relacionados con una deidad Muerte y San Pascual Bailón, personaje del santoral católico, de figura esquelética. Para entenderlo conviene remontarnos a sus antecedentes europeos, pues muchas formas del ritual y de las ideas que lo acompañan llegaron a América con los conquistadores y la consecuente evangelización.

El culto a San Pascual Bailón, patrón de los congresos eucarísticos, de la cocina y de la repostería, es un símbolo del sincretismo en Guatemala y Chiapas. Para entender el porqué en este santo recae la figura de la muerte, hay que conocer su historia.

ANTECEDENTES EUROPEOS

En las postrimerías del siglo XIV, a consecuencia de la "peste negra" que invadió todo el viejo mundo, surgió un terror colectivo que se tradujo en una serie de manifestaciones cultas y populares en las que la muerte era la figura mayor, entronizada como verdadera monarca del hombre. Era un terror repentino que llegaba al azar, en barco o en las sendas orientales del buhonero. Cundió el pesimismo en décadas, y regiones enteras se deshabitaron a consecuencia del desastre económico y demográfico que produjo la peste. Las amenazas proferidas en los sermones aterrorizaron más a la gente porque se relajaron las costumbres ante el apremio de vivir y los frailes urgían el arrepentimiento. La angustia ante el final latente vio surgir en Europa las "danzas de la muerte", uno de los rasgos que mejor definen el pesimismo universal que invadió la Edad Media tardía. En el momento de surgir este nuevo género, la manía de la danza reflejaba una especie de histeria común en el ambiente social e intelectual de la época.

Las pestes se sucedieron y toda Europa danzó. La muerte llegó a los mercados, y en las plazas ya no fue uno sino varios esqueletos los que tomaron de la mano a jerarcas y serviles, ricos y pobres, recordándoles a los hombres la fragilidad de lo terrenal y la corrupción de la carne. La saga americana de estas danzas derivó en Chiapas en *La loa de la muerte y los doce vanidosos*, obra de teatro que se representaba en Chiapa de Corzo durante los días de muertos a principios de noviembre. El clima del texto es apocalíptico en el parlamento final, en el que la muerte detiene la huida angustiosa de los pecadores:



FOTO: CARLOS NAVARRETE

Imagen coronada dentro del carretón. Las joyas que adornan el hábito son obsequios de personas favorecidas con milagros.

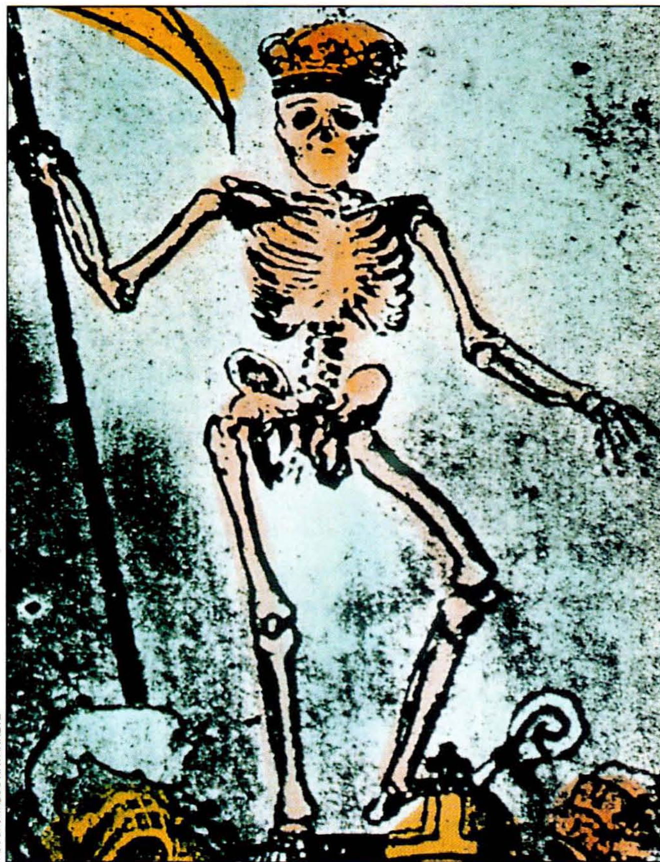


FOTO: CARLOS NAVARRETE

Estampa guatemalteca del Rey San Pascual. Lleva una corona y a sus pies están los símbolos del poder y las jerarquías abolidas.

Inútil es que corráis
almas enfermas, sin vida,
que no hay luz en quien reniega
del poder que nos alumbra.
No huya el cobarde que niega,
tiemblen ya las vanidades,
caiga el oro que convida,
los cetros, las nimiedades,
el placer que todo miente
y las glorias terrenales.
Recordad que la simiente
hace a la planta brotar
y si la podre es latente
su raíz hay que arrancar:
así con los pecadores
que a Dios del cielo olvidaron,
serán zurco de aradores
que sus cuerpos devoraron.
Ya es hora de que vayáis
olvidando necedades,
arrepentíos que llega
vuestra hora señalada.
Pensad en ello mortales
que extinguiéndoos estáis,
y al fuego de los infiernos
ya es hora de que partáis.

De Europa vinieron tratados sobre la manera de prepararse a bien morir *–ars moriendi–*, y en los muros de las iglesias se pintaron escenas con la obsesión cotidiana de la peste. Siglos después de pasado el flagelo se le siguió recordando con horror. Se cruzaron tradiciones y los rasgos nacidos del temor pasaron de un país a otro en incesante recreación. No fue una influencia la que llegó a América, sino un amplio complejo de creencias, supersticiones y potencias.

De Europa a América

Llegaron el demonio y el infierno, el afán de mostrarle al vulgo nuestro breve tránsito por la tierra fomentando el temor a Dios, y las visiones de la muerte pronto aclimatadas. En México se publicó una ficción moralista *–La portentosa vida de la muerte–* en cuyo grabado principal se le ve reina y soberana, y en los murales del convento de San Francisco, en La Antigua, Guatemala, porta la tradicional guadaña. Se le esculpió coronada en el claustro de las Capuchinas y en Santa Prisca. Son incontables los grabados y pinturas donde se le presenta segando vidas que el demonio acecha, o como intermediaria inflexible para con las almas que rescata contra legiones de diablos que entorpecen el camino con halagos y ofrecimientos de vida eterna. Su actitud se manifiesta en los "textos de diablos" de las danzas indígenas y mestizas de México y Guatemala, en cuyo sentido hay un trasunto de viejas formas ibéricas.



FOTO: CARLOS NAVARRETE

***Noche de ronda de San Pascualito*, grabado del artista chiapaneco Franco Lázaro Gómez. En él se aprecia el carretón de los difuntos, que se escucha llegar al final de la agonía (1942).**



"Paso" de la muerte del Santo Entierro, como "Reina y Soberana del Mundo". Templo de Santo Domingo, ciudad de Guatemala (1989).

Con el cristianismo llegó también el concepto de las jerarquías abolidas, otro tema favorito expuesto en las iglesias en túmulos o piras funerarias erigidas con motivo del fallecimiento de grandes personajes, ostentación y lujo exigidos por los cumplimientos de la sociedad colonial. En ellas la calavera y las tibias constituían la decoración básica, pero las hubo con la Muerte Reina representada en bulto en Guatemala durante las exequias de Carlos III en 1798. Son precisamente estas expresiones funerarias las que, según Luis Luján, fueron definitivas en el origen de la devoción por el Rey San Pascual en Guatemala, y por ende en Chiapas. Resulta lógico suponer que todas estas manifestaciones fueron lentamente incorporadas al pensamiento indígena, que escogió lo más cercano a sus inquietudes, una de las cuales era precisamente la muerte.

De acuerdo a las "formas muerte" que arribaron de Europa, la imagen y estampa del Rey San Pascual conocida en Guatemala está de pie, mientras que las esculturas chiapanecas representan al esqueleto yacente dentro de un ataúd-carretón, reminiscencia de la alegoría del "triunfo de la muerte", imaginada en carroza, carruaje, carreta o carretón, y como síntesis conceptual un ataúd con ruedas.

De la muerte a San Pascualito

Ahora bien, ¿cómo se manifestó el cambio y qué motivó el proceso de sincretismo, y por qué con San Pascual Bailón en la figura de la muerte?

En primer lugar debemos aclarar quién fue San Pascual. Sabemos que nació en la población de Torre Hermosa, provincia de Aragón, España, el 17 de mayo de 1540. En 1565 ingresó en la orden franciscana, donde se caracterizó por su vida ejemplar pletórica de bondad y de fe cristiana. Murió el 17 de mayo de 1592. Fue beatificado en 1618 y canonizado en 1690. Se le considera patrón de los congresos eucarísticos, por lo que en su iconografía se le ve acompañado de una custodia o un cáliz. También santifica la cocina y la repostería, que bien elaborada dista mucho de tener que ver con la muerte, y se le presenta levitando, por ser uno de sus milagrosos atributos.

En su trayectoria como personaje del santoral son importantes dos fechas, la de su beatificación en 1618 y la de su canonización en 1690, pues ambos acontecimientos tuvieron que haber sido celebrados por los frailes de la orden de San Francisco, lo que indudablemente trascendió a la población indígena. En ambas ocasiones se erigieron túmulos funerarios en toda la provincia, ante la mirada atónita de los indígenas, que comenzaron a asociar el nombre de San Pascual Bailón con la estampa de la muerte que los presidía.

A esas fechas podemos agregar la correspondiente a un hecho que tuvo mucha trascendencia en la vida indígena: la peste que hacia 1650 se desató en la provincia de Guatemala, llamada por los pipiles *cocolistli* y por los cakchiqueles *cumatz*, términos que significan "culebra". Parece que se trata de la misma enfermedad conocida en náhuatl como *matlalzáhuatl*, que



El altar mayor en la actualidad. La imagen de San Pascual Bailón en el mural parece levitar sobre el carretón. Templo-catedral de San Pascualito (1979).

significa "dolor azul", identificada con el tifo exantemático que asoló las tierras sureñas.

Por los relatos sobre la forma como surgió el culto a San Pascual en la figura de aquellas "armazones de la huesa", la coincidencia de las fechas de la peste con los actos oficiales de la beatificación y la canonización del santo español, más el antecedente de una devoción indígena por la deidad del inframundo, no hay duda de que estamos frente a un claro ejemplo de sincretismo religioso.

Según historiadores y cronistas de la Colonia, como fray Francisco Vásquez y Antonio de Fuentes y Guzmán, la *matlalzáhuatl* se manifestaba con vómitos y deposiciones intermitentes, y provocaba en el vientre la sensación de que una culebra se retorcía y "daba vuelcos", habiéndose dado el caso de que una enferma echara "por las vías culebras disformes, y crecidas, con cuyo espanto y los tormentos que había padecido, murió echando de si aquellas sabandijas".

Un indio anciano que era principal del pueblo de San Antonio Aguascalientes, vecino del valle de Guatemala, y que padecía la enfermedad, tuvo la visión de que se le aparecía "un personaje hermoso" vestido con las ropas talares del hábito de San Francisco. Habiéndole inquirido por su nombre, el personaje le contestó preguntándole a su vez la razón por la que no celebraban fiestas en honor de San Pascual Bailón. El anciano dijo ignorarlo, y le pareció que los indios nunca habían oído hablar de él ni de su nombre. La visión se presentó a sí misma como San Pascual Bailón y le pidió comunicarle a los demás indios la disposición que tenía de ser su patrón, y que le llamasen haciendo imágenes y retratos suyos, para que con su intervención se libraran de los contagios que los afligían: "Como señal de que tú eres mi mensajero, dijo el santo, morirás dentro de nueve días, y desde ese momento cesará la pestilencia y no morirá otro indio".

El enfermo llamó a los cofrades y al cura doctrinero y les comunicó lo que había pasado, exhortándolos a rendirle devoción a San Pascual. Con la certificación de su muerte la enfermedad cesó en el plazo convenido, y desde ese día los pueblos comarcanos se esmeraron en rendirle culto al nuevo Santo Patrón, que pronto se difundió por todos los ámbitos de la provincia franciscana, aunque con la salvedad de que el nombre de San Pascual Bailón le fue asignado a una imagen esquelética coronada (véase recuadro).


FOTO: CARLOS NAVARRETE

Cada año la imagen es sacada de su carretón y expuesta a los fieles cubierta con un sudario. Feria de San Pascualito (1979).


FOTO: CARLOS NAVARRETE

El carretón con el esqueleto en el altar mayor, en un día normal en el templo de Tuxtla Gutiérrez (1969).


FOTO: CARLOS NAVARRETE

Las ofrendas llegan cargadas en las "enramas". Feria de San Pascualito (1969).

La reacción de las autoridades eclesiásticas fue radical. Con el fin de erradicar el culto se retiraron de las capillas las figuras alegóricas de la muerte, se prohibió su presencia en los altares domésticos, y en los atrios de las iglesias se quemaron las "armazones". Incluso dejó de sacarse el Viernes Santo el anda con la advocación de la "Reina y Soberana del Mundo" que presidía la procesión del Santo Entierro, para evitar que la multitud indígena la siguiera durante el cortejo.

El culto sobrevivió de manera oculta y persistió a través del siglo XIX y del presente. Fueron inútiles las invocaciones desde el púlpito y, durante la época republicana, las campañas desfanatizadoras de los gobiernos liberales. Actualmente los dos sitios principales que concentran la devoción, con fiestas importantes y peregrinaciones, son Olintepeque, Guatemala, y Tuxtla Gutiérrez, capital de Chiapas.

Su culto en Chiapas

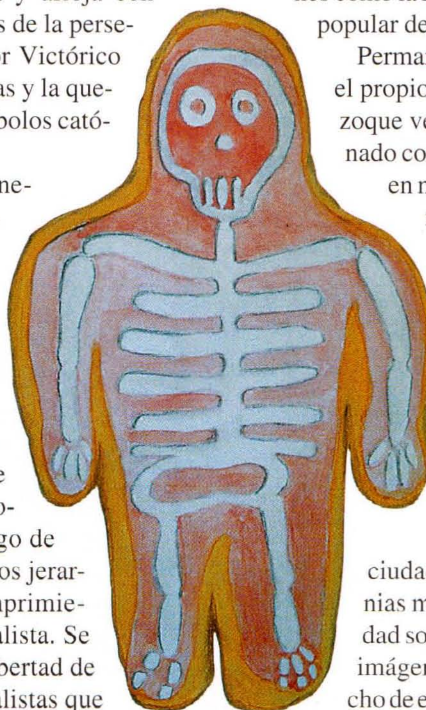
Aunque desde finales del siglo XVI hay noticias de que en el interior del cañón de El Sumidero le hacían rezos y ofrendaban a una calavera, y de que en 1601 en la iglesia de San Marcos Tuxtla celebraban con danzas a un esqueleto "de indio", sobre Tuxtla Gutiérrez sólo encontramos un documento directamente alusivo del año 1872: el acta constitutiva de una hermandad dedicada a la veneración de San Pascual Rey. Desde entonces, no han sido pocas las veces en que la imagen ha tenido que ser protegida con acciones de resistencia popular, en grupo o individualmente.

En 1914 llegaron las tropas constitucionalistas del general Jesús Agustín Castro, y se dio orden de destruir la imagen porque se consideró que el culto era idolatría pura. Los indígenas zoques, capitaneados por el mayordomo del santo, lo sacaron de su capilla y lo fueron a esconder al monte. Se dice que la tropa llegó al extremo de atormentar a alguno de los más cercanos devotos con tal de averiguar su paradero. Pero todo fue inútil. Actualmente aquel viejo mayordomo, tata Toño Morales, es

uno de los espíritus más populares en las sesiones de mediums debido a los múltiples beneficios que se le atribuyen, en lo que influyó decisivamente su vínculo con el culto.

A los dos años de haber salido los carrancistas volvió San Pascualito al templo, un tanto a la fuerza pues el cura encargado lo recibió de mala gana, en un estira y afloja con los devotos que culminó en 1934, en los días de la persecución religiosa desatada por el gobernador Victórico Grajales, con el consecuente cierre de iglesias y la quema pública de centenares de imágenes y símbolos católicos.

Vino otra época en que la imagen permaneció en casas particulares, en las que se le visitaba en secreto. Se recuerda un jacal humilde en los linderos de Terán; luego la casa de "doña Nachita", en el barrio de Santo Domingo, y después la de la familia de doña Simeona Sol, "de por la Lomita", donde estuvo varios años. Finalmente llegó al terreno de "doña Vicenta", quien a sus expensas levantó una sencilla capilla en el traspatio de su casa, en el sitio donde ahora está el moderno templo. Éste se encuentra hoy a cargo de la Iglesia Ortodoxa Católica Mexicana, cuyos jerarcas lo elevaron al rango de catedral y le imprimieron al culto una dirección menos tradicionalista. Se trata de un lugar en el que se da la mayor libertad de creencias y actitudes: espiritistas y espiritualistas que invocan al verdadero San Pascual Bailón a través de mediums y los que claman por el viejo San Pascual Rey; curanderos embebidos frente a "su" imagen; devotos que le atribuyen al santo toda clase de misterios y poderes por encima de cualquier otro personaje del santoral católico; fieles que acuden con velas de colores por considerarlo ambivalente, capaz de favorecer o de dañar; los zoques con sus motivaciones mágicas y sus viejas creencias; merolicos que pasan a tocar tres veces el cajón para darle fuerza a sus menjurjes; pulseadores en pos de fluido, y políticos que buscan democratizar su figura pública. A pesar de que entre las nuevas disposiciones se dio un horario de oficios y todo lo que implica servicios fue reglamentado, rayando a veces en lo conservador –la misa se dice en latín y no se permite el acceso a ninguna mujer con la cabeza descubierta–, se dejaron incólumes algunas manifestaciones como la rameada, sin la cual el culto perdería su razón popular de ser.



Pan de San Pascualito. Adorna las ofrendas y se vende durante la feria anual del 14 al 17 de mayo (1969).
FOTO: CARLOS NAVARRETE

Permanecieron las cosas e imágenes más atractivas: el propio carretón en el altar mayor; una Santa Cruz zoque vestida de huipil; el Santo Niño Llorón adornado con juguetitos o prendas de vestir que le llevan en nombre de los pequeños enfermos. Como corroboración cristiana se colocó un cuadro de la Virgen de Guadalupe atrás del altar mayor, que recientemente fue sustituido por un mural donde se ve a San Pascual Bailón levitando entre los trastos de la cocina y su visión eucarística. Es éste el giro más notable que se ha dado, porque significa el retorno al San Pascual Bailón católico que está liquidando a San Pascualito Muerte.

Es en el cinturón de miseria que rodea la ciudad capital del estado de Chiapas, en las colonias marginales y en los rincones de la promiscuidad social, donde persisten los carretoncitos con las imágenes de San Pascualito esqueleto. Se oye mucho de espiritismo, curanderismo y brujería. Hay presencia cotidiana de los antepasados y eso finca las costumbres.

La sociedad en la que todo esto ocurre se moderniza con celeridad, pero el carretón de San Pascualito Rey no se da abasto en las noches para acarrear cada vez más difuntos.

Carlos Navarrete. Guatemalteco. Maestría por la ENAH. Investigador del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM. Ha trabajado principalmente en el área maya en Chiapas y Guatemala y publicado numerosos libros y artículos al respecto. Premio Chiapas 1984.

La recordación florida

De aquí difundido el caso por los pueblos de la comarca, ó ya por la evidente misericordia y protección del Santo, ó porque los indios eran tan hijos de la novedad, todos los de valle de Goathemala á competencia, se esmeraban en la devoción y cultos de su santo, experimentando en sí por su santa intercesión y abogacía grandes misericordias y maravillas, en cuantas cosas le encomendaban y pedían.

Pero como su ignorancia es tanta, o acaso de unos en otros corriesen la noticia adulterada, equivocando el santo con la figura de la muerte, o dándose a pensar que la imagen de la muerte era representación de San Pascual Bailón, que perdonaba a las personas enfermas que quería, dieron a fabricar estatuas de la muerte de escultura con titulo de San Pascual, tantas que no había casa de indio en donde no se encontrasen dos y tres grandes y pequeñas, colocadas en sus altares, con cultos de flores y perfumes, creyendo de aquel modo, equivocando la causa con el efecto, que tenía grato y muy de su parte para todo á S. Pascual, que en su opinión era la muerte (que tienen por ente positivo) y fue esta corrupción tan general y tanto el público desorden de su ignorancia, que corriendo á la noticia é inteligencia del santo tribunal de la fé, dispuso por su edicto que los curas y vicarios de indios sacasen de su podar aquellas efigies, y que en las plazas públicas y á vista del pueblo las quemasen en una hoguera, como se hizo y ejecutó con puntualidad...

Antonio de Fuentes y Guzmán, *La recordación florida*, 1690

Ofrendas y calaveras
La celebración de los Días de Muertos en el México actual

Lilian Scheffler



Ofrendas para quienes fallecieron a causa de un accidente a orillas de las vías del ferrocarril. Se acostumbra colocar este tipo de ofrendas el 28 de octubre, día que se dedica a los muertos por violencia, asesinados o accidentados.

El culto a los muertos ha existido en todas las culturas, pues el hombre siempre ha realizado ceremonias en su honor, las cuales son tan antiguas como la humanidad misma. En diferentes pueblos y épocas se ha tenido la creencia de que, al morir, el alma deja el cuerpo para dirigirse a un lugar destinado a tal fin.

Por lo regular, se asevera que el mexicano concibe a la muerte como algo familiar, pues sabe que:

Es una ley bien tirana
y no hay quien la haga variar,
que toda la raza humana
al panteón ha de ir a dar.

Los antecedentes de la fiesta de difuntos actual y del concepto de la muerte entre los habitantes del país pueden encontrarse tanto en las creencias prehispánicas, como en las ideas traídas por los conquistadores y frailes evangelizadores a raíz de la Conquista.

Los nahuas tenían una clara concepción de la transitoriedad de la vida y creían que, según la forma en que se moría, se iba al Tlalocan, a acompañar al Sol en su recorrido, o al Mictlan, y las almas de los bebés al Xochatlapan o Chichihualcuauhco, representado por un árbol nodriza. En diferentes fechas, se dedicaban a los muertos festividades con ofrendas y cantos.

La destrucción de la civilización indígena se justificó como una misión para implantar la verdadera fe. El culto a la muerte

se eliminó casi por completo, pero el culto a los muertos, a los antepasados, persistió con la fusión de ideas prehispánicas y costumbres españolas.

Algunos investigadores hispánicos señalan que en la península ibérica, durante el siglo XVI, se hacía una visita anual al cementerio y se colocaban pan, vino y flores en las sepulturas. En la celebración de Todos Santos se preparaba una comida en recuerdo de los muertos. En Salamanca y León se repartía "pan de muerto" entre los pobres, y en Segovia, el día de los Fieles Difuntos, se les daba "pan de ánimas".

La creencia de que las almas volvían a la Tierra existió también en algunos pueblos de España: el día de su llegada, las personas no se acostaban para que las almas pudieran descansar en sus camas. Otros elementos que aún perduran son las velas y las lámparas de aceite para guiarlas, y el recipiente con agua para calmar su sed.

Con el cristianismo se difundió la idea de que, según la conducta observada en vida, a los muertos les esperaba el cielo, el infierno, el purgatorio o el limbo. Estas creencias se sincretizaron, en mayor o menor medida, con las de los grupos indígenas y mestizos, lo que dio lugar a las festividades que, con algunas modificaciones, han llegado a la época actual.


FOTO: LILIAN SCHEFFLER

"Primera ofrenda", en San Francisco Tetlanohca, Tlaxcala, en la que se van colocando chiquihuites y canastas con *cempoalxóchitl*, así como velas y panes obsequiados por los visitantes.

Días de Muertos en la actualidad

Las celebraciones se realizan los días 31 de octubre y 1o. y 2 de noviembre, señalados por la Iglesia católica para honrar la memoria de Todos Santos y de los Fieles Difuntos. En las zonas indígenas y rurales uno de los rasgos más importantes de estas fiestas es la ofrenda, basada en la creencia de que los muertos regresan para disfrutar de la esencia y el aroma de lo que sus parientes les ofrecen.


FOTO: LILIAN SCHEFFLER

Arreglo de una "primera ofrenda" entre los zapotecos de Juchitán, Oaxaca, para el difunto que llega por primera vez después de su muerte. Se coloca en una estructura con diferentes niveles, adornada con papel picado negro por ser para un adulto.

Se dice que las almas llegan en orden. Quienes mueren el mes anterior a Todos Santos no reciben ofrenda pues carecen de tiempo para obtener permiso y acudir a la celebración, y los que fallecen el día de la fiesta fungen como ayudantes de los demás. El 28 de octubre se dedica a los muertos por violencia, asesinados o accidentados y, cuando se conoce el sitio del percance, se llevan ahí flores de muerto y velas e, igualmente, se enciende una veladora para el Ánima Sola. El 30 de octubre se ofrendan flores blancas y una veladora a los niños que murieron sin ser bautizados, quienes son llamados "limbos" o "limbitos".

El 31 de octubre se pone la ofrenda de los "chiquitos" o "angelitos", que consta de flores blancas, juguetes, panecitos, veladoras y platos con dulces. Al mediodía las campanas de la iglesia repican para indicar su llegada, se prende copal en un incensario rosa o azul y se reza una oración. El 1o. de noviembre, a la misma hora, las campanas comienzan a doblar para dar la bienvenida a los "grandes".

Colocación de la ofrenda

En una mesa que se cubre con un mantel o con papel picado, situada junto al altar familiar, se coloca la ofrenda, que contiene panes, veladoras, dulces preparados, mole con pollo o guajolote, tamales, frutas, flor de muerto o *cempoalxóchitl*, bebidas alcohólicas y un vaso con agua bendita.

Asimismo, para guiar a las almas se hace un camino con pétalos de dicha flor desde la ofrenda hasta la calle; se prende copal en un incensario negro y luego se reza. En algunos pueblos los rezanderos elevan plegarias en las casas, a veces acompañados por una banda, que el día de los angelitos toca melodías alegres, y el de los grandes, música fúnebre.

El 2 de noviembre se acude al panteón para arreglar y adornar las tumbas. En algunos lugares se va a misa y el sacerdote recorre los sepulcros rezando responsos. Después, las familias regresan a sus casas y, por la tarde, se realiza la "levantada" de la ofrenda. Se dice que para entonces los alimentos ya han perdido su aroma, y con ellos se da la "ofrenda" o la "calavera" a parientes y amigos, con lo que finaliza la festividad, aunque hay sitios donde las ceremonias se repiten en la "octava" de la fiesta. En algunas áreas la costumbre se refuerza con la narración de relatos alusivos, cuya función es validar la cultura, justificar los rituales

y mantener patrones de conducta, a la vez que ejercer un control social con objeto de no perder esta tradición.

Costumbres regionales

Como ejemplo de las diferencias existentes en la forma en que diversas etnias celebran esta festividad, se puede mencionar que entre los otomíes de San Pablito, Puebla, los muertos son considerados seres sobrenaturales que ayudan o perjudican al hombre.



FOTO: LILIAN SCHEFFLER

En San Nicolás Terrenate, Tlaxcala, el 2 de noviembre se visita el panteón para arreglar y adornar las sepulturas.

Para honrar su memoria y lograr que sean favorables, el 31 de octubre se arreglan los altares en las casas: se les adorna con un arco de ramas recubierto con hojas de plátano y se colocan velas, platillos diversos, cigarros, panes y bebidas alcohólicas. Generalmente se les recibe con música, y se espera que los habitantes del pueblo se muestren felices y no incurran en conductas que los molesten.

Entre los zapotecos del istmo de Tehuantepec, Oaxaca, se cree en los presagios que anuncian la muerte, como, por ejemplo, que una mariposa negra entre en la casa o que se escuche el canto de una lechuza cerca de donde está un enfermo. Las ofrendas más importantes son las de los difuntos que llegan por primera vez después de su muerte, llamadas "primera ofrenda", las cuales abarcan casi todo un cuarto, en donde se construye una estructura con niveles decorados con papel picado sobre los que se colocan la fotografía del difunto, velas de cera de abeja, veladoras, frutas, tamales, panes, dulces, incensarios en los que se prende copal, cigarros, refrescos y mezcal.

En algunos pueblos de Tlaxcala también la "primera ofrenda" es la más relevante. Los parientes, compadres y amigos llevan chiquihuites con flores, velas, panes y frutas. Cada vez que llega un visitante, el familiar más cercano al difunto –esposo (a), padre o hijo mayor– le habla como si éste estuviera presente, y le dice quién llegó y qué le lleva. La puerta de la casa se decora con *cempoalxóchitl* y, cuando van al panteón, llevan una corona grande adornada con esas flores para dejarla en la tumba.

En las zonas urbanas del país también se colocan ofrendas y se visitan los panteones para llevar flores. Las vitrinas de las panaderías se decoran con pinturas alusivas a la fiesta y al "pan de muerto" que le es característico. En las tiendas se venden calaveras de azúcar con ojos de papel lustre y un nombre en la frente, y en los mercados hay veladoras, incensarios, esqueletos que salen de sus ataúdes al jalar un cordón, animalitos y animitas de alfeñique y otras artesanías propias de la celebración.



FOTO: LILIAN SCHEFFLER

El *cempoalxóchitl*, flor propia de la festividad, se cosecha en diferentes pueblos. En algunos se transporta a lomo de burro y se vende en los mercados.



FOTO: LILIAN SCHEFFLER



FOTO: LILIAN SCHEFFLER

El santoral católico dedica el 2 de noviembre a honrar a los Fieles Difuntos, fecha popularmente conocida como Día de Muertos, pero en la tradición mexicana la celebración se realiza durante varios días, por lo cual es conveniente llamarla Días de Muertos. *Izquierda:* Durante esas fechas se venden en tiendas y mercados calaveras de azúcar con ojos de papel lustre y un nombre sobre la frente. *Derecha:* Ejemplo de pintura popular en la vitrina de una panadería de la ciudad de México, que anuncia el "pan de muerto" típico de la celebración.

Las "calaveras"

Otro elemento urbano de los Días de Muertos son las "calaveras", ingeniosos versos populares, satíricos y festivos, que comentan en forma de epitafio las acciones de personas vivas –sin respetar posición social, política o eclesiástica– y aparecen en periódicos, revistas y hojas separadas. Son versos de origen colonial relacionados con expresiones de la Edad Media europea como la "danza de la muerte", y con la concepción prehispánica de que la muerte es inseparable del ser humano. Las "calaveras" alcanzaron gran auge a principios de este siglo, cuando José Guadalupe Posada ilustró muchas de ellas y presentó esqueletos ataviados en muy diversas formas, tradición que continuaron los artistas y grabadores del Taller de la Gráfica Popular.

En las ciudades se asiste a ver la obra *Don Juan Tenorio* de José Zorrilla, que se presentó por primera vez en 1863 en el Teatro Iturbide, como se hacía en España; después se montó en otros teatros y, desde entonces, se han presentado *Tenorios* serios, cómicos y parodias políticas que gozan de la aceptación del público.

Así, el mexicano actual festeja a la muerte y la percibe con cierta indiferencia, lo que se manifiesta también en canciones y corridos, e incluso en cantos infantiles:

Al pasar por un panteón
me dijo una calavera:
"Ya tengo tu casa lista
para cuando tú te mueras".

Cuando vivía el infeliz:
"¡Ya que se muera!"
Y hoy que ya está en el veliz:
"¡Qué bueno era!"

Estaba la media muerte
sentada en un carrizal,
comiendo tortilla dura
para poder engordar.

O en la gran cantidad de refranes relacionados con ella, como:"De aquí a cien años todos seremos pelones"; "El muerto a la sepultura y el vivo a la travesura".

En el lenguaje popular hay muchos nombres para la muerte: la Pálida, la Huesuda, la Tilica, la Parca y la China Hilaria, entre otros, y definiciones para el morir: estirar la pata, colgar los tenis, clavar el pico, irse al otro barrio, etc. Además, en los epitafios de algunas tumbas, se ve la misma actitud:

Aprended vivos de mí
lo que va de ayer a hoy,
ayer como te ves fui
y hoy calavera soy.

Por todo lo anterior, se dice que el supuesto desprecio del mexicano por la muerte se matiza con el culto que le profesa. Las calaveras de azúcar y los esqueletos movibles se burlan y afirman la poca relevancia de la existencia humana, o sea que la muerte no lo asusta porque: "la vida se ha encargado de curarlo de espantos".

Lilian Scheffler. Licenciada en psicología por la UNAM y maestra en antropología, con especialidad en etnología, por la ENAH. Durante 25 años fue investigadora en la Dirección General de Culturas Populares y actualmente colabora en Panorama Editorial, donde ha publicado varios libros.

El muerto al hoyo y el vivo al pollo

Elisa Ramírez

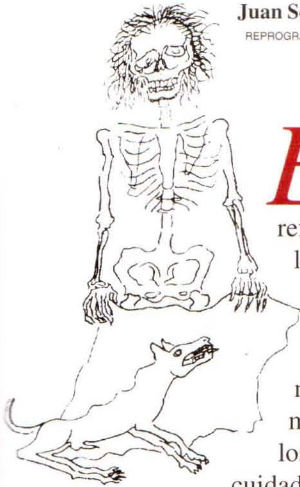


FOTO: CARLOS ALCÁZAR / GALERÍA JUAN MARTÍN

Francisco Toledo, *Sirviendo la copa*, 1989. Acuarela sobre papel amate. 35 x 50 cm.

Si en todas partes estás,
en el agua y en la tierra,
en el aire que me encierra
y en el incendio voraz;
y si a todas partes vas
conmigo en el pensamiento,
en el soplo de mi aliento
y en mi sangre confundida,
¿no serás, Muerte, en mi vida,
agua, fuego, polvo y viento?

Xavier Villaurrutia, "Décima muerte"



Juan Soriano, dibujo de la obra *Vida y muerte*, 1997.
REPROGRAFÍA: MARCO ANTONIO PACHECO / ARCHIVO *PAULA*

En todas las culturas y en todos los tiempos, la muerte ha sido objeto de reflexión, ceremonias y rituales. Es el tránsito más duro e inexplicable para los hombres –con la sola excepción tal vez del nacimiento–, y la separación del mundo de los vivos y el de los muertos requiere minuciosos cuidados y es motivo de rigurosos tabúes. Las religiones se han preguntado e intentado responder acerca del destino de los muertos, y prometen una vida posterior o el retorno a nuestro mundo. El impacto de la muerte sobre los vivos y su actitud ante la pérdida llena miles de libros de psicología, antropología, escatología y demás. Todas las mitologías narran el viaje de los muertos al inframundo y las peripecias que se deben enfrentar allá; sacerdotes, chamanes y héroes son los únicos que logran franquear las fronteras entre ambos mundos.

El arte y la muerte

También el arte se ocupa de este tema: teatro, danza, poesía, plástica y artes populares. La muerte y el duelo son tema obligado prácticamente para todos los escritores y poetas. Sobresalen en nuestra literatura "Algo sobre la muerte del mayor Sabines", poema que Jaime Sabines escribió tras el fallecimiento de su padre, y *Nostalgia de la muerte*, de Xavier Villaurrutia. Ante el carácter absolutamente misterioso de la muerte, la literatura borda sobre el oscuro fin de toda vanidad, sobre la brevedad e incertidumbre de la vida, sobre nuestro breve tránsito por el mundo, al que sólo llegamos prestados: "Muerte sin fin", de José Gorostiza, sería el ejemplo moderno más representativo de este tipo de poesía.

En las artes plásticas mexicanas sobresalen los retratos mortuorios de la Colonia: las monjas coronadas. Ricamente ataviadas, muestran una muerte plácida. Para las monjas, casadas místicamente con Cristo, la muerte es el momento de celebrar los verdaderos esponsales en la Santa Gloria. También los niños muertos (y bautizados) van directamente al cielo; no sólo hay retratos mortuorios de los "angelitos" sino también fotografías, que hacen las veces de recordatorio para la familia y presentación ante los seres divinos –el duelo aunado a la religión, necesariamente nos hace recordar la resurrección y, sobre todo, a la Virgen María, que no hubo de esperar al fin de los tiempos para ascender con su Hijo.

José Guadalupe Posada, "Calavera maderista".
DIGITALIZACIÓN: RAÍCES

A finales del siglo pasado, a través de las hojas volantes, el grabado sale a las calles y las "calaveras" se convierten en parte de la imaginería popular colectiva. Casi todo el arte posterior acudirá a los iconos –religiosos, tremendistas y caricaturescos– nacidos del taller de Antonio Vanegas Arroyo, que resume y recrea la vida cotidiana durante casi 50 años.

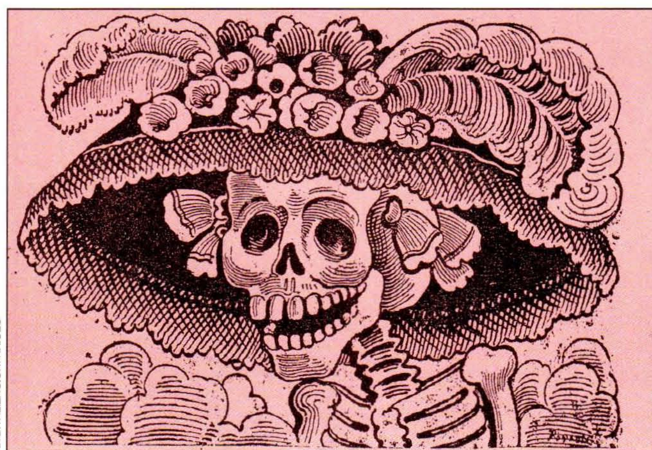
Más tarde, tras la Revolución, la muerte adquiere otro cariz en la pintura mural: es símbolo de denuncia, de sacrificio, de entrega a las causas y luchas nacionales. Más adelante la muerte pierde su carácter épico y vuelve a ser sinónimo de desasosiego, obsesión y presencia mórbida en la plástica. La muerte, así vista, suele ser solemne y lúgubre.



José Guadalupe Posada, "Calaveras de artesanos".

Imágenes de la muerte

El arte popular se apropia, difunde y reinventa rituales cristianos y paganos de toda índole para llevar a cabo velorios, entierros y tratos diversos con los difuntos (novenas, prácticas para encaminar al finado, "recogida" del altar donde estuvo tendido el cadáver y altares de muertos). Es entonces cuando la muerte y las artes se unen y se ponen al servicio del finado, a quien se extraña, se agasaja y se recuerda.



José Guadalupe Posada, "Calavera catrina".

Pero los muertos particulares son bien distintos de la muerte en general. Abundan en todo el país los cuentos populares en los que se intenta –y a veces hasta se logra– engañar a la muerte; o bien ésta apadrina y protege a algún mortal, hace pactos, apuestas y competencias con toda suerte de personajes: son éstos el lado chusco de los relatos sobre aparecidos, almas en pena, fantasmas y difuntos que retornan con encargos, reclamos y avisos.



José Guadalupe Posada, "El jarabe en ultratumba".

La herencia mexicana prehispánica y la tradición medieval europea se unen para hacer de la imagen pública de la muerte no sólo una figura amenazante, sino también otra con la cual los mexicanos se permiten familiaridades que no han dejado de asombrar a los extranjeros. Aquí, la muerte es tanto lóbrega como carnavalesca; las antiguas formas europeas de relacionarse con la muerte subsisten, se conservan y se incorporan en las tradiciones locales.

En las representaciones medievales de las danzas macabras –con la peste europea aún muy fresca en la memoria– la muerte es realmente amenazadora con su reloj de arena, su guadaña, su carreta. Las escenas de *ars moriendi*, donde el diablo y los ángeles pelean por las almas de los moribundos, fueron rápidamente incorporadas a la iconografía evangelizadora. Pero con el tiempo, y aun antes de que se decretara el carácter metafórico de las llamas del infierno, esa muerte sentenciosa y lúgubre se volvió chocarrera, juguetona y festiva –como la de los carnavales en ultramar. Las reflexiones existenciales comunes al género humano también quitan el sueño a Borola Tacuche, cuando descubre que lleva a la peloneta dentro de sí, y hacen declarar –ambiguamente– a Agustín Lara en una entrevista: "Quiero morirme lo más pronto y lo más tarde que sea posible".

Pero la lucha también tiene un matiz de mera rebatinga. Las "calaveras" –caricatura y verso sarcástico– están llenas de crítica e ironía; dan por muertos a políticos y hombres públicos con el mayor desenfado, desenterrando carroña y denunciando podredumbre. Las representaciones teatrales típicas del Día de Muertos son los *Tenorios* –bastante calavera, el tal Don Juan.

Los osarios, las calacas y los amores de ultratumba de los románticos que se desposan con el ánima en pena son ahora un regalo de dulce, con el nombre del destinatario en la frente, o huesos de masa dulce sobre la parte superior de los panes de muerto.

Tenemos calacas de alambre, de cartón, de papel, con mecanismos articulados que las hacen temblar o bailar; ataúdes

que se abren con un hilo para dejar que la huesuda muestre el letrero que lleva en las manos extendidas: "Me quité de sufrir", y procesiones de acólitos con cabeza de garbanzo que caminan al camposanto con vestidos de cartoncillo.

El duelo y el recuerdo se empatan con el festín, la preparación de altares, las visitas al panteón, la música, la bebida, las frutas y los juguetes en los primeros días de noviembre.

Los muertos regresan para acompañar a los vivos, no para espantarlos ni para acicatearlos. La muerte pasea engalanada de torero o en bicicleta, como en las estampas de José Guadalupe Posada o Manuel Manilla. La muerte lleva la vida más normal que se pueda imaginar –por paradójico que suene–: nace, crece, llora sus penas, contrae nupcias y hasta muere. Las calacas pueden vender, coser y tortear; se descoyuntan de risa con los dientes pelones; bañan a sus hijos o juegan futbol como en los dibujos de Francisco Toledo, y predican moralidad como en *La portentosa vida de la muerte*, libro de fray Joaquín Bolaños con grabados de Francisco Agüera Bustamante.

Festividades

Gran asombro produce a los extranjeros la fiesta de Todos Santos y del Día de Muertos –como a Sergei Eisenstein en su película *¡Que viva México!* o a Malcolm Lowry en su novela *Bajo el volcán*–, quienes usan las celebraciones mexicanas para dar rienda suelta a sus propias obsesiones. Los surrealistas declaran que tal convivencia con lo fantástico parece trazada siguiendo sus manifiestos. Hasta el cansancio se ha dicho que los mexicanos tienen una actitud peculiar ante la muerte. No lo sé, pero al combinar tantos elementos, lo cierto es que antes de que nos llegue la hora, hay que saludar la imagen de la huesuda que toma por asalto las vitrinas de las panaderías –con sus dibujos de yeso– y los interiores de los mercados repletos de colorinches, ricas comidas y entrañables olores.

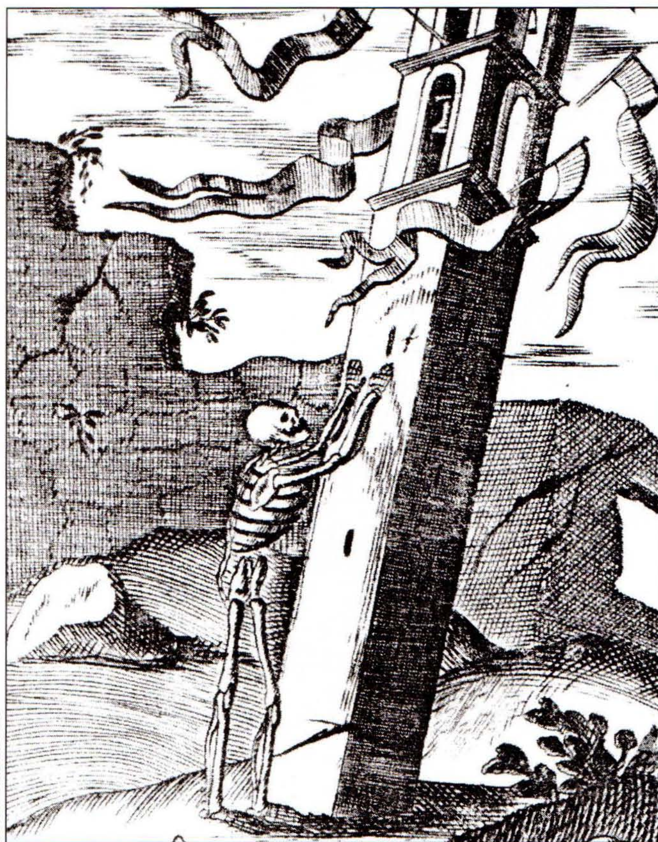
En los altares se vela a los difuntos y se les sahúma, se ponen sus fotos, se les hacen caminos de *cempoalxóchitl*: pero en este caso tiene un rostro, el de un difunto querido. Ese día se le cumplen sus gustos, se le prepara su comida favorita, se le rodea de frutas y de aromas (que es lo que comen los muertos), y a los más pequeños se les arriman juguetes. Vuelven los difuntos y, en un espacio delimitado y ritualizado, conviven sin contaminarnos, sin caer en la tentación de llevarnos con ellos –aunque todos pasemos a torcernos, tarde o temprano.

El muerto al pozo y el vivo al gozo: entre agasajo y comilona, con respeto doméstico e irreverencia pública, las fiestas de muertos parecen una burla de la incertidumbre ante la vida. Pero no nos confundamos: el "puente" de muertos que anuncian en todos los centros vacacionales es bien distinto de la pérdida o el duelo internos. La distancia entre lo trágico y lo cotidiano no se zanja, se hace visible apenas y se sortea con humor. Un serio obituario o un formal velorio están muy lejos de las caricaturas y los esqueletos de juguete.

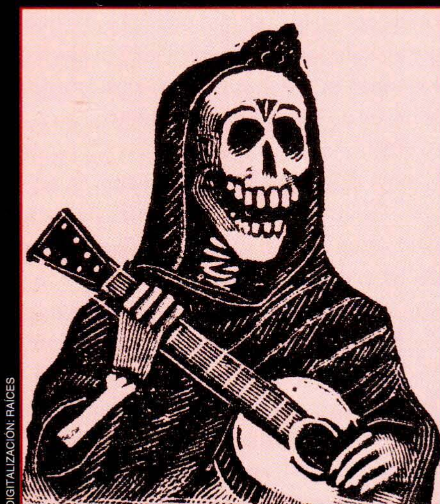
Y si bien es cierto que nadie se muere la víspera, también lo es que a todos nos llegará la hora.

Elisa Ramírez Castañeda. Socióloga, poeta, escritora para niños y traductora. Colaboradora permanente de esta revista.





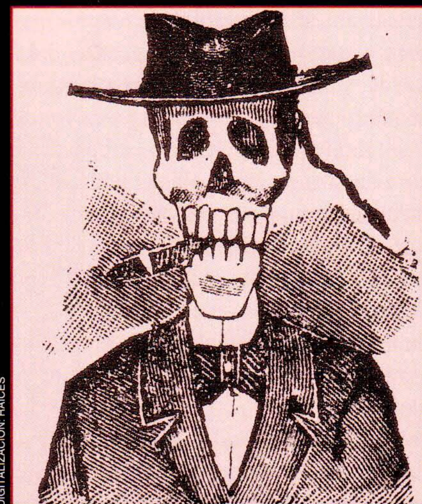
Francisco Agüera Bustamante, grabados en acero del libro *La portentosa vida de la muerte.*


DIGITALIZACIÓN: RAÍCES

José Guadalupe Posada, "Panteón de calaveras".


DIGITALIZACIÓN: RAÍCES

José Guadalupe Posada, "Calavera federal".


DIGITALIZACIÓN: RAÍCES

José Guadalupe Posada, "Calavera 'Poncianista' ".

Romance del enamorado y la muerte

Un sueño soñé doncellas,
soñito del alma mía,
soñaba con mis amores
que en mis brazos los dormía.
Vi entrar señora muy blanca,
muy más que la nieve fría.
–¿Por dónde has entrado, amor,
por dónde has entrado, vida?,
las puertas están cerradas,
ventanas y celosías.
–No soy el amor amante,
soy la muerte, Dios me envía.

Algunos sinónimos del verbo morir

Colgar los tenis
Chupar faros
Doblar el petate
Enfriarse
Entregar el equipo
Estirar la pata
Felparse
Palmarse
Pasar a mejor vida
Pelar gallo o pelarse
Petatearse
Pirarse
Quedarse tieso
Torcerse

Algunas frases curiosas

Amaneció muerto
Ya descansó
Pinto mi calavera
Caigo cadáver
Enseñar el petate del muerto
Morir fuera de su hora

Calaveras de Cupido

–Ámeme por compasión,
pedazo del alma mía.
–No me hable ya de pasión,
calavera corrompida
José Guadalupe Posada

Dos canciones infantiles

–Calavera, vete al monte
–No, señora, porque espanto.
–¿Pues a dónde quieres irte?
–Yo, señora, al camposanto.

Estaba la media muerte
sentada en un carrizal,
comiendo tortilla dura
pa'ver si podía engordar.

Refranes

El muerto y el arrimado,
a los tres días apestan.
El muerto y el ausente,
ya no son gente.
La muerte iguala.
Nadie se muere hasta
que Dios quiere.
Boda y mortaja, del cielo bajan.



Calavera de madera en su féretro.
FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / ARCHIVO *PAULA*



Pan en cerámica con forma de calavera.
FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / ARCHIVO *PAULA*



Calaveras hechas de hojalata.
FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / ARCHIVO *PAULA*



DIGITALIZACIÓN: RAÍCES

José Guadalupe Posada, "¡Ni aquí te olvidaré!"



FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / ARCHIVO *PAULA*

Alberto Castro Leñero, *Vecinos*, 1990. Óleo sobre tela. 80 x 60 cm.

Nombres de la Muerte

La Afanadora
La Amada Inmóvil
La Apestosa
La Bien Amada
La Blanca
La Cabezona
La Calaca
La Calavera
La Calva
La Canaca
La Canica
La Cargona
La Catrina
La Chicharrona
La Chifosca
La China
La China Hilaria
La Chingada
La Chinita
La Chirifosca
La Chiripa
La Chupona
La Cierta
La Comadre
La Copetona
Costal de Huesos
La Cruel
La Cuatacha
La Curamada
La Dama de la Guadaña
La Dama del Velo
La Descarnada
La Desdentada
La Dientona
Doña Huesos
Doña Osamenta
La Enlutada
La Espirituosa
La Estirona
La Flaca
La Fregada
La Grulla
La Güera
La Hilacha
La Hora de la Hora
La Hora de la Verdad
La Hora Suprema
La Huesos
La Huesuda
La Igualadora
La Impía
La Indeseada
La Jedionda
La Jijurria
La Jodida
La Liberadora
La Llorona
La Madre Matiana
La Malquerida
María Guadaña
La Matadora
La Mera Hora
La Mocha
La Novia Fiel
La Pachona
La Pálida
Patas de Catre
Patas de Hilo
Patas de Hule
Patas de Ixtle
Patas de Popote
La Parca
La Patrona
La Paveada
La Pelada
La Pelona
La Pelleja
La Pepenadora
La Polveada
La Rasera
La Raya
La Segadora
La Sin Dientes
La Siriquisiaca
La Tembeleque
La Tía de las Muchachas
La Tía Quiteria
La Tilica
La Tilinga
La Tiznada
La Tostada
La Triste
La Trompada

"Seremos", fiesta de muertos

Elsa Hernández Pons

La población de Valle de Allende, que se localiza al sur del estado de Chihuahua, conserva una hermosa, fresca y distinta tradición para el día de muertos. El día 1° de noviembre, ya entrada la noche, los niños de todas las edades se preparan para participar en esa celebración. Este día es considerado el de los niños, además de que es una noche en que se desvelan y andan por todos lados en pequeños grupitos, cantando el "Seremos":

Angelitos somos,
del cielo bajamos
a pedir limosna,
y si no nos dan,
¡...puertas y ventanas
nos lo pagarán!

Seremos, seremos,
calabacitas queremos.



FOTO: ELSA HERNÁNDEZ PONS

El "Seremos".

Esta canción recorre los puntos comerciales y más poblados de Valle durante la noche de muertos, en que se ven invadidas sus calles por pequeños grupos de entre cuatro y seis niños, que llevan un singular atavío consistente en dos sábanas (a veces cobijas o toallas, de preferencia blancas), una vela o veladora, cerillos, un crucifijo, una campana o bote con piedritas, y una bolsa para guardar dulces (antes se usaba algún morral).

Los niños se sitúan frente a las casas o comercios y por turnos van representando un ensabanado o muertito con la cara cubierta y una vela en las manos –además de llevar un crucifijo la mayoría de las veces–, alrededor del cual se arrodillan los demás del grupo y rezan primero un Padre Nuestro, después un Ave María, y por último cantan el "Seremos", haciendo ruido con un bote o una campana en las dos últimas coplas de la canción. Después de lo anterior se les da "la limosna", que consiste en dulces, galletas o dinero para cada grupo de niños. Al término del recorrido nocturno, se reparten equitativamente lo que recibieron: mientras menos niños, más les tocará al repartirse.

Esta tradición centenaria, de la que no se conoce su origen, y al parecer única en el estado de Chihuahua y otros puntos cercanos, ha variado en algunas de sus manifestaciones. El atavío original era: un costal de yute, una sábana blanca, un crucifijo, una vela o veladora, y una campana (esta última se ha sustituido por un lata vacía de refresco con piedritas). Los dulces eran tradicionales, de fabricación casera, como calabaza en tacha o "bolitas", que se preparaban con los sobrantes de dulces que se guardaban para esa fecha, y "ponte duro" (bolas de palomitas de maíz con caramelo). Se daban además frutas frescas o cacahuates tostados, galletas de animalitos, moneditas de un centavo, y en ocasiones flores. Para recoger la limosna, los niños cargaban un costal o bolsa de mandado.

En la celebración actual, si los niños no cantan bien el "Seremos", con la seriedad debida, el señor de la casa les pide que lo repitan o simplemente no se les dan dulces.

Es ésta una velada muy agradable, llena de risas, cantos y movimiento, en que las personas mayores, al recibir con la tradicional amabilidad vallera a los niños en sus casas, hacen que esa tradición se mantenga y se extienda a las nuevas generaciones, que serán las encargadas de cultivar y continuar con tan alegre festejo para recordar a los muertos.

La "rama"

Sin hacer un estudio exhaustivo, pero para difundir esta tradición y que otros investigadores la conozcan o comparen, cabe hacer referencia a otra participación infantil en la celebración de los días de muertos, que hasta los años cincuenta se mantenía en la costa de Chiapas, y que se conocía como "la rama". En esta festividad los niños se disfrazaban con sábanas y pintura blanca, y en pequeños grupos visitaban las casas donde había muerto alguna persona en el año en curso. Pedían "para su muertito" y entonaban versos semejantes a los de la pedida "de rama" de la Navidad. La rama se adornaba con listones negros o calaveritas de papel, a diferencia de la navideña, que se decoraba con esferas, escarcha y listones blancos. En la noche del día 1° y en la mañana del día 2, se veían grupos de niños recorriendo los panteones y casas. Comúnmente se les llamaba "los cai'mal" por su insistencia durante varias noches previas a la velación de muertos. Cuando se les daban comida o dulces, solían despedirse con coplas de agradecimiento, y en caso contrario, con otras de reproche:

Ya se va la rama,
muy agradecida,
porque en esta casa (o tumba)
fue bien recibida

Ya se va la rama,
cubierta de alambre,
porque en esta casa (o tumba)
están muertos de hambre



FOTO: ELSA HERNÁNDEZ PONS

El "Seremos".

Elsa Hernández Pons. Arqueóloga. Investigadora de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos, INAH.

La tumba de Miguel Ángel Asturias en París

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN

El cementerio Père-Lachaise es, sin duda alguna, el más célebre de la capital francesa. Fue inaugurado en 1804 sobre una colina oriental de la ciudad y, tiempo después, bautizado con el nombre de quien fuera confesor de Luis XIV. Sus 44 hectáreas arboladas lo convierten en la mayor de las necrópolis parisinas. Sin embargo, más que por su tamaño, la fama del Père-Lachaise se deriva de las personalidades que allí han sido enterradas. A lo largo de sus ondulados paseos reposan los restos de decenas de hombres y mujeres de talla universal, entre los que podemos citar a Molière, Jean de la Fontaine, Honoré de Balzac, Frédéric Chopin, Eugène Delacroix, Marcel Proust, Oscar Wilde, Amadeo Modigliani, Isadora Duncan, María Callas, Édith Piaf, Yves Montand y Jim Morrison.

Para los amantes de la historia del arte, el Père-Lachaise ofrece un atractivo adicional: sus monumentos funerarios conforman un variadísimo catálogo de los gustos y los estilos en boga durante los últimos 200 años. Más aún, un número significativo de sus tumbas se inspiran en estilos pretéritos como el egipcio, el clásico greco-latino, el románico y el gótico, a veces reproducidos con fidelidad y en ocasiones reinterpretados libremente. Por doquier aparecen elementos de la iconografía mortuoria de la antigüedad, tales como coronas de laurel, ánforas, urnas, esfinges, seres alados, columnas y pirámides, comúnmente elaborados con mármol blanco, lava negra de Volvic o granito de diversas tonalidades. Forman parte de este excepcional acervo arcaizante la sepultura gótica de Eloísa y Abelardo, la capilla bizantina de Anna de Noailles, el monumento griego de la princesa Deminoff, el obelisco egipcio de Jean-François Champollion y el dolmen de Allan Kardec.



Tumba de Miguel Ángel Asturias. Cementerio Père-Lachaise, París.

Aun en este contexto plástico tan disímbolo, resulta inusitada la presencia de una estela maya en la 10a. división del cementerio. Su creación data de 1976, dos años después de la muerte en Madrid del ilustrísimo escritor guatemalteco Miguel Ángel Asturias. En aquel entonces se decidió trasladar el cuerpo del premio Nobel a París e inhumarlo merecidamente en el Père-Lachaise. Tras la ceremonia fúnebre, sus restos quedaron sepultados bajo una pesada lápida de concreto que tiene una lámina metálica en la que están inscritos el nombre del autor de *Hombres de maíz*, las fechas de su nacimiento y de su muerte, y los principales reconocimientos que recibió en vida. Dicha lápida fue coronada con una réplica de la Estela 14 de Ceibal, la cual había sido descubierta 15 años antes sobre la Estructura C-18 de este conocido sitio del Río de la Pasión. Pese a carecer de fechas calendáricas, se sabe que la estela original data del siglo IX d. C. Pertenece al grupo de monumentos definidos como "no clásicos" y muestra en su cara principal a un gobernante de rasgos étnicos no mayas, que sujeta un palo curvo y un escudo con líneas horizontales.

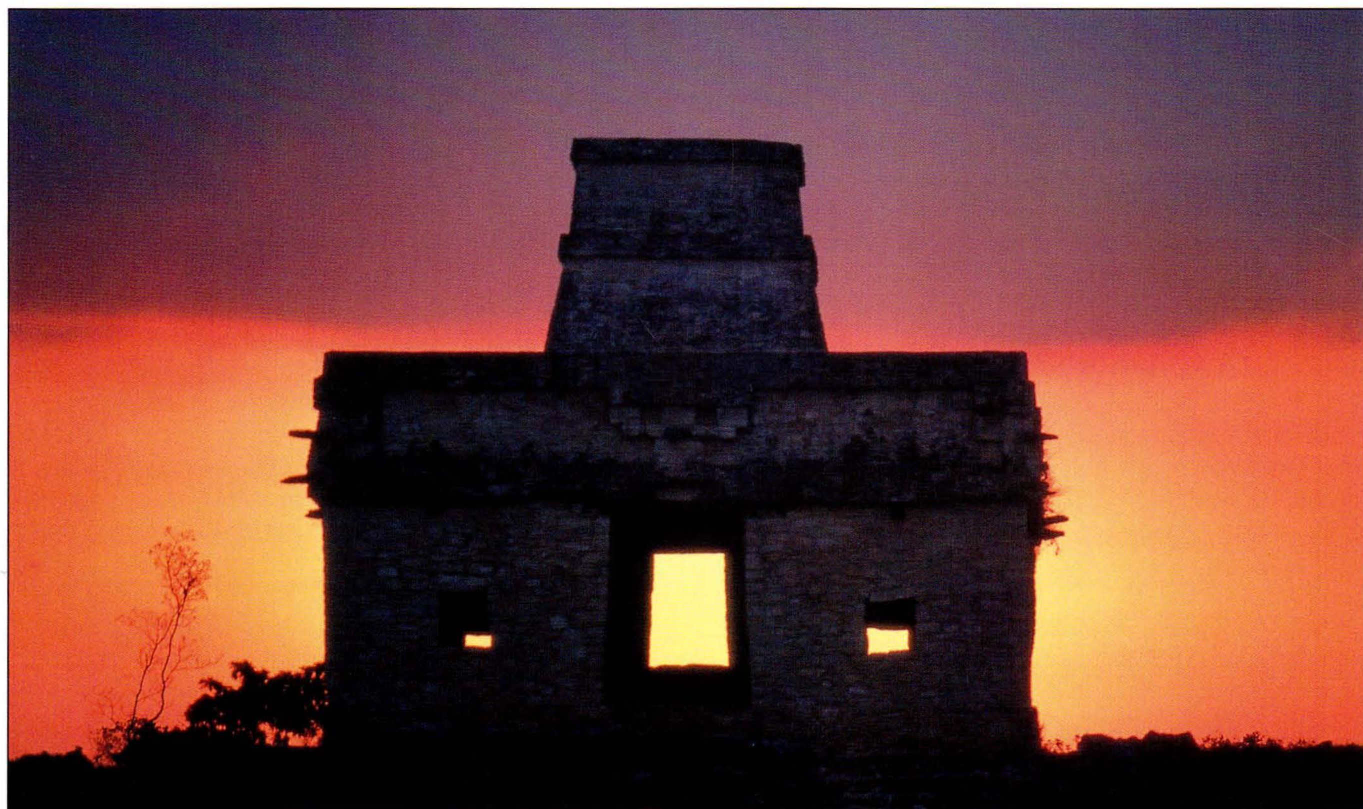
Es sencillo entender el motivo del enterramiento de Asturias en suelo francés. Desde 1923, vivió prolongados y fructíferos periodos de su existencia en París. Allí fue estudiante, agregado cultural, exiliado político y embajador de su país. En esa ciudad, Asturias escribió *Leyendas de Guatemala*, comenzó la redacción de *El señor Presidente* y tradujo al francés el *Popol Vuh*. Organizó también una magna exposición de arte maya precolombino en el Grand Palais y, en gratitud a su tierra de elección, donó el conjunto de sus manuscritos a la Biblioteca Nacional de Francia.

Por el contrario, resulta paradójico que la piedra tumbal sea la copia de un monumento dedicado a la exaltación de un belicoso gobernante de Ceibal, sobre todo si tomamos en cuenta que Asturias dedicó su vida entera a luchar por la paz y contra la terrible opresión del campesino indígena de Guatemala por parte de dictadores, caciques y compañías bananeras. La elección de la Estela 14 sólo se explica desde una perspectiva en que las expresiones culturales prehispánicas –despojadas ya de su contenido y su significado originales– suelen ser valoradas simplemente por sus cualidades estéticas, que transmiten la imagen idealizada de un pasado nacional glorioso. En este mismo sentido habría que recordar el uso de la imagen de Xipe-Tótec –divinidad vestida con la piel de un desollado– para "decorar" las postales infantiles del UNICEF.

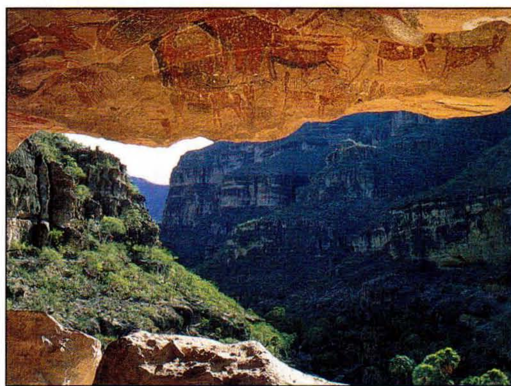
Leonardo López Luján. Doctor en arqueología por la Universidad de París. Investigador del Museo del Templo Mayor, INAH.

PREMIO
arqueología MEXICANA M.R.

EXPLORANDO EL PASADO



PRIMER LUGAR
Juan Carlos Herrera Ibarrola
Templo de las Siete Muñecas, Dzibilchaltún, Yucatán
La foto fue tomada el día 21 de marzo de 1999. Casi a las 6 a.m., el *sacbé* estaba lleno y la gente buscaba un mejor lugar. Al fondo se veía el Templo de las Siete Muñecas que, como todos los años, desde hace muchos, sería testigo de la sabiduría maya y la comunión de este pueblo con la ciencia. Mmmmmmmm-Mmmmmmmm es el sonido de la gente de otras culturas que desde lejos viene a admirar la belleza del fenómeno. Una amenazadora nube decide retirarse; el sol recién asoma justo por entre la puerta principal; los visitantes reciben la energía del astro rey; el ambiente es mágico, es el equinoccio de primavera en Dzibilchaltún.



MENCIÓN HONORÍFICA
Bill Evarts
Cueva Pintada, Baja California
La Sierra de San Francisco, en el centro de Baja California, alberga algunas de las mejores pinturas aborígenes en cuevas del mundo. Ahora, esa región es parte de la reserva de la biosfera El Vizcaíno. Cueva Pintada es el sitio con el mural más grande y famoso, y uno de los pocos lugares donde es posible fotografiar algunos pictogramas y mostrarlos en un entorno más amplio.

CONCURSO DE FOTOGRAFÍA DE NATURALEZA DE MÉXICO 1999
UNIDOS PARA LA CONSERVACIÓN











Noticias



Se descubren dos ofrendas de notable importancia en la Pirámide de la Luna en Teotihuacan

En junio de 1998 comenzó el Proyecto Pirámide de la Luna, cuyo objetivo principal es la búsqueda de información para definir la organización política y la estructura de gobierno que tuvo el estado teotihuacano. También se pretende conocer la secuencia constructiva y antigüedad de uno de los edificios más significativos de la antigua ciudad de Teotihuacan y todo lo que implica su colosal arquitectura. Este proyecto, llevado a cabo conjuntamente por el INAH y por la Universidad Estatal de Arizona, es subvencionado por la National Science Foundation y por la National Geographic Society de Estados Unidos, y en él participan varios arqueólogos y otros especialistas, que prestan sus servicios a instituciones mexicanas y extranjeras.

En la primera temporada los trabajos se iniciaron por medio de túneles excavados hacia el interior de la pirámide y también se emprendieron en otros lugares estratégicos hacia el exterior. En la segunda temporada, que se llevó a cabo en agosto y septiembre de este año, continuaron las excavaciones por medio de túneles en el interior del monumento, y también en su lado exterior.

Dos ofrendas de singular importancia han sido descubiertas hasta ahora en el interior de la pirámide, a lo largo del eje central sur-norte, que es la prolongación del eje central conocido como Calzada de los Muertos. Las excavaciones arqueológicas también han revelado una larga secuencia constructiva de la pirámide. A reserva de definir con mayor precisión sus sucesivas etapas de construcción, se señalaron provisionalmente siete momentos del desarrollo arquitectónico identificados con los números que se muestran en el plano de la p. 73.



Restos óseos y concha marina. Ofrenda 2 (Entierro 3).

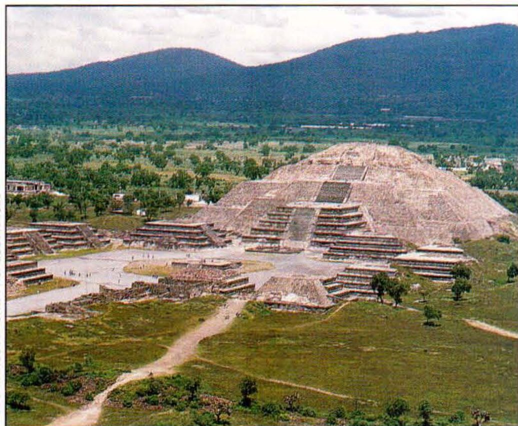


Sistema de andenes del túnel de la Pirámide de la Luna.

Entre los edificios más significativos se encuentra el edificio núm. 1, que es el más antiguo. Construido aproximadamente en el primer siglo de nuestra era, tiene una planta de forma rectangular, y sus muros en talud fueron hechos con pequeños bloques de cantera, cortados según la inclinación de las paredes.

Los edificios 2 y 3 se superponen al primer edificio, y tienen también muros en talud construidos con piedra burda y recubiertos con argamasa.

El edificio 4 cubrió completamente a los anteriores, y comparado con ellos, éste es de enormes dimensiones. De él solamente queda su desplante en algunas partes, formado con muros en talud recubiertos con una gruesa capa de argamasa de muy buena calidad. A este edificio se asocia la ofrenda hallada en la primera temporada de este proyecto, la que se ha fechado aproximadamente hacia el año 150 de nuestra era.


FOTO: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

Pirámide de la Luna. Teotihuacan, estado de México.

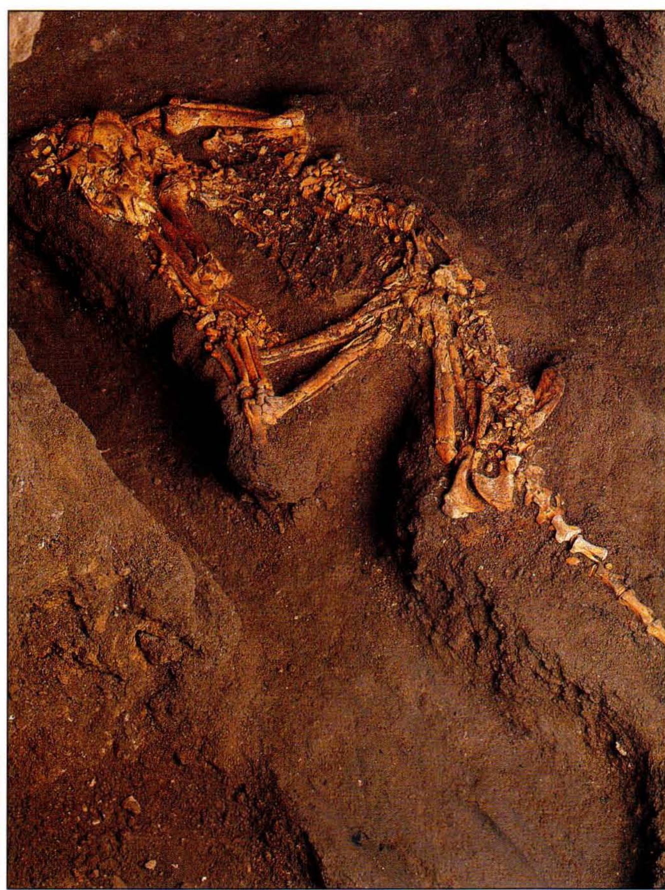
El edificio 5 corresponde a la estructura arquitectónica inmediatamente anterior a la pirámide que ahora está a la vista, y con él se asocia la segunda ofrenda, detectada en este año. Este edificio, formado con muros en talud y tablero, cubrió completamente las construcciones anteriores. Su edificación tuvo lugar posiblemente hacia el año 200 d. C., cuando sin duda se dio un cambio sustancial en la ideología de la sociedad teotihuacana, a juzgar por la nueva forma que adquirieron las estructuras arquitectónicas. Como en los edificios anteriores, de éste solamente conocemos la planta de su primer cuerpo, construido con muros en talud y tablero recubiertos con una gruesa capa de argamasa. Es muy posible que esta pirámide estuviera formada por varios cuerpos escalonados.

El edificio 6, que conforma la pirámide que conocemos, tiene un gran volumen de cuerpos escalonados formados con altos muros en talud, y una plataforma adosada construida con muros en talud y tablero. Este edificio sufrió varias modificaciones a lo largo de su existencia, como puede observarse en su lado este, donde se amplió el talud del primer cuerpo (edificio 7), y se adosaron, junto a sus muros en talud, varios recintos o cuartos que perduraron hasta la caída de Teotihuacan.

La ofrenda 1. Se le registró como ofrenda-entierro (Entierro 2), y fue encontrada en el interior de un recinto sin acceso de aproximadamente 3.50 m por lado, construido con muros verticales y ubicado sobre el eje central sur-norte de la pirámide. La ofrenda consta de una gran cantidad de objetos, que por su contexto y antigüedad resultaron ser de relevante importancia en estas excavaciones. Destaca la osamenta de un personaje que fue colocado en posición sedente y con las manos hacia atrás, como si hubieran sido atadas, por lo que se con-


FOTO: MICHEL ZABÉ / INAH

Esqueletos humanos. Ofrenda 2 (Entierro 3).


FOTO: MICHEL ZABÉ / INAH

Restos óseos de un felino. Ofrenda 1 (Entierro 2).

sidera que formó parte de la ofrenda. Su edad aproximada es de 45 años y se le ha identificado como de sexo masculino. También se hallaron dos esqueletos de felinos y dos de cánidos, que por las huellas de barrotes de madera que se encuentran a su alrededor, se cree que fueron colocados dentro de jaulas. Asimismo, se encontraron 10 esqueletos de aves de rapiña y la osamenta de una pequeña serpiente. Ningún hallazgo similar, formado por numerosas osamentas de animales, se ha reportado en otra parte de Mesoamérica.

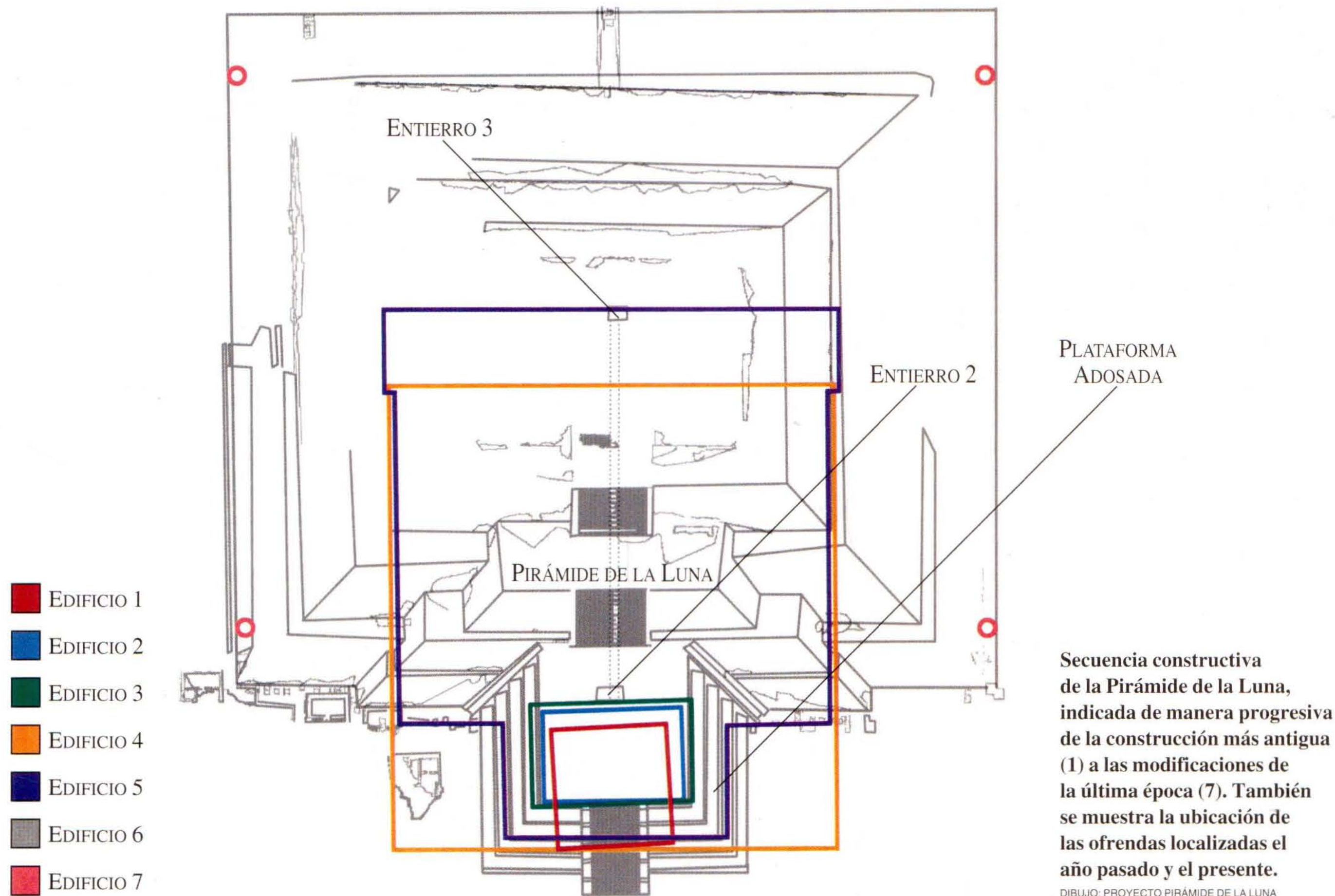
Entre los numerosos y variados objetos encontrados en este complejo destacan dos figuras antropomorfas elaboradas en piedra verde, con incrustaciones de concha en los dientes y pirita alrededor de los ojos, y una de ellas con orejeras de concha de excelente acabado, que por sus características se consideran como piezas únicas entre las localizadas hasta ahora en Teotihuacan. Del mismo material se hallaron algunos pendientes, orejeras y cuentas. Entre los numerosos objetos de obsidiana, había varias figuras antropomorfas esquematizadas, algunas de las cuales alcanzan hasta 50 cm de longitud y no han sido detectadas en ninguna otra parte de Teotihuacan.

La ofrenda tenía también gran cantidad de puntas de proyectil, navajas prismáticas y grandes cuchillos bifaciales, además de algunos objetos de los llamados "excéntricos". Se encontraron asimismo materiales de concha y grandes discos de pizarra con aplicaciones de pirita, sobre uno de los cuales fue colocada una de las esculturas antropomorfas de piedra verde. La ofrenda contenía también 10 vasijas conocidas como "vasijas-Tláloc" y fragmentos de fibra y madera.

La ofrenda 2. Esta ofrenda, registrada como Entierro 3, también se ubica sobre el eje central sur-norte de la pirámide. Se asocia al edificio 5 en esta secuencia de siete niveles o etapas constructivas. La tumba-ofrenda se localiza en una profunda fosa cavada en la roca de tepetate, que mide 2.30 por 2.10 m y tiene 1.30 m de profundidad. En esta fosa se encontraron cuatro esqueletos, tres de los cuales estaban en posición extendida y con los brazos cruzados hacia atrás, los que al parecer fueron atados. El cuarto esqueleto tenía una posición de decúbito lateral izquierdo flexionado y también presentaba los brazos cruzados hacia atrás. Algunos de estos esqueletos se asocian a varios ornamentos como narigueras en forma de crótalos de serpientes, orejeras y cuentas elaboradas en piedra verde, pendientes y cuentas de concha, y otros restos de materiales orgánicos. Además, como parte de la ofrenda se encontraron dos figurillas de piedra verde finamente talladas, más de 100 puntas de proyectil, navajas y cuchillos excéntricos con representaciones de figuras antropomorfas elaboradas en obsidiana. Destacan varias conchas marinas y grandes caracoles colocados en cada esquina de la fosa, así como varios fragmentos de fibras y otros restos orgánicos.

Se halló también la osamenta de 18 cabezas de animales, de los que se han identificado hasta el momento cuatro cánidos y ocho felinos, lo que indica que fueron decapitados y colocados como parte de la ofrenda, junto con la osamenta de una pequeña ave.

Dr. Saburo Sugiyama
(Universidad Estatal de Arizona),
Arqlgo. Rubén Cabrera C. (INAH),
directores del Proyecto Pirámide de la Luna



Secuencia constructiva de la Pirámide de la Luna, indicada de manera progresiva de la construcción más antigua (1) a las modificaciones de la última época (7). También se muestra la ubicación de las ofrendas localizadas el año pasado y el presente.
DIBUJO: PROYECTO PIRÁMIDE DE LA LUNA

Localizan 16 entierros en San Mateo Churubusco

Desde el 13 de agosto del año en curso, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, a través de la Dirección de Salvamento Arqueológico, inició la recuperación de varios entierros humanos asociados con restos de una capilla, dentro de un predio particular ubicado en General Anaya núm. 202, colonia San Mateo Churubusco, cerca del Museo Nacional de las Intervenciones situado en el Exconvento de Churubusco.

El arqueólogo Juan Cervantes Rosado fue quien realizó la primera investigación en el predio antes mencionado, el día 30 de julio. Una vez que se detectaron materiales arqueológicos de los periodos Posclásico Tardío y Colonial Temprano, se procedió a las excavaciones.

De acuerdo con los materiales arqueológicos registrados, puede inferirse que la capilla y los entierros corresponden a los siglos XVII y XVIII, aunque también es probable que existan otros pertenecientes al siglo XVI.

La capilla desplanta de un edificio prehispánico, como lo indican las excavaciones, que han revelado la presencia de un relleno o núcleo de más de 1.80 m de espesor, ubicado debajo de los muros de cimentación. Además de las osamentas y de los restos de la construcción, fueron recuperados materiales cerámicos con base en los cuales se ha propuesto que la estructura prehispánica puede fecharse en el periodo Azteca Tardío, y tal vez haya correspondido al recinto sagrado de Churubusco.

El huracán Greg dejó al descubierto vestigios arqueológicos en Colima

Durante los primeros días de septiembre, el huracán Greg, a su paso por el poblado de El Chavarín, que se encuentra a 19 km de Manzanillo, Colima, dejó al descubierto material arqueológico que data de la etapa de las tumbas de tiro hasta épocas tardías. Entre los vestigios se encuentran piezas de cerámica, figurillas, obsidiana, puntas de proyectiles y fragmentos de huesos. Se trata de materiales de 14 siglos, lo que representa una secuencia prolongada de asentamientos.

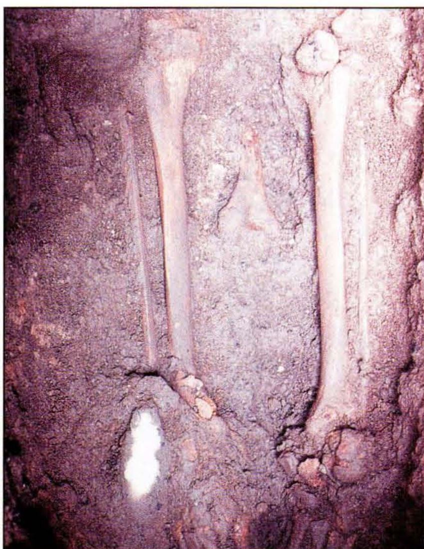
Así lo informó la arqueóloga del Centro INAH Colima, Ángeles Olay Barrientos, quien se encuentra al frente de las investigaciones. La especialista señaló que entre el material se encuentra un fragmento de cerámica Anaranjado Delgado, característica de Teotihuacan, lo que podría indicar algún tipo de relación con esa cultura del Centro de México.



Entierro de Churubusco 202.



Restos óseos de la época colonial.



Parte de un esqueleto de Churubusco 202.

De acuerdo con la arqueóloga, los hallazgos son importantes porque plantean interrogantes relativas a diferentes etapas del desarrollo prehispánico de Colima, como puede ser el esclarecimiento de la influencia de la cultura Aztatlán o la filiación étnica de los grupos que habitaban la región antes de la llegada de los conquistadores españoles.

Las piezas quedaron al descubierto debido a los deslaves de un cerro, causados por el paso del huracán Greg. En el lugar, un arroyo de dos m de ancho, que creció hasta 16 m, arrastró todo a su paso y desenterró una enorme cantidad de material arqueológico, que llenó el cauce del arroyo en un tramo de unos 200 m de largo.

En trabajos recientes de arqueología subacuática, se obtuvo la primera imagen digital del barco *USS Somers*

Se realizó una temporada de arqueología subacuática en Veracruz como parte del Proyecto de Investigación de la Flota de la Nueva España de 1630-1631, y del Inventario y Diagnóstico de Restos Culturales Sumergidos en el Golfo de México. La arqueóloga Pilar Luna, subdirectora de Arqueología Subacuática del Instituto Nacional de Antropología e Historia, destacó que entre los resultados se obtuvo por primera vez una imagen digital del barco *USS Somers* y se detectaron piezas de siglos pasados y del actual.

En estos trabajos, realizados entre junio y julio, se utilizó el sofisticado equipo ESPADAS (Sistemas de la Plataforma de Adquisición de Datos Arqueológicos Sumergidos) para la localización y registro de vestigios culturales sumergidos, el cual fue bajado por primera vez hasta una profundidad de más de 30 m. El equipo ESPADAS está considerado como uno de los más avanzados del mundo y fue diseñado especialmente para el proyecto de la flota novohispana de 1630-1631.

Pilar Luna aclaró que el barco *USS Somers* participó en el bloqueo del puerto de Veracruz durante la guerra entre México y Estados Unidos de 1846-1848, y que se hundió no en combate sino debido a razones me-

teorológicas: "Es un barco con una historia interesante y ya se había trabajado en conjunto con Estados Unidos y otras instancias de México en 1990, haciendo un registro fotográfico, videográfico y de dibujo. Ahora logramos, por primera vez, tener una imagen digital de sonar y de magnetómetro".

Los investigadores del Programa Veracruz 99 pertenecen a diversas disciplinas y trabajan para varias dependencias nacionales, entre las que se cuentan la propia Subdirección de Arqueología Subacuática del INAH, la Coordinación Nacional de Restauración del Patrimonio Cultural del INAH, el Centro Regional INAH Veracruz, el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, y la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Participaron además arqueólogos subacuáticos de Argentina y Estados Unidos, quienes, como en años anteriores, vinieron a colaborar de manera gratuita y voluntaria.

REABREN AL PÚBLICO LA SALA 1 DEL MUSEO DEL TEMPLO MAYOR

El pasado mes de agosto, el Museo del Templo Mayor reabrió la Sala 1 de colección permanente, De la Coatlicue al Templo Mayor, y se planteó como un espacio introductorio en torno a los descubrimientos del centro ceremonial de la ciudad de Tenochtitlan.

Las piezas y maquetas exhibidas fueron seleccionadas para invitar a un amplio público a que visite el recinto y descubra la cultura mexica. Los objetos encontrados dan cuenta de la maravillosa cosmovisión de ese pueblo, y de la fuerza creativa de sus pobladores para plasmar sus creencias en ofrendas, representaciones de sus deidades u objetos cotidianos, entre los que destacan una caja de madera, material del cual se han encontrado muy pocos objetos, y un escudo de turquesas que requirió un trabajo de restauración de cinco años, pues está compuesto de alrededor de 15 mil piezas. Asimismo, hay esculturas como la del Dios del Pulque, sahumerios, vasijas y objetos de cerámica.



Huehuetéotl-Xiuhtecuhtli, dios del fuego y del año.
FOTO: M.A. PACHECO / RAÍCES

El espacio museográfico recibe al visitante con una imponente maqueta del centro histórico, en la cual se indican los puntos donde han sido rescatados objetos arqueológicos y en donde se localizan los recintos sagrados.

En la museografía está registrado el hallazgo ocurrido el 21 de febrero de 1978, cuando trabajadores de la Compañía de Luz y Fuerza, al efectuar obras de cableado en la esquina de las calles de Guatemala y Argentina, localizaron de manera fortuita un monolito, ahora conocido como la diosa Coyolxauhqui, y recuperaron el material de cinco ofrendas asociadas a esta diosa. Es a partir de 1978 que se dio comienzo al Proyecto Templo Mayor, con el que iniciaron los trabajos de exploración en un área de 1.29 hectáreas. Ahí empezaron también las excavaciones sistemáticas y organizadas, ya que con anterioridad sólo se habían realizado rescates.

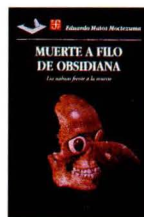
El Recinto Sagrado de México-Tenochtitlan ha sido objeto de numerosas investigaciones. Sus impresionantes edificios y las ceremonias que en él se realizaban fueron ampliamente descritos por los conquistadores. Más tarde, cuando el pasado prehispánico parecía estar olvidado, el hallazgo de piezas y esculturas, junto con el surgimiento de una conciencia nacionalista durante la segunda mitad del siglo XIX, hicieron renacer el interés por la historia antigua de México, que ha perdurado hasta la fecha y ha tenido como consecuencia la realización de importantes investigaciones arqueológicas en el centro de la ciudad de México. Esto se puede apreciar de manera cronológica en la sala De la Coatlicue al Templo Mayor.

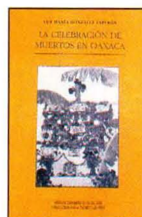
Columba Vértiz, Guillermina Escoto y Miguel Ángel Ceballos/Dirección de Medios de Comunicación del INAH

Índice de imágenes

• Sólo se incluyen las imágenes que poseen datos complementarios relevantes.

Reseñas







Muerte a filo de obsidiana
Eduardo Matos, Fondo
de Cultura Económica,
4a. ed., México, 1997
El presente título nos introduce al tema de los nahuas prehispánicos frente a la muerte. Originalmente apareció en 1975 y después de varias reediciones ya va en la cuarta. Este trabajo, junto con otros como *Vida y muerte en el Templo Mayor* y *El rostro de la muerte*, son muestra del amplio interés que el autor ha tenido por este tema a lo largo de muchos años.

Tres son las ideas principales que destaca el autor a lo largo del libro, en sus ocho capítulos. La primera se refiere a entender por qué existen nueve pasos o niveles al inframundo hasta llegar al Mictlan, los cuales están relacionados con los nueve meses del embarazo que culminan con el alumbramiento. En la segunda, se plantea lo relativo al concepto vida-muerte en el Templo Mayor de Tenochtitlan, esa dualidad que se refleja, entre otros tantos aspectos del mundo mesoamericano, en la observación de las temporadas de lluvias y secas.

Por último, se examina la aparente relación entre la concepción nahua del universo y el pensamiento occidental, en donde se percibe la observación que del universo hace el hombre en todas las circunstancias y tiempos.

El recorrido que hace el autor se remonta a los antecedentes de las costumbres funerarias en el Preclásico, continúa con los otros periodos del México prehispánico –con los ejemplos de Teotihuacan y Tenochtitlan–, y también se ocupa de la poesía náhuatl, así como de otras expresiones artísticas en la piedra y el barro. Pasa por la Conquista y la Colonia, y llega hasta la supervivencia de las creencias prehispánicas entre los grupos nahuas contemporáneos, ya como producto de un sincretismo.

El Dr. Miguel León Portilla resalta en su prólogo la conclusión del profesor Matos: "... es necesario llevar a cabo investigaciones más amplias y profundas en torno a lo que se describe como *carácter nacional*, incluido en éste el tema de la muerte".

La celebración de muertos en Oaxaca
Luz María González Esperón,
Instituto Oaxaqueño de
las Culturas/ Fondo Estatal
para la Cultura y las Artes,
México, 1997
Este libro es un acercamiento al culto a los muertos en Oaxaca. Sus páginas describen, por una parte, las razones para seleccionar el 2 de noviembre como la fecha para rendir tributo a los Fieles Difuntos. Si bien las festividades de Todos Santos se realizan en casi todo el país, en Oaxaca tienen características propias dada la diversidad cultural que significa la presencia de múltiples grupos étnicos en la entidad. En un breve recorrido de 46 páginas, se ofrece una visión general de las celebraciones a los muertos, como resultado tanto de algunas de las concepciones prehispánicas relacionadas con la muerte –las cuales se presentaron en todas las culturas mesoamericanas; véase, por ejemplo, la gran diversidad de dioses asociados a la muerte en los códices mixtecos–, como de la conmemoración de los Fieles Difuntos en los conventos europeos.

La autora describe desde las costumbres más tradicionales –como el inicio de la fiesta en la Plaza de Muertos, la instalación de altares y sus motivos simbólicos, la visita a los panteones y las comparsas– hasta otras que se han establecido recientemente, como lo son los "tapetes de arena" de la "levantada de Cruz" o "cruz de los nueve días".

El cuerpo humano y su tratamiento mortuorio
Elsa Malvido, Grégory Pereira,
Vera Tiesler (coords.),
Conaculta/INAH/ Centro
Francés de Estudios Mexicanos
y Centroamericanos,
México, 1997
La obra reúne algunos de los trabajos que fueron presentados en el Primer Simposio Internacional "El cuerpo humano y su tratamiento mortuorio", el cual se llevó a cabo en enero de 1995 en la ciudad de México.

El cuerpo humano, la muerte y sus rituales son analizados desde el punto de vista de varias disciplinas en 14 ponencias. Diversos especialistas –arqueólogos, etnólogos, antropólogos sociales, antropólogos físicos, historiadores y médicos– exponen sus ideas sobre el cuerpo y la muerte; sobre la concepción y representación de la ideología de la muerte; sobre su tratamiento, problemática y metodología, así como sobre los ritos funerarios y extrafunerarios de que la muerte es objeto. Estos estudios abarcan desde la prehistoria europea hasta la América de nuestros días.

Algunos de los interesantes artículos sobre la relación entre la muerte del cuerpo físico y la mente que conforman este libro son: "El cuerpo y la mente ante la muerte violenta", "Civilizados o salvajes. Los ritos del cuerpo humano en la época colonial mexicana", "El esqueleto muerto y vivo. Algunas consideraciones para la evaluación de restos humanos como parte del contexto arqueológico", "El concepto de inframundo en Teotihuacan", y "Evidencia de sacrificio humano, modificación ósea y canibalismo en el México prehispánico", entre otros. Además, varios están acompañados con fotos, esquemas, ilustraciones y cuadros que complementan la información distribuida en más de 250 páginas.

Libro de Chilam Balam de Chumayel
Traducción del maya al
castellano de Antonio Médiz
Bolio, prólogo, introducción y
notas de Mercedes de la Garza,
Colección Cien de México,
Conaculta, México, 1998
Mediante la redacción en caracteres latinos, los mayas del periodo colonial dejaron plasmados los conocimientos culturales prehispánicos. Siguiendo la costumbre de guardar en escritos los acontecimientos importantes, como ya se estilaba en los códices, uno de los antiguos sacerdotes mayas nos legó este importante escrito.

El *Libro de Chilam Balam de Chumayel* fue realizado con la finalidad de preservar y reafirmar las antiguas tradiciones mayas frente a la invasión española. En este texto se agruparon escritos de carácter religioso e histórico, así como otros que recogen la tradición oral. Procede de la población de Chumayel, Yucatán, y su traducción completa del maya al español fue publicada por primera vez en 1930 por Antonio Médiz Bolio.

La presente edición, anotada por Mercedes de la Garza, tiene como base la mencionada anteriormente. Así, hoy tenemos la dicha de comprender un poco más acerca de una de las grandes culturas mesoamericanas.

Para leer más...

Barrera Vázquez, Alfredo, y Silvia Rendón, *El libro de los libros de Chilam Balam*, 4a. ed., Colección Popular, núm. 42, FCE, México, 1969.

Batres, Leopoldo, *Teotihuacán: Memoria... al XV Congreso Internacional de Americanistas... Quebec*, México, 1906.

_______, *Teotihuacan*, Imprenta de Fidencio Soria, México, 1906.

Bazarte M., Alicia, *Las cofradías de españoles en la ciudad de México (1526-1869)*, UNAM, México, 1989.

Borromeo, Carlos, *Instrucciones de la fábrica y del ajuar eclesiásticos*, UNAM, México, 1985.

Brotherston, Gordon, "Huesos de muerte, huesos de vida: la compleja figura de Mictlantecuhtli", *Cuicuilco*, nueva época, vol. 1, núm. 1, mayo-agosto de 1994, pp. 95-98.

Cabrera C., Rubén, George Cowgill y Saburo Sugiyama, "El Proyecto Templo de Quetzalcóatl y la práctica a gran escala del sacrificio humano", en A. Cardós de Méndez (coord.), *La época clásica. Nuevos hallazgos, nuevas ideas*, Museo Nacional de Antropología, INAH, México, 1990, pp. 123-146.

Carrasco, Ramón, "La metrópolis de Calakmul, Campeche", en *Los mayas*, Océano, México, 1999.

Carrasco, Ramón, *et al.*, "A Dynastic Tomb from Campeche, Mexico: New Evidence on Jaguar Paw, a Ruler of Calakmul", *Latin American Antiquity*, vol. 10, núm. 1, marzo de 1999, pp. 47-58.

Códice Dresde. A Commentary on the Dresden Codex. A Maya Hieroglyphic Book, comentarios de Eric Thompson, Memoirs of the American Philosophical Society, núm. 93, American Philosophical Society, Filadelfia, 1972.

Códice Madrid, edición facsimilar, Ediciones Quinto Centenario, Madrid, 1992.

Cortés Ruiz, Efraín, *et al.*, *Los días de muertos, una costumbre mexicana*, GV Editores, México, 1987.

De la Garza, Mercedes, *Rostros de lo sagrado en el mundo maya*, UNAM/Paidós, México, 1998.

Domínguez, María del Rosario, William Folan y Sophia Pincemin, "Dos máscaras antropomorfas de jadeíta", *Arqueología Mexicana*, vol. II, núm. 10, octubre-noviembre de 1994.

Fernández de Lizardi, J. Joaquín, *La quijotita y su prima*, Editorial Porrúa, México, 1979.

Franco, María Luisa, "La tumba de Huijazoo", en *Historia del arte de Oaxaca*, vol. I, Gobierno del Estado de Oaxaca, México, 1997.

Fuente, Beatriz de la, "Imágenes diurnas, destinos ocultos", en *Historia del arte de Oaxaca*, vol. I, Gobierno del Estado de Oaxaca, México, 1997.

Furst, Jill, y Leslie McKeever, *The Natural History of the Soul in Ancient Mexico*, Yale University Press, New Haven, 1995.

Gallegos, Roberto, "Tumbas de Zaachila", en *Historia del arte de Oaxaca*, vol. I, Gobierno del Estado de Oaxaca, México, 1997.

García Moll, Roberto, D. Juárez, C. Pijoan, M. E. Salas y M. Salas, *San Luis Tlatilco, México. Catálogo de entierros. Temporada IV*, Serie Antropología Física-Arqueología, INAH, México, 1991.

Garza Gómez, Isabel, "La muerte y sus ritos en Xochicalco, Morelos", tesis de maestría en preparación.

Gómez, Sergio, "Nuevos datos sobre la relación de Teotihuacan y el Occidente de México", XXIV Mesa Redonda, Sociedad Mexicana de Antropología, en prensa.

González Torres, Yólotl, "El culto a los muertos entre los mexica", *Boletín del INAH*, época II, núm. 14, 1975, pp. 37-44.

González, Arnoldo, "Trabajos recientes en Palenque", *Arqueología Mexicana*, vol. II, núm. 10, octubre-noviembre de 1994.

Herrera, Antonio, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Oceánico*, Madrid, 1726.

Joralemon, Peter David, *A Study of Olmec Iconography*, Studies in Precolumbian Art and Archaeology, núm. 7, Dumbarton Oaks, Washington, 1971.

La celebración de días de muertos en México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Dirección General de Culturas Populares, México, 1991.

Landa, Diego de, *Relación de las cosas de Yucatán*, Editorial Porrúa, México, 1959.

Landa, fray Diego de, *Relación de las cosas de Yucatán*, Biblioteca Porrúa, núm. 13, Editorial Porrúa, 9a. ed., México, 1966.

Las tradiciones de días de muertos en México, SEP/Dirección General de Culturas Populares, México, 1987.

Linné, Sigvald, *Archaelogical Research at Teotihuacan*, Mexico, Etnographical Museum of Sweden, Estocolmo, 1934.

Llopis, Juan, *El entierro cristiano*, Marsiega, España, 1972.

López Austin, Alfredo, *Tamoanchan y Tlalocan*, FCE, México, 1994.

_______, *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*, 2 vols., 3ª ed., Instituto de Investigaciones Antropológicas, unam, México, 1996.

López Luján, Leonardo, *Las ofrendas del Templo Mayor de Tenochtitlan*, INAH, México, 1993.

_______, *Anthropologie religieuse du Templo Mayor, Mexico: La Maison des Aigles*, tesis doctoral, Úniversité de Paris X, París, 1998.

López Luján, Leonardo, Héctor Neff y Saburo Sugiyama, "The 9-Xi Vase: a Classic Thin Orange Vessel found at Tenochtitlan", en D. Carrasco, L. Jones y S. Sessions (eds.), *Mesoamerica's Classic Heritage: Teotihuacan and Beyond*, Colorado, University Press Niwot, 1999, cap. 8.

Luján Muñoz, Luis, "La devoción popular del rey San Pascual", *Folklore de Guatemala*, núm. 3, Dirección de Cultura y Bellas Artes del Ministerio de Educación Pública, Guatemala.

Malvido, Elsa, "El concepto del mexicano frente a la muerte", en *Las caras de la muerte en el mundo*, INAH, Querétaro, 1996.

Malvido, Elsa, Grégory Pereira y Vera Tiesler (coords.), *El cuerpo humano y su tratamiento mortuorio*, INAH/Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, México, 1997.

Martínez Vargas, E., y Alfonso González Miranda, "Una estructura funeraria teotihuacana", en Rubén Cabrera, Ignacio Rodríguez y Noel Morelos (coords.), *Teotihuacan, 1980-82. Nuevas interpretaciones*, INAH, México, 1996.

Matos Moctezuma, Eduardo, *El rostro de la muerte*, GV Editores, México, 1987.

_______, *Muerte a filo de obsidiana*, 4a. ed., FCE, México, 1996.

_______, "Notas sobre algunas urnas funerarias del Templo Mayor", en *Obras: estudios mexicas*, vol. I, tomo 1, El Colegio Nacional, México, 1999, pp. 165-173.

McAnany, Patricia, *Living with the Ancestors. Kingship and Kinship in Ancient Maya Society*, University of Texas Press, Austin, 1995.

Medellín Zenil, Alfonso, *Cerámicas del Totonacapan*, Universidad Veracruzana, México, 1960.

Molina, Guillermo, y Nelly Robles García, "Exploración de una tumba prehispánica en el sitio Llaadzie en la comunidad de Mitla, Oaxaca", *Cuadernos del Sur*, año 5, núm. 12, 1998.

Nagao, Debra, *Mexica Buried Offerings. A Historical and Contextual Analysis*, BAR, Oxford, 1985.

Navarrete, Carlos, *San Pascualito Rey y culto a la Muerte en Chiapas*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México.

Ochoa Zazueta, Jesús Ángel, *Muerte y muertos: culto, servicio, ofrenda y humor de una comunidad*, SepSetentas, SEP, México, 1974.

Paddock, John, *Ancient Oaxaca*, Stanford University Press, Stanford, Cal., 1966.

Pardo, Andrés, *et al*, *El culto de los santos*, Marsiega, España, 1983.

Parsons, Elsie Clews, *Mitla: Town of the Souls*, The University of Chicago Press, 1936.

Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché, traducción de Adrián Recinos, Colección Popular, núm. 11, FCE, 9a. ed., México, 1968.

Rattray C., Evelyn, *Entierros y ofrendas en Teotihuacan. Exploraciones, inventarios, patrones mortuorios*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, 1997.

Robles García, Nelly, y Alfredo Moreira Q., *Proyecto Mitla: restauración de la zona arqueológica en su contexto urbano*, Colección Científica, núm. 193, INAH, México, 1990.

Rodríguez Lazcano, Catalina, *Hanal Pixan, ceremonia maya de los muertos*, INAH/MNA/Subdirección de Etnografía/Centro Regional de Nuevo León/Museo El Obispado, México, 1991.

Romano, Arturo, "Sistema de enterramientos en Tlatilco", en *XII Mesa Redonda. Religión en Mesoamérica*, Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1972, pp. 365-368.

_______, "Sistema de enterramientos", en *Antropología física*, INAH, México, 1974.

Ruz Lhuillier, Alberto, *Costumbres funerarias de los antiguos mayas*, Centro de Estudios Mayas, UNAM, México, 1991.

Salas Cuesta, María Elena, C. Pijoan, M. Salas, R. García Moll y D. Juárez, "Algunos aspectos bioculturales en torno a los entierros de Tlatilco", en *El Preclásico o Formativo, avances y perspectivas*, Museo Nacional de Antropología/INAH, México, pp. 263-277.

Schellhas, Paul, *Representation of Deities of the Maya Manuscripts*, Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Harvard University, 1904; 2a. ed., Kraus Reprint Corporation, Nueva York, 1967.

Serrano, Carlos, y Zaid Lagunas, "Sistema de enterramiento y notas sobre el material osteológico de La Ventilla, Teotihuacan, México", *Anales del INAH*, núm. 4, 1972-1973.

Spence, Michael, "Human Skeletal Material from Teotihuacan", en *Mortuary Practices and Skeletal Remains at Teotihuacan, Mexico*, University of Utah Press, Salt Lake City, 1994.

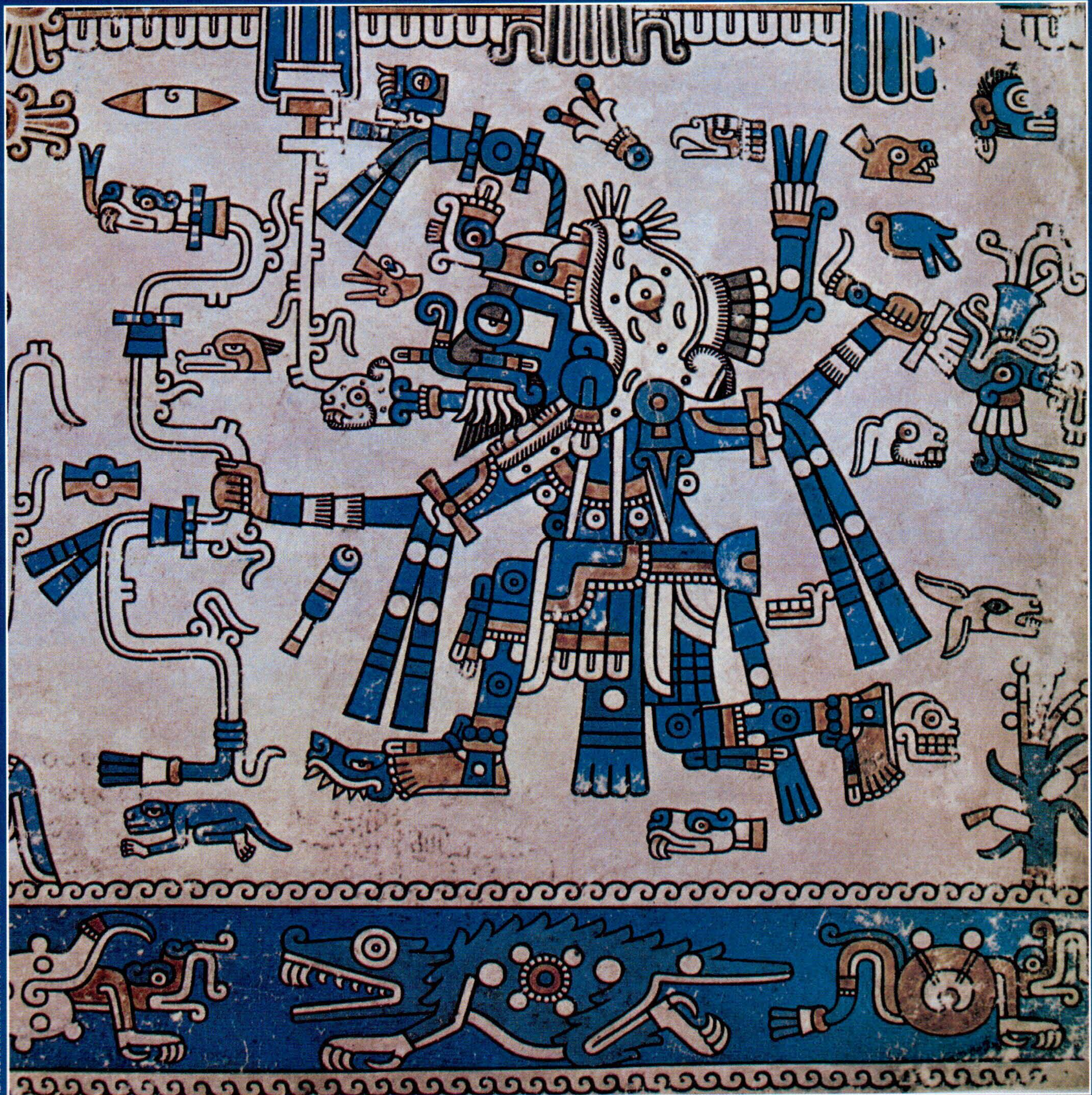
Storey, Rebecca, *Life & Death in the Ancient City of Teotihuacan. A Modern Paleodemographic Syntesis*, The University of Alabama Press, 1992.

Sugiyama, S., y Rubén Cabrera, *Proyecto Arqueológico Pirámide de la Luna*, en prensa.

EN NUESTRO PRÓXIMO NÚMERO

arqueología MEXICANA M.R.

CALENDARIOS PREHISPÁNICOS



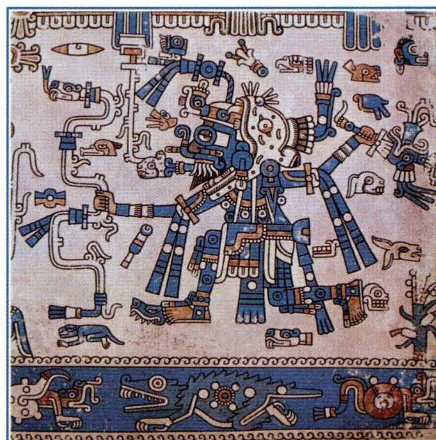
REPROGRAFÍA: MARCO ANTONIO PACHECO / RAÍCES

Tláloc, señor del tiempo. *Códice laud*, p. 2.

EN ESTAS FECHAS... ADQUIERA EL CALENDARIO MEXICA AÑO 2000

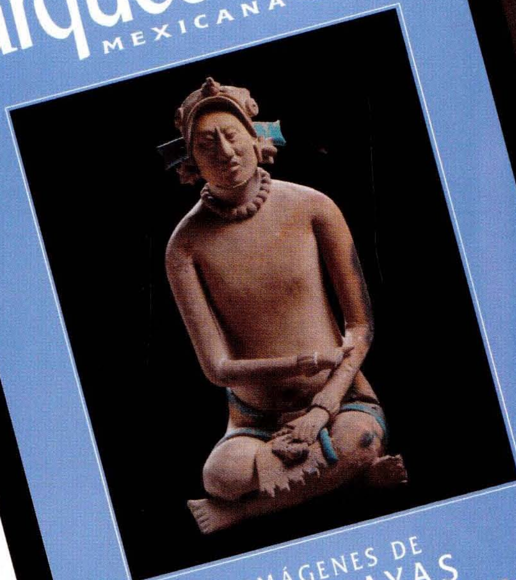
POR TAN SÓLO
$ 100.00 MÁS IVA

DE VENTA EN LOCALES CERRADOS Y EN EDITORIAL RAÍCES, RODOLFO GAONA 86, COL. LOMAS DE SOTELO, 11200, MÉXICO, D.F., TEL. 5283-5150, EXTS. 2062 Y 2063









¡NOVEDADES!
DOS ESPECIALES DE *ARQUEOLOGÍA MEXICANA*
COLECCIÓN DE IMÁGENES

$ 50.00 C/U

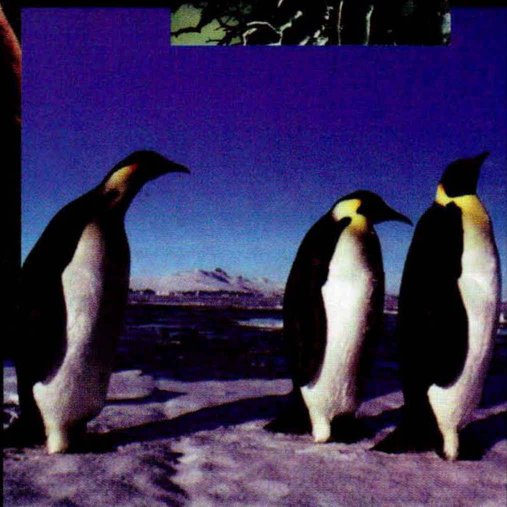












Cinco Miradas Británicas
a la
Historia de México

Esta serie de videos, es producto del encuentro de prestigiados historiadores ingleses y mexicanos. En una mesa de diálogo y debate, una sola pasión: la historia de México.



En esta emisión Hugh Thomas, estudioso británico y Miguel León Portilla, presidente de la Academia Mexicana de Historia y principal promotor del rescate de la lengua Náhuatl, intentan dar luz sobre esa generación fascinante de conquistadores hasta ahora ignorados por quienes han tratado de reconstruir este importante acontecimiento histórico.

Este programa aborda la España del siglo XVI y las Américas. ¿Tienen éstas una historia en común? Fueron creadas con un sentido de unidad y nunca fueron una copia fiel de los países que las formaron.
Sir John Elliott, historiador británico invitado, Solange Alberro, historiadora del Colegio de México y José Luis Martínez, historiador y presidente de la Academia Mexicana de la Lengua, reflexionan al respecto.

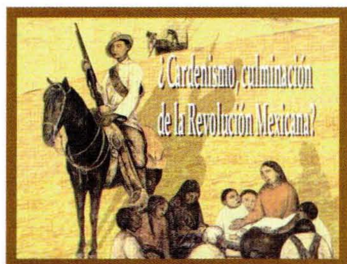




Para David Brading el concepto de nación mexicana fue una ficción legal y política creada por los insurgentes para legtimar la causa de la Independencia. Acompañan al especialista, los historiadores Enrique Florescano y Guillermo Tovar y de Teresa, para analizar los conceptos de patria y nación como fenómenos amplios, más allá de aspectos políticos y religiosos.

El historiador británico Brian Hamnett y la investigadora de El Colegio de México, Josefina Zoraida Vázquez, hacen una reflexión en torno a las intervenciones que vivió México durante el siglo XIX: la de Estados Unidos (1846-1848), la intervención tripartita Gran-Bretaña-España-Francia (1861), la instauración del Imperio de Maximiliano (1862-1867), hasta llegar a la República Restaurada del Presidente Juárez.





Para el historiador Alan Knight, el cardenismo es la culminación de la Revolución Mexicana. Lo sustentan dos hechos: la Reforma Agraria que trató de satisfacer las demandas populares y el fin de la generación que gobernó durante los años 20 y 30, dando paso a nuevas élites. Lo acompañan el investigador del CIESAS, Ricardo Pérez Monfort y el historiador Ricardo Pozas Horcasitas, director del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.